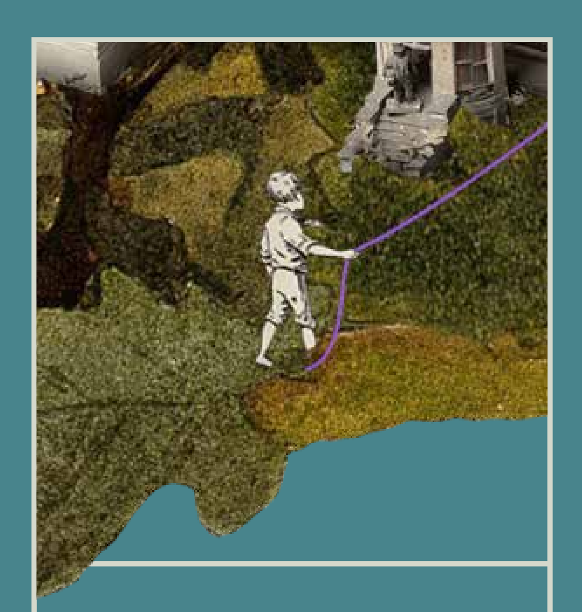
ANTOLOGÍA DE POESÍA COLOMBIANA CONTEMPORÁNEA

RAMÓN COTE (COMP.)



literatura



ANTOLOGÍA DE POESÍA COLOMBIANA CONTEMPORÁNEA

RAMÓN COTE (COMP.)



Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Antología de la poesía colombiana contemporánea (1953-2015) / Ramón Cote Baraibar, compilador ; presentación, Ramón Cote Baraibar. -- Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2018.

1 recurso en línea (634 páginas) : archivo de texto PDF (1 MB). – (Biblioteca Básica de Cultura Colombiana. Literatura / Biblioteca Nacional de Colombia)

ISBN 978-958-5488-33-5

1. Poesía colombiana - Siglos XX-XXI - Colecciones 2. Libro digital I. Cote Baraibar, Ramón, 1963-, compilador II. Cote Baraibar, Ramón, 1963-, autor de introducción III. Título IV. Serie

CDD: Co861.44 ed. 23 CO-BoBN– a1030545





GOBIERNO DE COLOMBIA



Javier Beltrán
COORDINADOR GENERAL

Jesús Goyeneche
GESTOR EDITORIAL

Natalia Camacho
ASISTENTE EDITORIAL

José Antonio Carbonell
Mario Jursich
Julio Paredes
COMITÉ EDITORIAL

Adán Farías
CONCEPTO Y DISEÑO GRÁFICO

Taller de Edición • Rocca®
REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE TEXTOS,
DISEÑO EDITORIAL Y DIAGRAMACIÓN

eLibros
CONVERSIÓN DIGITAL

PixelClub S. A. S.
ADAPTACIÓN DIGITAL HTML

Con el apoyo de:
BibloAmigos

ISBN: 978-958-5488-33-5
Bogotá D. C., diciembre de 2018

ÍNDICE

▪ Presentación

▪ Territorios

En su famoso libro sobre el Renacimiento, el autor francés Pierre Francastel sostenía que el principal logro de los pintores de esta época consistió en haber logrado ubicar exactamente la figura dentro de un espacio. La perspectiva, aliada al conocimiento de la anatomía, permitió a estos artistas crear una unidad perfecta entre las formas y el lugar que los rodea. De manera similar, la poesía colombiana contemporánea ha intentado hacer lo mismo: habitar un espacio por medio de las palabras, dotar a una geografía específica y a las personas que la habitan de un lugar donde encajen, donde se puedan reconocer.

Este propósito lo logran por primera vez en el país dos de nuestros poetas tutelares: Aurelio Arturo y Álvaro Mutis. El primero con *Morada al sur*, y el segundo con *Los elementos del desastre*. Si bien es cierto que los poemas que componen el único libro de Arturo se fueron publicando espaciadamente en la década de los treinta y cuarenta, sólo

hasta 1964 vio la luz este libro publicado en las ediciones del Ministerio de Educación Nacional dirigido por Pedro Gómez Valderrama, mientras que el libro de Mutis se publicó once años antes, en la colección de poesía de la Editorial Losada de Buenos Aires que dirigía Rafael Alberti.

Gracias a estos libros nuestra poesía supo encajar perfectamente la figura en el lugar, o mejor, las palabras en su espacio. Y para lograrlo, Arturo se valió de su maravilloso oído, de su capacidad de condensación y visualización de su Nariño natal, valiéndose a su vez de una musicalidad envolvente que lo acercaba a la poesía anglosajona —la cual tradujo—, así como Mutis lo hizo gracias a su poder verbal y su enorme capacidad metafórica que hizo suya de la poesía francesa y la poesía surrealista.

El paisaje colombiano que se había tocado tímidamente por algunos poetas, apenas mediante topónimos o por la mención de árboles y frutos nativos, fue el espacio elegido para lograr una verdadera transformación. En *Morada al sur*, en efecto, las montañas, sus habitantes y sus costumbres, encontraron una melodía única, fantasmagórica, tamizada por la memoria y la nostalgia. En *Los elementos del desastre*, la tierra caliente, con todo su poder devastador, de desgaste y supervivencia, queda retratada de una manera única, convincente. Alejados del costumbrismo y del embellecimiento lírico, tanto la derrota y la desazón de Mutis, donde el caos de la naturaleza se alía al desorden de los sentidos, como la lenta emanación de las cosas y los lugares de Arturo, permiten entonces que haya una mirada nueva sobre lo que nos rodea, creando las

bases de lo que seguirá más adelante. En ambos poetas, hay que insistir en ello, el paisaje no aparece como un decorado sino precisamente como la materia fundamental del afianzamiento de la relación del sujeto con su entorno.

Existe entonces por primera vez en la lírica colombiana una nueva territorialidad poética, una válida apropiación del espacio, donde lo exterior se interioriza y vuelve afuera totalmente transformado mediante el poder de la palabra. Esa territorialidad como desciframiento, como constatación de una identidad, es definitiva, pues abre nuevos caminos y permite que la propia geografía, así como las personas que la habitan, sea cantada de una manera totalmente distinta. Y distintiva. Tal como afirma Santiago Espinosa en *Escribir en la niebla. 14 poetas colombianos*, existe un «reencuentro del lenguaje con su territorio»[1].

Esa conjunción de la figura y el lugar en nuestro trabajo lírico realizada por Arturo y Mutis ha tenido grandes consecuencias para los poetas que los siguieron, toda vez que habían encontrado ya un tono único, diferenciado y diferenciador, que permitía una libertad de acción pocas veces vista en la poesía colombiana, con las excepciones de Luis Vidales y León de Greiff. El modernismo se había extendido demasiado tiempo entre nosotros y las vanguardias apenas habían tenido eco, a diferencia de otros países de la región como Perú —Moro, Westphalen—, Chile —Huidobro, Neruda, Braulio Arenas—, Argentina

---

1 Santiago Espinosa. *Escribir en la niebla. 14 poetas colombianos.* 2015. Valparaíso Ediciones. Granada, España.

—Pellegrini—, por sólo mencionar algunos países de Suramérica. Es cierto que los poetas de Piedra y Cielo —Carranza, Rojas, Camacho Ramírez— abrieron tímidamente esa puerta a la modernidad a la que nos referíamos más arriba, pero fueron precisamente Arturo y Mutis quienes ya le dieron carta de naturaleza, nunca mejor dicho, a la poesía colombiana. Con ellos entró la poesía colombiana al siglo xx. Y se hizo de dos maneras distintas: la poesía de Arturo fue una implosión. La de Mutis fue una explosión. Implosión porque el primero se vale de la propia tradición de la poesía colombiana para poner una carga en profundidad desde el interior, sin necesidad de transgredirla. Y explosión porque Mutis la abordó con crudeza y fatalismo, dinamitando el canon del buen gusto aceptado hasta el momento, con el propósito de crear nuevos lugares para el canto desde el propio deterioro y la fealdad, y finalmente encontrar una belleza que no había existido antes. Ya el paisaje colombiano no volvería a ser el mismo. Ni la persona que lo canta. Ni tampoco la poesía colombiana. Y gracias a ellos, por la extrañeza y la marginalidad del primero sumadas a la vitalidad y el cosmopolitismo del segundo, la poesía colombiana pudo tener una voz propia, ajena a las corrientes nacionales en boga, para insertarla de lleno en el corazón de la contemporaneidad.

Mutis se refirió alguna vez a la «irrespirable beatitud lírica» de la poesía colombiana. Y no le faltaba razón. Esta especie de *statu quo* se rompió definitivamente y para siempre con la aparición de la revista *Mito* que marcó a hierro el destino de la poesía colombiana. Sus cuarenta y

dos números fueron el reflejo de un país que quería salir de su aislamiento no sólo literario, sino social y político. En efecto, su vinculación con las corrientes literarias, sociológicas, económicas, políticas del momento, surtieron un efecto vivificador, tonificante. Haberles dado voz y espacio a tantos autores de gran calidad, a analistas de distintas tendencias, fue otro de sus aciertos. Lo rural dejaba de ser cuadro de costumbres y la ciudad empezaba también a ser un pilar fundamental de acción.

Justamente en esta época, en la década del cincuenta, es cuando se funda la Colombia moderna. Empezamos a tener una identidad visual gracias a pintores como Obregón, Grau, Botero; a escultores como Ramírez Villamizar, Negret; una identidad narrativa gracias a escritores fundamentales como García Márquez, Cepeda Samudio, Gómez Valderrama; una identidad poética gracias a Gaitán, Cote, Charry, Mutis, Arbeláez; una identidad crítica con Valencia Goelkel, Téllez; una identidad de análisis político con Jaramillo Uribe, Jorge Child; una identidad filosófica con Gutiérrez Girardot o Danilo Cruz Vélez. Nacía un nuevo país y necesitaba un nuevo lenguaje para expresarlo. Y así se hizo. Se insertó el mundo en Colombia, y más tarde se insertaría Colombia en el mundo.

Ya con esos fundamentos puestos, los nadaístas en los años sesenta y setenta hicieron suyo otro territorio: el urbano, donde la ironía, la desacralización de los valores arraigados en una sociedad que apenas estaba despertando a la modernidad fueron su caballo de batalla. A su vez, por afinidad y contacto con la poesía *beatnik* de

los Estados Unidos, x-504, Jotamario, Eduardo Escobar, Amílcar Osorio y tantos otros, airearon la casa de la poesía colombiana en un movimiento que, como lo expresa el poeta Elkin Restrepo, «hizo saltar de la silla a la cultura señorial del país»[2]. No sólo desmitificaron en sus manifiestos a la literatura colombiana, sino que también a su modo le permitieron la entrada a nuevos registros como la perorata, las sartas de los vendedores callejeros, las arengas, pero curiosamente también a la sacralización de lo banal, de lo intrascendente. Paradójicamente el nadaísmo está recorrido de punta a punta por una especie de misticismo. Pero ese es otro tema que habría que tratar en otro texto.

Precisamente uno de los espacios de la nueva territorialidad será la ciudad y surgirán poetas que encuentran en esta su razón de ser. Y de cantar. *Vuelvo a las calles* o *Poemas urbanos* de Mario Rivero saben unir la cultura popular, el arte pop, los boleros y las baladas sentimentales —por algo uno de sus libros se llama precisamente así, *Baladas*—, y dan fe de esta nueva manera de enfrentar a la poesía con la realidad. Realidad que, en el caso colombiano, está signada desde sus orígenes por la violencia, por las estrechas costumbres religiosas y morales, por una política que reprimía cualquier atisbo de cambio por considerarlo no sólo improcedente sino peligrosamente revolucionario. Pero ante ese círculo vicioso de guerras, muertes, inmovilismo político, social y religioso, la poesía

---

2 Restrepo, Elkin «Amílcar». *Revista Universidad de Antioquia*, n. º 327, enero-marzo de 2017, pág. 64.

supo a su vez encontrar su camino, que ya hemos visto que es el vértigo de la ciudad, pero también le dio la entrada a un intimismo donde lo banal y las cosas de mal gusto también tuvieron su protagonismo. La libertad otorgada y ganada, la pérdida del respeto a la ceremoniosa poesía, a su vez dio paso a la consagración caótica del individuo: sus recuerdos, sus dudas y aspiraciones, sus fabulaciones. Véase si no es así en la poesía de Giovanni Quessep, quien busca sus raíces de Medio Oriente en sus palabras, o en los poetas de la Generación sin Nombre, poetas que hacen de su cuerpo un refugio y después un imperio. María Mercedes Carranza, Darío Jaramillo Agudelo, Juan Gustavo Cobo Borda, Miguel Méndez Camacho, supieron por medio del desengaño y la inteligencia, de la observación y la decepción, armar sus respectivas obras, tan distintas unas de otras pero con ese eje común que los une.

Las estrechas fronteras de la poesía colombiana fueron sistemáticamente traspasadas por estos poetas que supieron incorporar nuevas influencias y encontrar nuevos campos de acción —ciudad, intimidad, cursilería—. En pocas palabras: se le perdió el miedo a la solemnidad. Convivían en estos años setenta la antirretórica de Nicanor Parra con la trascendencia de Octavio Paz, con los epigramas políticos de Cardenal, pero también con la materia considerada como un arte menor y rechazado por no ser un material «literario», tan bien manejado por José Emilio Pacheco.

Roto el *corset* de lo políticamente correcto o, en nuestro caso, de lo poéticamente correcto, la poesía colombiana de finales de siglo pasado encontró sus nuevos territorios,

lo que le permitió apropiarse de su entorno, sin dejar de lado la violencia. Una violencia social pero también una violencia personal. Parecía como si ese verso de Saint-John Perse, «un principio de violencia regía nuestras costumbres», estuviera dedicado a Colombia. La denuncia, pero también la intimidad, el horror y el asombro se ven con gran claridad en obras como las de José Manuel Arango o Juan Manuel Roca; el dolor, el placer y el extravío en Piedad Bonnett; los retratos oblicuos de artistas y también de sí mismo de Elkin Restrepo, la minuciosidad de lo mínimo en Horacio Benavides; las extravagancias y confesiones atormentadas de Gómez Jattin; la exactitud de los haikú de Gustavo Adolfo Garcés, son algunos ejemplos de esta nueva irradiación de la poesía colombiana, irradiación que les permitirá a las jóvenes generaciones nacidas en los setenta y ochenta ampliar el círculo de acción para indagar en nuevos territorios.

Ahondando en este asunto, el poeta, crítico y profesor Jorge Cadavid ha identificado cinco tendencias de la obra de estos autores: la tendencia crítica y autocrítica, la tendencia clásica, la tendencia barroca, la tendencia de carácter prosaico y narrativo y la tendencia filosófica. Y dice:

> La persistencia de la poesía de finales del siglo XX no sólo se ofrece como consecuencia de una marcada fertilidad creadora, sino que se apoya, además, en un fenómeno histórico finisecular más vasto que corresponde a la crisis universal del espíritu y de las letras que inicia, a finales del siglo XIX, con la disolución de la mayoría de las estructuras ideológicas que, según Paz, se caracteriza por: el fin de

> las utopías, la no creencia en la antigua concepción de progreso, la crisis de la noción de sujeto histórico y la duda en la racionalidad continua e infinita de la historia[3].

Resulta muy interesante observar cómo a su vez, pertenezca o no a las tendencias anotadas, estos poetas se relacionan con su entorno, con su propia realidad personal y colectiva, con su vida y su propia geografía, conformando a su vez un cúmulo de voces que permiten atisbar rasgos de una nueva identidad en la que la interdisciplinariedad se hace patente: acercarse a la pintura, a la fotografía, a la ciencia, a la matemática, a la física, a la medicina, a la tecnología, a la filosofía. Pérdida de márgenes: conquista de fronteras.

Este libro traza un arco que va desde Aurelio Arturo (1906) y que culmina con Lauren Mendinueta (1977), abarcando en su recorrido más de treinta poetas. Pero la poesía nunca se detiene. Prueba de ello es la más reciente producción, fruto de la obra de poetas nacidos a partir de 1980, donde se registra, como nunca antes en nuestra lírica, una destacada presencia femenina, con nombres como los de Lucía Estrada, Andrea Cote, Tania Ganitsky, Camila Charry Noriega, María Gómez Lara, Carolina Dávila, Fátima Vélez, Laura Castillo, entre tantas otras mujeres que despuntan en las nuevas generaciones. Entre

---

3 Cadavid, Jorge. *Poesía colombiana 1990-2012*. Revista *Co-herencia*, vol. 9, n.º 17, julio-diciembre de 2012, Medellín, Colombia, págs. 131-153.

los hombres se advierten las voces de Santiago Espinosa, Henry Alexander Gómez, Giovanni Gómez, Felipe Martínez Pinzón, por sólo mencionar algunos de ellos. Todos necesitan de una urgente antología que les haga pronta justicia a su trabajo.

Ya es un vergonzoso lugar común decir que la gran diferencia entre las épocas anteriores con la presente radica en la facilidad e inmediatez para las comunicaciones y para acceder a la información y al conocimiento. Estos mismos medios, unidos a fenómenos como el fin de la utopía, la globalización, así como el poder de lo local, han cambiado nuestra manera de relacionarnos con el entorno. Y la poesía no ha sido ajena a esta transformación. Lo que antes era una actividad casi secreta se ha convertido en pocos años en un fenómeno masivo, pero, paradójicamente, el exceso de información se acaba convirtiendo en un pequeño caos. Ha crecido el pajar y cada vez es más difícil encontrar la aguja.

La presente antología ha tenido como eje fundamental, como ya se ha apuntado, la construcción, el afianzamiento y la expansión de nuevos territorios, y del poeta sobre estos. Los poetas aquí presentes han sabido realizar en distintas épocas esa apropiación del lugar, de su naturaleza física y espacial, lo que ha dado como resultado una de las propuestas poéticas más interesantes y de mayor calidad del continente americano. Y es el deseo que estos poemas despierten el interés en los nuevos lectores que se asoman a la poesía colombiana para que descubran un nuevo espejo de su propia cara.

Adenda

La Biblioteca Nacional de Colombia, una vez conocida la antología preparada, me ha pedido que la continúe hasta los años más recientes, toda vez que terminaba con la poeta barranquillera Lauren Mendinueta nacida en 1977, y anunciaba en sus últimos párrafos la irrupción de una nueva generación de poetas nacidos a principios de los años ochenta, donde prima una gran presencia femenina que ha obtenido múltiples premios tanto nacionales e internacionales, lo que ha despertado un enorme interés entre el público lector de poesía. Andrea Cote (Barrancabermeja, 1981), da cuenta de esta irrupción:

> Ellas recibieron una tradición literaria nacional dominada por hombres y se han enfrentado de una u otra forma a la pregunta por el lugar de su escritura en el horizonte de esa tradición. Alguien alguna vez ya les ha preguntado si prefieren ser llamadas «poetas» o «poetizas», o si los temas cotidianos o del cuerpo son, o no, territorio predilecto de la poesía escrita por mujeres. La respuesta a esas preguntas difíciles, que algunos llamarían urgentes y otros de un falso problema, es la manera en que cada una de estas escritoras presenta su poética de la subjetividad. Algunas veces lírica ancestral, como en Estrada y Gómez; otras, rural, voraz, como en Dávila y Vélez o de la lucidez de los parajes interiores como en Ganitsky o Charry, estas escritoras transforman el espacio individual en nuevas rutas poéticas[4].

---

[4] Ver http://circulodepoesia.com/2017/03/jovenes-poetas-colombianas-seleccion-de-andrea-cote/

La presente selección no sólo incluye a los poetas jóvenes nacidos en los años ochenta y noventa, sino que también vincula otros autores de distintas generaciones que por motivo de espacio se habían quedado por fuera. De manera que esta nueva versión es una forma ejemplar de corregir esa injusticia.

La diversidad de poéticas, tonos y matices es, por supuesto, una constante. Pero conviene señalar cierta liberación estructural, una manera distinta de abordar el poema, más desasida, con un vértigo y una verdad que entronca las nuevas corrientes de la poesía escrita en nuestra lengua desde las dos orillas del Atlántico. La poeta uruguaya Ida Vitale, al comentar un libro de María Gómez Lara, apunta una serie de factores que también pueden ser aplicados a los poetas aquí incluidos:

> *Contratono* muestra la necesaria conjunción de una voluntad poética y de una expresión que asume —no podía ser de otro modo— las múltiples fuentes que el aluvión humano venido de tantos puntos hizo coexistir en Latinoamérica. Y, por supuesto, la tradición clásica española que tenemos legítimamente como nuestra. A esto se suma lo que proviene de otras lenguas, en una apertura a lo diverso que quizás sea la expresión más visible de la modernidad literaria en esas tierras a las que también a veces la reducción exclusiva a lo propio empobrece[5].

---

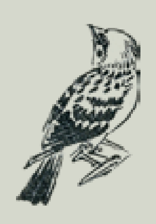
5 Gómez Lara, María. *Contratono*. Visor de Poesía, 2015.

Es interesante resaltar de nuevo esa vocación de la literatura latinoamericana (en este caso en particular de la poesía), esa «apertura» que se ha convertido en necesidad de estar en contacto con las distintas tendencias que se dan en la actualidad, que permiten ver al poeta su obra en relación con lo que sucede a su alrededor. Al contrario, se da el caso nuevamente de esa búsqueda de una territorialidad que ha sido uno de los aspectos más llamativos de la poesía colombiana desde mediados de los años cincuenta, tal como ha quedado consignado en la primera parte de esta presentación. La afirmación de lo local, llámese ciudad, campo, es patente, con sus guerras y sus desapariciones, pero también la afirmación del cuerpo como factor de una dinámica social. Lo local, es necesario insistir, no riñe con lo global sino que se complementa y se alimenta mutuamente. La subjetividad es en estas últimas generaciones abordada de una manera más amplia y más compleja, así como las relaciones con su entorno. La posibilidad de acceder a nuevos materiales, de conocer otros países, de estar en contacto con otras personas que comparten sus intereses, también ha modificado a la propia poesía. La ha enriquecido, no la ha uniformizado. Ha suprimido las fronteras geográficas pero también de géneros, de allí que haya una «narración» poética más liberada, más abierta a otras disciplinas, como se puede observar en Fátima Vélez, o en otros poetas en los que la poesía en prosa se incrusta dentro del propio desarrollo del poema.

La Biblioteca Nacional de Colombia no podía estar ajena al trabajo poético que vienen realizando los jóvenes en

diversas partes del país y fuera de él, y de esta manera, con la presente antología, quiere hacer oír, y leer, las voces de una joven Laura Castillo (1990) que se entronca dentro del magma poético colombiano con las obras de grandes poetas que han cimentado el camino hacia nuestra modernidad.

Ramón Cote Baraibar



Antología de la poesía colombiana contemporánea

1953-2015

▪ Aurelio Arturo

La Unión, Nariño, 1906-1974.
Libros de poesía: *Poemas* (1945), *Morada al sur* (1963), *Morada al sur y otros poemas* (2009).

▪ Morada al sur (fragmento)

I

En las noches mestizas que subían de la hierba,
jóvenes caballos, sombras curvas, brillantes,
estremecían la tierra con su casco de bronce.
Negras estrellas sonreían en la sombra con dientes de
oro.

Después, de entre grandes hojas, salía lento el mundo.
La ancha tierra siempre cubierta con pieles de soles.
(Reyes habían ardido, reinas blancas, blandas,
sepultadas dentro de árboles gemían aún en la espesura.)

Miraba el paisaje, sus ojos verdes, cándidos.
Una vaca sola, llena de grandes manchas,
revolcada en la noche de luna, cuando la luna sesga,
es como el pájaro toche en la rama, «llamita»,
«manzana de miel».

El agua límpida, de vastos cielos, doméstica se arrulla.
Pero ya en la represa, salta la bella fuerza,
con majestad de vacada que rebasa los pastales.
Y un ala verde, tímida, levanta toda la llanura.

El viento viene, viene vestido de follajes,
y se detiene y duda ante las puertas grandes,
abiertas a las salas, a los patios, las trojes.

Y se duerme en el viejo portal donde el silencio
es un maduro gajo de fragantes nostalgias.

Al mediodía la luz fluye de esa naranja,
en el centro del patio que barrieron los criados.
(El más viejo de ellos en el suelo sentado,
su sueño, mosca zumbante sobre su frente lenta).

No todo era rudeza, un áureo hilo de ensueño
se enredaba a la pulpa de mis encantamientos.
Y si al norte el viejo bosque tiene un tic-tac profundo,
al sur el curvo viento trae franjas de aroma.

(Yo miro las montañas. Sobre los largos muslos
de la nodriza, el sueño me alarga los cabellos).

II

Y aquí principia, en este torso de árbol,
en este umbral pulido por tantos pasos muertos,

la casa grande entre sus frescos ramos.
En sus rincones ángeles de sombra y de secreto.

En esas cámaras yo vi la faz de la luz pura.
Pero cuando las sombras las poblaban de musgos,
allí, mimosa y cauta, ponía entre mis manos
sus lunas más hermosas la noche de las fábulas.

* * *

Entre años, entre árboles, circuida
por un vuelo de pájaros, guirnalda cuidadosa,
casa grande, blanco muro, piedra y ricas maderas,
a la orilla de este verde tumbo, de este oleaje poderoso.

En el umbral de roble demoraba,
hacía ya mucho tiempo, mucho tiempo marchito,
el alto grupo de hombres entre sombras oblicuas,
demoraba entre el humo lento alumbrado de
 remembranzas:
Oh voces manchadas del tenaz paisaje, llenas
del ruido de tan hermosos caballos que galopan bajo
 asombrosas ramas.

Yo subí a las montañas, también hechas de sueños,
yo subí, yo subí a las montañas donde un grito
persiste entre las alas de palomas salvajes.

Te hablo de días circuidos por los más finos árboles:
te hablo de las vastas noches alumbradas
por una estrella de menta que enciende toda sangre:

te hablo de la sangre que canta como una gota solitaria
que cae eternamente en la sombra, encendida:
te hablo de un bosque extasiado que existe
sólo para el oído, y que en el fondo de las noches pulsa
violas, arpas, laúdes y lluvias sempiternas.

Te hablo también: entre maderas, entre resinas,
entre millares de hojas inquietas, de una sola
hoja:
pequeña mancha verde, de lozanía, de gracia,
hoja sola en que vibran los vientos que corrieron
por los bellos países donde el verde es de todos los
    colores,
los vientos que cantaron por los países de Colombia.

Te hablo de noches dulces, junto a los manantiales,
    junto a cielos,
que tiemblan temerosos entre alas azules:

te hablo de una voz que me es brisa constante,
en mi canción moviendo toda palabra mía,
como ese aliento que toda hoja mueve en el sur, tan
    dulcemente,
toda hoja, noche y día, suavemente en el sur.

▪ Canción de la noche callada

En la noche balsámica, en la noche,
cuando suben las hojas hasta ser las estrellas,
oigo crecer las mujeres en la penumbra malva
y caer de sus párpados la sombra gota a gota.
Oigo engrosar sus brazos en las hondas penumbras
y podría oír el quebrarse de una espiga en el campo.

Una palabra canta en mi corazón, susurrante
hoja verde sin fin cayendo. En la noche balsámica,
cuando la sombra es el crecer desmesurado de los
    árboles,
me besa un largo sueño de viajes prodigiosos
y hay en mi corazón una gran luz de sol y maravilla.

En medio de una noche con rumor de floresta
como el ruido levísimo del caer de una estrella,
yo desperté en un sueño de espigas de oro trémulo
junto del cuerpo núbil de una mujer morena
y dulce, como a la orilla de un valle dormido.

Y en la noche de hojas y estrellas murmurantes
yo amé un país y es de su limo oscuro
parva porción el corazón acerbo;
yo amé un país que me es una doncella,
un rumor hondo, un fluir sin fin, un árbol suave.

Yo amé un país y de él traje una estrella
que me es herida en el costado, y traje
un grito de mujer entre mi carne.

En la noche balsámica, noche joven y suave,
cuando las altas hojas ya son de luz, eternas…

Mas si tu cuerpo es tierra donde la sombra crece,
si ya en tus ojos caen sin fin estrellas grandes,
¿qué encontraré en los valles que rizan alas breves?,
¿qué lumbre buscaré sin días y sin noches?

▪ Interludio

Desde el lecho por la mañana soñando despierto,
a través de las horas del día, oro o niebla,
errante por la ciudad o ante la mesa de trabajo,
¿a dónde mis pensamientos en reverente curva?

Oyéndote desde lejos, aun de extremo a extremo,
oyéndote como una lluvia invisible, un rocío.
Viéndote en tus últimas palabras, alta,
siempre al fondo de mis actos, de mis signos cordiales,
de mis gestos, mis silencios, mis palabras y pausas.

A través de las horas del día, de la noche
—la noche avara pagando el día moneda a moneda—
en los días que uno tras otro son la vida, la vida
con tus palabras, alta, tus palabras, llenas de rocío,
oh tú que recoges en tu mano la pradera de mariposas.

Desde el lecho por la mañana, a través de las horas,
melodía, casi una luz que nunca es súbita,
con tu ademán gentil, con tu gracia amorosa,
oh tú que recoges en tus hombros un cielo de palomas.

▪ Rapsodia de Saulo

Trabajar era bueno en el sur, cortar los árboles,
hacer canoas de los troncos.
Ir por los ríos en el sur, decir canciones,
era bueno. Trabajar entre ricas maderas.

(Un hombre de la riba, unas manos hábiles,
un hombre de ágiles remos por el río opulento,
me habló de las maderas balsámicas, de sus efluvios…
¡Un hombre viejo en el sur, contando historias!)

Trabajar era bueno. Sobre troncos
la vida, sobre la espuma, cantando las crecientes.
¿Trabajar un pretexto para no irse del río,
para ser también el río, el rumor de la orilla?

Juan Gálvez, José Narváez, Pioquinto Sierra,
como robles entre robles… Era grato,
con vosotros cantar o maldecir, en los bosques
abatir avecillas como hojas del cielo.

Y Pablo Garcés, Julio Balcázar, los Ulloas,
tantos que allí se esforzaban entre los días.

Trajimos sin pensarlo en el habla los valles,
los ríos, su resbalante rumor abriendo noches,
un silencio que picotean los verdes paisajes,
un silencio cruzado por un ave delgada como hoja.

Mas los que no volvieron viven más hondamente,
los muertos viven en nuestras canciones.

Trabajar... Ese río me baña el corazón.
En el sur. Vi rebaños de nubes y mujeres más leves
que esa brisa que mece la siesta de los árboles.
Pude ver, os lo juro, era en el bello sur.

Grata fue la rudeza. Y las blancas aldeas,
tenían tan suaves brisas: pueblecillos de río,
en sus umbrales las mujeres sabían sonreír y dar un beso.
Grata fue la rudeza y ese hálito de hombría y de resinas.

Me llena el corazón de luz de un suave rostro
y un dulce nombre, que en la ruta cayó como una rosa.

Aldea, paloma de mi hombro, yo que silbé por los
caminos,
yo que canté, un hombre rudo, buscaré tus helechos,
acariciaré tu trenza oscura, —un hombre bronco—,
tus perros lamerán otra vez mis manos toscas.

Yo que canté por los caminos, un hombre de la orilla,
un hombre de ligeras canoas por los ríos salvajes.

▪ Canción del ayer

A Esteban

Un largo, un oscuro salón rumoroso
cuyos confines parecían perderse en otra edad
balsámica.
Recuerdo como tres antorchas áureas nuestras cabezas
inclinadas
sobre aquel libro viejo que rumoraba profundamente en
la noche.

Y la noche golpeaba con leves nudillos en la puerta de
roble.
Y en los rincones tantas imágenes bellas, tanto camino
soleado, bajo una leve capa de sombra luciente como
terciopelo.

La voz de Saúl me era una barca melodiosa.
Pero yo prefería el silencio, el silencio de rosas y plumas,
de Vicente, el menor, que era como un ángel
que hubiese escondido su par de alas en un profundo
armario.

Mas, ¿quién era esa alta, trémula mujer en el salón
profundo?,
¿quién la bella criatura en nuestros sueños profusos?

¿Quizá la esbelta beldad por quien cantaba nuestra
sangre?
¿O así, tan joven, de luz y silencio, nuestra madre?

O acaso, acaso esa mujer era la misma música,
la desnuda música avanzando desde el piano,
avanzando por el largo, por el oscuro salón como en un
sueño.

* * *

(A ti lejano Esteban, que bebiste mi vino,
te lo quiero contar, te lo cuento en humanas, míseras
palabras:

Cuando estás en la sombra, cuando tus sueños bajan
de una estrella a otra hasta tu lecho,
y entre tus propios sueños eres humo de incienso,
quizá entonces comprendas, quizá sientas,
por qué en mi voz y en mi palabra hay niebla.)

* * *

Un largo, un oscuro salón, tal vez la infancia.
Leíamos los tres y escuchábamos el rumor de la vida,
en la noche tibia, destrenzada, en la noche
con brisas del bosque. Y el grande, oscuro piano,
llenaba de ángeles de música toda la vieja casa.

▪ Álvaro Mutis

Bogotá, Cundinamarca, 1923-2013.
Libros de poesía: *La Balanza* (1948), *Los elementos del desastre* (1953), *Los trabajos perdidos* (1965), *Caravansary* (1981), *Los emisarios* (1984), *Crónica regia y alabanza del reino* (1985), *Un homenaje y siete nocturnos* (1987), *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía 1948-1988* (1990), *Poesía completa* (1996).

▪ Trilogía

De la ciudad

¿Quién ve a la entrada de la ciudad
la sangre vertida por antiguos guerreros?
¿Quién oye el golpe de las armas
y el chapoteo nocturno de las bestias?
¿Quién guía la columna de humo y dolor
que dejan las batallas al caer la tarde?
Ni el más miserable, ni el más vicioso
ni el más débil y olvidado de los habitantes
recuerda algo de esta historia.
Hoy, cuando al amanecer crece en los parques
el olor de los pinos recién cortados,
ese aroma resinoso y brillante

como el recuerdo vago de una hembra magnífica
o como el dolor de una bestia indefensa,
hoy, la ciudad se entrega de lleno
a su niebla sucia y a sus ruidos cotidianos.
Y sin embargo el mito está presente,
subsiste en los rincones donde los mendigos
inventan una temblorosa cadena de placer,
en los altares que muerde la polilla
y cubre el polvo con manso y terso olvido,
en las puertas que se abren de repente
para mostrar al sol un opulento torso
de mujer que despierta entre naranjos
—blanda fruta muerta, aire vano de alcoba—.
En la paz del mediodía, en las horas del alba,
en los trenes soñolientos cargados de animales
que lloran la ausencia de sus crías,
allí está el mito perdido, irrescatable, estéril.

Del campo

Al paso de los ladrones nocturnos
oponen la invasión de grandes olas de temperatura.
Al golpe de las barcas en el muelle
la pavura de un lejano sonido de corneta.
A la tibia luz del mediodía que levanta vaho en los
  patios
el grito sonoro de las aves que se debaten en sus jaulas.
A la sombra acogedora de los cafetales

el murmullo de los anzuelos en el fondo del río
turbulento.
Nada cambia esa serena batalla de los elementos
mientras el tiempo
devora la carne de los hombres y los acerca
miserablemente a la muerte como bestias ebrias.
Si el río crece y arranca los árboles
y los hace viajar majestuosamente por su lomo,
si en el trapiche el fogonero copula con su mujer
mientras la miel borbotea como un oro vegetal y
magnífico,
si con un gran alarido pueden los mineros
parar la carrera del viento,
si estas y tantas otras cosas suceden por encima de las
palabras,
por encima de la pobre piel que cubre el poema,
si toda una vida puede sostenerse con tan vagos
elementos,
¿qué afán nos empuja a decirlo, a gritarlo vanamente?
¿en dónde está el secreto de esta lucha estéril que nos
agota y lleva mansamente a la tumba?

De las montañas

Una serpiente de luz se despereza y salta y remonta las cascadas con su verde brillo de mediodía pleno y transparente.

Un inmenso caballo se encabrita en el cielo y tapa de pronto el sol. La sombra recorre vertiginosamente la tierra

y opaca las carreteras por donde transitan camiones cargados de café y especias y lanas y animales.

Torna la luz con renovadas energías y el reptil comienza su ascensión por aguas privilegiadas. La voz de los hombres, sus mezquinos deseos, las más oscuras habitaciones, participan generosamente de la opulenta claridad.

La sombra no tiene ya más refugio que las solitarias graderías de los estadios o las vastas salas de los hospitales de caridad o el torpe gesto de los inválidos.

Un pájaro que viene de lo más alto del cielo es el primer mensajero de la desesperanza. Un ojo gigantesco se abre para vigilar el paso de los hombres y ya la luz no es sino un manto obediente que esconde la miseria de las cosas.

En los patios se encienden hogueras con hojas secas y grises desperdicios.

El humo reparte en la tierra un olor a hombre vencido y taciturno que seca con su muerte la gracia luminosa de las aguas que vienen de lo más oscuro de las montañas.

▪ Amén

Que te acoja la muerte
con todos tus sueños intactos.
Al retorno de una furiosa adolescencia,
al comienzo de las vacaciones que nunca te dieron,
te distinguirá la muerte con su primer aviso.
Te abrirá los ojos a sus grandes aguas,
te iniciará en su constante brisa de otro mundo.
La muerte se confundirá con tus sueños
y en ellos reconocerá los signos
que antaño fuera dejando,
como un cazador que a su regreso
reconoce sus marcas en la brecha.

▪ Grieta matinal

Cala tu miseria,
sondéala, conoce sus más escondidas cavernas.
Aceita los engranajes de tu miseria,
ponla en tu camino, ábrete paso con ella
y en cada puerta golpea
con los blancos cartílagos de tu miseria.
Compárala con la de otras gentes
y mide bien el asombro de sus diferencias,
la singular agudeza de sus bordes.
Ampárate en los suaves ángulos de tu miseria.
Ten presente a cada hora
que su materia es tu materia,
el único puerto del que conoces cada rada,
cada boya, cada señal desde la cálida tierra
donde llegas a reinar como Crusoe
entre la muchedumbre de sombras
que te rozan y con las que tropiezas
sin entender su propósito ni su costumbre.
Cultiva tu miseria,
hazla perdurable,
aliméntate de su savia,
envuélvete en el manto tejido con sus más secretos hilos.
Aprende a reconocerla entre todas,
no permitas que sea familiar a los otros
ni que la prolonguen abusivamente los tuyos.
Que te sea como agua bautismal

brotada de las grandes cloacas municipales,
como los arroyos que nacen en los mataderos.
Que se confunda con tus entrañas, tu miseria;
que contenga desde ahora los capítulos de tu muerte,
los elementos de tu más certero abandono.
Nunca dejes de lado tu miseria,
así descanses a su vera
como junto al blanco cuerpo
del que se ha retirado el deseo.
Ten siempre lista tu miseria,
y no permitas que se evada por distracción o engaño.
Aprende a reconocerla hasta en sus más breves signos:
el encogerse de las finas hojas del carbonero,
el abrirse de las flores con la primera frescura de la tarde,
la soledad de una jaula de circo varada en el lodo
del camino, el hollín en los arrabales,
el vaso de latón que mide la sopa en los cuarteles,
la ropa desordenada de los ciegos,
las campanillas que agotan su llamado
en el solar sembrado de eucaliptos,
el yodo de las navegaciones.
No mezcles tu miseria en los asuntos de cada día.
Aprende a guardarla para las horas de tu solaz
y teje con ella la verdadera,
la sola materia perdurable
de tu episodio sobre la tierra.

▪ Nocturno

Esta noche ha vuelto la lluvia sobre los cafetales.
Sobre las hojas de plátano,
sobre las altas ramas de los cámbulos,
ha vuelto a llover esta noche un agua persistente y
vastísima
que crece las acequias y comienza a henchir los ríos
que gimen con su nocturna carga de lodos vegetales.
La lluvia sobre el cinc de los tejados
canta su presencia y me aleja del sueño
hasta dejarme en un crecer de las aguas sin sosiego,
en la noche fresquísima que chorrea
por entre la bóveda de los cafetos
y escurre por el enfermo tronco de los balsos gigantes.
Ahora, de repente, en mitad de la noche
ha regresado la lluvia sobre los cafetales
y entre el vocerío vegetal de las aguas
me llega la intacta materia de otros días
salvada del ajeno trabajo de los años.

Jorge Gaitán Durán

Pamplona, Norte de Santander, 1924-1962.
Libros de poesía: *Insistencia en la tristeza* (1947), *Asombro* (1949), *El libertino* (1953), *Amantes* (1958), *Si mañana despierto* (1961), *Obra literaria* (1975). *Si mañana despierto y otros poemas* (1997). *Amantes y Si mañana despierto* (2004).

El regreso

El regreso para morir es grande.
(Lo dijo con su aventura el rey de Ítaca).
Mas amo el sol de mi patria,
el venado rojo que corre por los cerros,
y las nobles voces de la tarde que fueron
mi familia.
Mejor morir sin que nadie
lamente glorias matinales, lejos
del verano querido donde conocí dioses.
Todo para que mi imagen pasada
sea la última fábula de la casa.

▪ Fuente en Cúcuta

El rumor de la fuente bajo el cielo
habla como la infancia.
                                        Alrededor
todo convida a la tórrida calma
de la casa: el mismo patio blanco
entre los árboles, la misma siesta
con la oculta cigarra de los días.

Nubes que no veía desde entonces
como la muerte pasan por el agua.

▪ Se juntan desnudos

Dos cuerpos que se juntan desnudos
solos en la ciudad donde habitan los astros
inventan sin reposo al deseo.
No se ven cuando se aman, bellos
o atroces arden como dos mundos
que una vez cada mil años se cruzan en el cielo.
Sólo en la palabra, luna inútil, miramos
cómo nuestros cuerpos son cuando se abrazan,
se penetran, escupen, sangran, rocas que se destrozan,
estrellas enemigas, imperios que se afrentan.
Se acarician efímeros entre mil soles
que se despedazan, se besan hasta el fondo,
saltan como dos delfines blancos en el día,
pasan como un solo incendio por la noche.

▪ Amantes

Somos como son los que se aman.
Al desnudarnos descubrimos dos monstruosos
desconocidos que se estrechan a tientas,
cicatrices con que el rencoroso deseo
señala a los que sin descanso se aman:
el tedio, la sospecha que invencible nos ata
en su red, como en la falta dos dioses adúlteros.
Enamorados como dos locos,
dos astros sanguinarios, dos dinastías
que hambrientas se disputan un reino,
queremos ser justicia, nos acechamos feroces,
nos engañamos, nos inferimos las viles injurias
con que el cielo afrenta a los que se aman.
Sólo para que mil veces nos incendie
el abrazo que en el mundo son los que se aman
mil veces morimos cada día.

▪ Sé que estoy vivo

Sé que estoy vivo en este bello día
acostado contigo. Es el verano.
Acaloradas frutas en tu mano
vierten su espeso olor al mediodía.

Antes de aquí tendernos no existía
este mundo radiante. ¡Nunca en vano
al deseo arrancamos el humano
amor que a las estrellas desafía!

Hacia el azul del mar corro desnudo.
Vuelvo a ti como al sol y en ti me anudo,
nazco en el esplendor de conocerte.

Siento el sudor ligero de la siesta.
Bebemos vino rojo. Esta es la fiesta
en que más recordamos a la muerte.

▪ Si mañana despierto

De súbito respira uno mejor y el aire de la primavera
llega al fondo. Mas sólo ha sido un plazo
que el sufrimiento concede para que digamos la palabra.
He ganado un día, he tenido el tiempo
en mi boca como un vino.
                                        Suelo buscarme
en la ciudad que pasa como un barco de locos por la
        noche.
Sólo encuentro un rostro: hombre viejo y sin dientes
a quien la dinastía, el poder, la riqueza, el genio,
todo le han dado al cabo, salvo la muerte.
Es un enemigo más temible que Dios,
el sueño que puedo ser si mañana despierto
y sé que vivo.
                        Mas de súbito el alba
me cae entre las manos como una naranja roja.

▪ Siesta

Voy por tu cuerpo como por el mundo.
Octavio Paz

Es la siesta feliz entre los árboles,
traspasa el sol las hojas, todo arde,
el tiempo corre entre la luz y el cielo
como un furtivo dios deja las cosas.
El mediodía fluye en tu desnudo
como el soplo de estío por el aire.
En tus senos trepidan los veranos.
Sientes pasar la tierra por tu cuerpo
como cruza una estrella el firmamento.
El mar vuela a lo lejos como un pájaro.
Sobre el polvo invencible en que has dormido
esta sombra ligera marca el peso
de un abrazo solar contra el destino.
Somos dos en lo alto de una vida.
Somos uno en lo alto del instante.
Tu cuerpo es una luna impenetrable
que el esplendor destruye en esta hora.
Cuando abro tu carne hiero al tiempo,
cubro con mi aflicción la dinastía,
basta mi voz para borrar los dioses,
me hundo en ti para enfrentar la muerte.
El mediodía es vasto como el mundo.
Canta el cuerpo en la luz, la tierra canta,
danza en el sol de todos los colores,

cada sabor es único en mi lengua.
Soy un súbito amor por cada cosa.
Miro, palpo sin fin, cada sentido
es un espejo breve en la delicia.
Te miro envuelta en un sudor espeso.
Bebemos vino rojo. Las naranjas
dejan su agudo olor entre tus labios.
Son los grandes calores del verano.
El fugitivo sol busca tus plantas,
el mundo huye por el firmamento,
llenamos esta nada con las nubes,
hemos hurtado al ser cada momento,
te desnudé a la par con nuestro duelo.
Sé que voy a morir. Termina el día.

▪ Quiero

Quiero vivir los nombres
que el incendio del mundo ha dado
al cuerpo que los mortales se disputan:
roca, joya del ser, memoria, fasto.
Quiero tocar las palabras
con que en vano intenté hurtarte
al duelo de cada día,
estela donde habitaban los dioses,
hoy lisa, espacio para el gesto imposible
que en el mármol fije el alma que nos falta.
No quiero morir sin antes
haberte impuesto como una ciudad entre los hombres,
quiero que seas ante la muerte
el único poema que se escriba en la tierra.

▪ Eduardo Cote Lamus

Cúcuta, Norte de Santander, 1928-1964.
Libros de poesía: *Preparación para la muerte* (1950), *Salvación del recuerdo* (1953), *Los sueños* (1956), *La vida cotidiana* (1959), *Estoraques* (1963), *Obra literaria* (1976), *Obra completa* (2005).

▪ Elegía a mi padre

A mis hermanos

Una vez tendido le dio por morirse como
antes le había dado por vivir,
por talar los eucaliptos y hacer la casa
y se echó a morir porque sabía
que de esa no pasaba.
Acaso, cuando los bueyes se cansaron
de arar, ¿no se había puesto alguna vez
en la nuca y en los hombros la coyunda?
Y la tarea quedó cumplida mucho antes
que la sombra, ya que las estrellas.
Tenía que terminar también su asunto
a cabalidad y como fuera.

En su mano derecha la firmeza
como empuñando un arma
o dirigiendo el surco o trazando
el círculo de su vida, cerrado,
arbitrario, pero tan propiamente suyo
como el bastón de tosco palo,
como el sombrero o los zapatos
o la ropa que llevaba, que ya era suya,
hecha por él, como sus actos.

Su mayor riqueza consistía en ver los potros
galopar libres bajo en ancho cielo
o enlazar alguno con certero silbo,
marcarle el anca y darle nombre,
un nombre fácil: *Cascofino*, *Dulcesueño*, *El Palomo*,
enjalmar la mula, hablar de las heladas.

La tierra vino a él mas no en su ayuda.
Y decía palabras, preguntaba
por amigos que allí no se encontraban
y de sus brazos que iban y venían
como alentando el fuego del herrero
de su propia existencia, le caía
fuerza, sudor como yunques, dominio;
desde sus brazos le caían los días
que vivió, uno a uno, a borbotones.

Pero murió porque le vino en gana,
porque tenía que hacer del otro lado

junto con su mujer, la que le tuvo
los días listos para su trabajo,
dulzura en la mañana, el pan servido
al alcance del corazón, la ventana abierta
cuando volvía hecho trigo de los campos.

Yo no te cuento pero debo contarte:
te llevamos a una casa con amigos
del alma, te acompañamos, ya lo sabes,
y al otro día tuviste tres entierros
como te correspondía: en la mañana
te llamabas más Pablo aún, respondías
más a tu nombre: eras silencio.

Por el aire te pusimos en las manos
de otros recuerdos, y tu tierra era entonces
tan cercana. Río arriba, entre los climas,
te nos hiciste piedra en el pecho,
te nos ibas hundiendo pecho adentro
porque tú estabas en él y te nos ibas.

Entraste a Pamplona como si lo hubieras hecho
a caballo: tomamos el potro de las bridas
y descabalgaste igual que siempre, entre cipreses.

Como estabas muy alto tus hermanas
no podían verte y una de ellas trajo una banqueta
sobre la que subieron y te llamaron Pablo Antonio,
te nombraron paulinamente Pablo entre las lágrimas.

Pero estabas de espaldas como un río.
En la cuesta tu cuerpo se hizo plomo:
poco después el peso fue liviano
como si hubieras tú metido el hombro
y te llevaras a enterrar tú mismo.

Te colocamos con cuidado, con flores, con ternura.
Yo creo que tenías entre tus manos
una cuerda y un trompo y una espiga
y un rumor de mucho cielo en tus oídos.

Sabes muy bien lo que te cuento
pero te lo digo. Estaban
con el sombrero en la mano
a pesar de la llovizna
todos los que te querían:
el que te vendía la carne,
el que te compraba el trigo
y el hombre de azadón que respetabas.

¿Hallaste allí la paz? es mi pregunta.
Mas yo no debo preguntarte nada.
Tú no querías la paz sino la dura
tierra para sembrar, el aire para
vencer con árboles, cosas difíciles.

Viejo campesino. Padre mío,
en palabra y en acto igual que el hierro:

tan de una vez, tan para siempre:
viejo de a caballo, viejo macho.

Pablo eras no más y Pablo somos.
Padre, qué poco Antonio te llamabas.

▪ La estación perenne

Tu cuerpo desnudo brilla bajo los relámpagos
como antes bajo mis manos.
Todas las estaciones están en tu cuerpo.
La primavera comienza su esplendor en tu abrazo
y concluye en tu boca entreabierta, exultante.
Todos los ríos del mundo están en tu cuerpo,
confluyen en ti en el momento
en que el animal más bello del bosque
—el ciervo, por ejemplo—
bebe de ti y se contempla.
Tu piel es el límite del fuego
donde se refugia el ardor del verano.
Rojas llamas te inundan.
Se mezclan los elementos y tu cuerpo se curva,
hay más aire en tu boca y mi cuerpo sediento
busca en ti salida, la libertad, los deseos.
Se anudan en ti los olivos del mundo
y ardes como una lámpara.
Somos un cuerpo solo luchando contra la muerte.
El otoño se riega en tu cuerpo como vino rojo en la
mesa.
Tus muslos descansan en el borde del mundo.
Vuela una paloma de tu pecho a mis manos.
Después miramos los dos, de alegría cansados,
como a chimenea en invierno, el fuego pasado
y tu piel que brilla bajo los relámpagos.

▪ La muerte

Cada hombre lleva dentro una muerte madura.
A veces pequeña y se la puede pintar
de verde.

En otros tiene el mismo
tamaño del cuerpo y cruje en cada paso como si andara
en muletas.

Pero hay alguien a quien le huele la muerte
a distancia, como la miel
de los trapiches en el tiempo de molienda:
le llena los actos, los sentidos, el amor, la gloria,
el odio o la impotencia.

La muerte es la casa donde vive
y se la ve de lejos, se divisa del camino,
se la escucha con rumor de manto en la sonrisa
o de mortaja en la palabra exultante.
Lo único que se tiene es el pasado.

A veces años, otras veces ratos, acaso minutos.
Un instante puede ser todo el pasado.

Y está delante del hombre. A él tiende los brazos,
hacia él se precipita. Lo que se busca,
en realidad, no es el futuro sino el encuentro.

Y el hallazgo no es más que devolverse
a lo soñado, igual que la palabra
se busca para hallarla en los objetos
o el recuerdo en las guardas de un libro
abierto como la vida.

▪ A un campesino muerto en la violencia

No sabías escribir pero en tu mano
el arado era tu lenguaje,
y cuando así la tierra te expresaba
la voz se te volvía más suave.

Tu corazón, el agua, el viento
pasaban con el río.
Tu palabra fue la densidad del aire
y la luz toda su alegría.

Un día sin por qué, sin que supieras
que la muerte venía
te quitaron la vida.

El cielo alzó la frente
como si lo llamaran de lejos.
Tus ojos dulces, más que el horizonte:
todo muerto mira como un hermano.

Después
te sembraron igual que una semilla:
tu silencio cubierto por un árbol
dejó borrado el crimen.

Tramaron las raíces sobre ti
su vida. Pero aún te escucho
respirar en las ramas.

▪ Estoraques (fragmento)

I

El viento que viene y el viento que va
no son nada, en realidad, del tiempo.
El tiempo en otro sitio donde el hombre,
capaz de su destino, trazó el aire,
el arma de sus sueños, y la tierra
labró para guardarse en ella.

Esto fue en el terreno de los hombres.
Una ciudad allí cumplió la vida
si en grandeza se quiere más arriba
de los propicios cielos fulgurantes
donde el dominio de los dioses todos
hizo imperios, circunvaló las sienes
de las colinas, encontró las leyes,
convivió con lo humano dando aliento
sin par a la victoria.

Esa colina es hija de los nobles
pensamientos del dios. Y si miramos
desde la cumbre del año más alto
vemos la loba alimentando a Rómulo
y la ciudad que fue surgiendo al mundo
coronada de hazañas y de templos.

El Palatino, cierto, es diferente.
Toda la historia cabe en la mirada
y las ruinas así nos lo demuestran.
De modo que podemos ver las piedras
puntualmente ordenadas por Augusto
quien también entendió que los poetas
eran la gloria y prez de su gobierno,
fue amigo de Virgilio, el que hizo cantos
a la reforma agraria:
otra no es la intención de las Geórgicas
en donde están aún los surcos frescos
y los trigos germinan todavía,
y en donde están medidas las cosechas,
la necesaria fuerza para el brazo
que lanza la semilla,
la propiedad, la ley de los viñedos
para que el vino estalle como luz,
embriague como luz aunque su llama
sea roja.

Y por ahí también anduvo Horacio,
dominador de numeroso metro,
que afiló como a un hacha el epigrama
y cultivó palabras como nadie.

El Palatino está dentro del tiempo.
Su mole es como un puño alzado al cielo
en su ruina imprecando por los días
antiguos. El tramonto le golpea

su soberbia, y su piel, presa de luz
se incendia cada tarde en el crepúsculo.

Aquí el asunto es muy distinto.
Una que otra columna, cauces solos,
tierra como de sol sin sombra, sombras
como ascuas: los árboles no existen. Sólo sed
y un pueblo que da vueltas a la plaza
para ir al cementerio o hasta el río
sin agua. Del otro lado una muralla
con una cruz, y del otro también, con cruces
donde la muerte sueña con los muertos.

El viento que viene y el viento que va
saben algo de todo esto: el tiempo, no.
El tiempo está en Sumeria, en Babilonia,
en Tebas, en Nínive, en Egipto, en Creta,
en el Partenón, en los museos, en Jenofonte,
en los muros, en las ideas, en la política:
huesos de la civilización.

Aquí hay un reino de tierra y arenisca
maravillosamente sediento.

Fernando Charry Lara

Bogotá, Cundinamarca, 1920-2004.
Libros de poesía: *Nocturnos y otros sueños* (1949), *Los adioses* (1963), *Pensamientos del amante* (1981), *Llama de amor viva* (1986) (compilación), *Poesía reunida* (2003), *Vida y obra* (2012).

El lago

By the waters of Leman I sat down and wept
T. S. Eliot

Érase entre la luz de la mañana
Alta y desierta nube de otro tiempo
Me mirabas llegar desconocido
Aire frío cristal pálido día

Llovía luego un agua verde entre el paisaje
Un agua azul y plata por el lago
Un agua ronca con sollozo a mares
Despedazándose rota en ventanales

Me veías llegar desconocido me veías
Amante que perdió su memoria el rostro amado
Me veías ráfaga de huracanadas
Olas de luz y viento y tempestades

Dejabas penetrado de relámpagos
Al extranjero corazón a oscuras

La ciudad que rodea de verdor el lago
Cuando a la hora última la tarde
Dejabas tu desolación en las esquinas
Cuerpo insinuándose al recuerdo
Dejabas tus sedosas violetas esparcidas

El mundo extraño apenas prodigando
Leves fulgores perlas por el aire

Frágil contra la sombra el muro el árbol
La viuda cabellera de las luces
De noche tiernas lunas
Sobre los pavimentos y las lluvias

Cuando eres tú y a tu lado impalpable
Una joven cintura entredormida
O femenino cráter insospechado ardiendo
Ebrio de tristes pasos cuando el eco
Por soledades vagas como espejos
Como calles por nadie nunca recorridas
Que hace más años tú ya presentías

Ser el desconocido
De súbito al encuentro

El rugido del viento en las orillas
Ecos de ahogados flotan sordamente en insomnio
La oscuridad el cielo inmóvil
Las aguas que noche y día son tu pensamiento
Lago tal corazón desbordado
Bajo la madrugada sollozando
A solas su imagen tan desierta
Un momento le creíste
Palpitación o llamarada
Como tú
De amor y luz y tiempo ausentes

Contemplar aún su claro pecho irisado
Mientras la vastedad del agua amaneciendo
Lago era entonces sin furor
Invisible al deseo
Cuello jazmín apenas
Solitario de silenciosa blancura
Muslos apenas grises de nácares helados

Alejándose entonces la presencia y el sueño
Borrando al alba en cansancio su latir obstinado
Llegar por fin a ti la vida en secreto
La vida ahora que asoma entre tus labios
Tus mudos labios volviendo a tu vida
Aquel desconocido

De siempre a tu encuentro
El cuerpo del pensamiento de ti mismo
Aquel
Amante que perdió su memoria el rostro amado
Huésped del laberinto y la nada

▪ Jardín nocturno

La mancha del cielo azul, sombras de árboles, sombras
de nubes,
Y alrededor muros, ruinas, piedras que en el silencio
Son frío, si la mano, si el pensamiento las roza.

De noche, retraído y apasionado,
Contemplar desde allí lo lejano.
Olvidado de sí, hambriento del mundo,
Vagar entre luces, ciudades, veranos. Mas luego como
Cuando uno, sin saberlo,
Extiende por mares su corazón
Y regresa al solo sitio en que sueña:
Ha pasado
El tiempo, y sin embargo
Está el fulgor lunar sobre la vida. Así ilumina,
Así entristece viril
Al hombre la soledad de su delirio.

▪ Llanura de Tuluá

Al borde del camino, los dos cuerpos
Uno junto del otro,
Desde lejos parecen amarse.

Un hombre y una muchacha, delgadas
Formas cálidas
Tendidas en la hierba, devorándose.

Estrechamente enlazando sus cinturas
Aquellos brazos jóvenes,

Se piensa:

Soñarán entregadas sus dos bocas,
Sus silencios, sus manos, sus miradas.

Mas no hay beso, sino el viento
Sino el aire
Seco del verano sin movimiento.

Uno junto del otro están caídos,
Muertos,
Al borde del camino, los dos cuerpos.

Debieron ser esbeltas sus dos sombras
De languidez
Adorándose en la tarde.

Y debieron ser terribles sus dos rostros
Frente a las
Amenazas y relámpagos.

Son cuerpos que son piedra, que son nada,
Son cuerpos de mentira, mutilados,

De su suerte ignorantes, de su muerte,
Y ahora, ya de cerca contemplados,
Ocasión de voraces negras aves.

Te hubiera amado

Te hubiera amado,
Perfil solo, nube gris, nimbo de olvido.

Con el misterio de la mirada,
Bajo la tormenta oscura de las palabras,
En la tristeza o puñal de cada beso,
Hasta la ira y la melancolía,
Te hubiera amado.

Ay, cuerpo que al amor se resiste
No ofreciendo su nocturno abandono a unos labios.
Sobre su piel la luna inútilmente llama,
Llama inútil la noche
Y el sol, inútil llama, lame
Con una lengua sombría sus dos senos.

Te hubiera amado,
Rostro donde el día toma su luz hermosa.
Frío, dolor, nube gris de siempre,
Como un relámpago entre el suelo amanecías
Sonámbula y bella atravesando
Una aurora.

Tarde naval sobre el azul se extiende.
En el sueño del horizonte todo se olvida.

Vive tú aún, secreta existencia,
Mía como el deseo que nunca se extingue.

Vive fuerte, relámpago que un día amanecías,
Llama ahora de nieve.
Mírame aún, pero recuerda
Que se olvida.

▪ Ciudad

Por el aire se escucha el alarido, el eco, la distancia.

Alguien con el viento cruza por las esquinas y es un
instante
Su mirada como puñal que arañara la sombra.
Desde el desvelo se oyen sus pisadas alejarse en secreto
Por la calle desierta tras un grito.

Una mujer o nave o nube por la noche desliza como río.
Junto al agua taciturna de los pasos
Nadie le observa el rostro, su perfil helado
Frente al silencio blanco del muro.

(Por el mar bajo la luna su navegación no sería
Tan lenta y pálida,
Como por los andenes, ondulante,
Su clara forma en olas
Avanza y retrocede.

Esos pasos, rozando el aire, se niegan a la tierra:
No es el repetido cuerpo que en hoteles de media hora
Entre repentinos amantes y porteros
Su desnudo deslumbra bajo manos y manos
Y despierta soñoliento en un
Apagado movimiento

Mientras a la memoria
Acuden en desorden lamentos.

En la oscuridad son relámpagos
La humedad en llamas de esos ojos
De oculta fiera sorprendida,
Y algo instantáneo brilla,
La rebeldía del ángel súbito
Y su desaparición en la tiniebla).

La noche, la plaza, la desolación
De la columna esbelta contra el tiempo.
Entonces, un ruido agudo y subterráneo
Desgarra el silencio
De rieles por donde coches pesados de sueño
Viajan hacia las estaciones del Infierno.

Duermevela el reloj, su campanada el aire rasga claro.
En el desierto de las oficinas, en patios,
En pabellones de enronquecida luz sombría,
El silencio con la luna crece
Y, no por jardines, se estaciona en bocinas,
En talleres, en bares,
En cansados salones de mujeres solas,
Hasta cuando, como con fatiga,
La sombra se desvanece en sombra más espesa.

Desde la fiebre en círculos de cielos rasos,
Oh triste vagabundo entre nubes de piedra,

El sonámbulo arrastra su delirio por las aceras.
El viento corre tras devastaciones y vacíos,
Resbala oculto tal navaja que unos dedos acarician,
Retrocede ante el sueño erguido de las torres,
Inunda desordenadamente calles como un mar en
derrota.

Siguen por avenidas sus alas, su vuelo lúgubre por
suburbios:
Se ahonda la eternidad de un solo instante
Y por el aire resuenan el alarido, el eco, la distancia.

Muerte y vida avanzan
Por entre aquella oscura invasión de fantasmas.
Los cuerpos son uniformemente silenciosos y caídos.
Un cuerpo muere, mas otro dulce y tibio cuerpo apenas
duerme
Y la respiración ardiente de su piel
Estremece en el lecho al solitario,
Llegándole en aromas desde lejos, desde un bosque
De jóvenes y nocturnas vegetaciones.

Rogelio Echavarría

Santa Rosa de Osos, Antioquia, 1926-2017.
Libros de poesía: *Edad sin tiempo* (1948), *El transeúnte* (1964), *Crónica de otras vidas y otras muertes* (1993).

El transeúnte

Todas las calles que conozco
son un largo monólogo mío,
llenas de gentes como árboles
batidos por oscura batahola.
O si el sol florece en los balcones
y siembra su calor en el polvo movedizo,
las gentes que hallo son simples piedras
que no sé por qué viven rodando.
Bajo sus ojos —que me miran hostiles
como si yo fuera enemigo de todos—
no puedo descubrir una conciencia libre,
de criminal o de artista,
pero sé que todos luchan solos
por lo que buscan todos juntos.
Son un largo gemido
todas las calles que conozco.

▪ Única

Oh tú a quien siempre hablo cuando todo ha dejado de
oírme,
cuando todos han dejado de oírme, oh tú que me oyes
más que mi corazón.
No sé por qué te busco siempre, tal vez porque eres la
unidad
de todas y sin embargo en ninguna te alcanzo.

Es el amor, sobre el que nadie o muy pocos pueden
poner su bandera definitiva;
es el amor, sobre el que nada tengo adquirido ni
esperado,
el amor, que hace su propio mundo cada vez, sus
fronteras
que el tiempo, sólo el tiempo derrumba.

¿Por qué destruye los cuerpos para luego
rehacerlos tan perfectos que puedan sufrir nuevamente
la muerte de que fueron salvados
y a la que siempre viven condenados?

¡Oh tú, oh tú! ¿Cómo llamarte?
¿Cómo llamarte? ¡Única!
Que después del último llanto me viste curado y me
hieres,

que después de la última herida me sanas y me
reconcilias...
¿dónde hallarte definitivamente quieta y mía, cuándo
contemplarte secos los ojos que no quieren cambiar sus
aguas?

▪ Lugar común

Ya que no todos podemos ser
poetas
comprender lo sensible
o exaltar lo sencillo
hablemos francamente
confesemos nuestro fracaso
de hombres sin alas
de hojas muertas en el estío
nuestros empeños ciegos
sin metáforas vanas
nuestra identificación con todos
o con casi todos
y si alguien nos entiende
y fecunda nuestra impotencia
eso también es poesía
o por lo menos una gota
en la sed del infierno
cotidiano.

▪ La felicidad

Hay miríadas de seres en el Universo
que son felices —y no te conocen.

Millones de personas en la tierra
son felices —e ignoran que existes.

Muchos también te han visto
y son felices sin amarte.

Y algunos que te amaron
disfrutan de un feliz olvido.

¿Por qué, pues, soy yo el único hombre
para quien tú eres toda la felicidad en el mundo?

▪ Llegue tu carta

Llegue tu carta, mano larga, pulso sellado, llegue pronto
a darme libertad con la fecha que inventes.

Por esa alta ventana
déjame compartir tus actos contemplándolos,
y espera que te envíe
el ave de vuelo único,
el mensaje que hará retroceder tus días
hasta los míos y clavará en el tiempo la distancia.

Llegue tu carta, amada, con su ingrave tesoro
que sólo una estampilla guía entre torpes gentes,
entre quienes desnudos de distancia se palpan,
entre cuantos no se aman y se engañan con besos.

Llegue con su pequeño aire encerrado
de tu lejana estancia donde es más simple el cielo,
esa palabra que entre todos los libros busco
y solo hallo cuando abro tu pliego ensimismado,
esa palabra que, sin haberla escuchado,
busco en tus labios pero resuena en mis oídos.

Llegue tu carta, que musita mi nombre en todas las
    ciudades
por donde pasa prisionera, triste de su virginal goce,
a los ojos de los carteros que me ven y se van alegres;

llegue y caiga como ave derribada
en mis manos, que saben hallarle sus secretos,
interpretar la forma del mundo de que vives,
el sueño de que está alimentada la ausencia,
el pedazo de tibio paisaje que me cambias
por este largo y frío túnel de pensamientos.

Llegue tu carta, mano larga, pulso sellado, llegue
    pronto;
alce tu carta su callado murmurio de pluma en el viento;
mida tu carta el blanco espacio que separa las voces, los
    besos.

▪ Héctor Rojas Herazo

Tolú, Sucre, 1921-2002.
Libros de poesía: *Rostros en la soledad* (1952), *Tránsito de Caín* (1953), *Desde la luz preguntan por nosotros* (1956), *Agresión de las formas contra el ángel* (1961), *Las úlceras de Adán* (1995), *Obra poética 1938-1995* (2004).

▪ La casa entre los robles

A un ruido vago, a una sorpresa en los armarios,
la casa era más nuestra, buscaba nuestro aliento
como el susto de un niño.
Por sobre los objetos era un tibio rumor, una espina, una mano,
cruzando las alcobas y encendiendo su lumbre furtiva en los rincones.
El sonido de un hombre, el retrato, el reflejo del aire sobre el pozo
y el día con su firme venablo sobre el patio.

Más allá las campanas, el humo de los cerros
y en un dulce y liviano confín, entre la brisa,
el pájaro y el agua levemente cantando.

Todos allí presentes, hermano con hermana,
mi padre y la cosecha,
el vaho de las bestias y el rumor de los frutos.

Adentro, el sacrificio filial de la madera
sostenía la techumbre.

Una lluvia invisible mojaba nuestros pasos
de tiempo rumoroso, de fuerza, de autoridad y límite.
Pasaba el aire suavemente, buscaba sombras, voces que
derramar,
respiraba en los lechos, dejaba entre los rostros su ceniza
dorada.

Era entonces el día de hojas, de potente zumbido,
el día para el cántaro, la miel y la faena.

Como un don de reposo llegaba a nuestro cuerpo
la noche con su carga de remotas espigas.
Nuestro pan, de anhelado resplandor,
nuestro asombro
y las lámparas derramando sus ángeles sin prisa en los
espejos.

Como un hombre que anhelara su parte,
su sitio en nuestra mesa,
el viento dulcemente flotaba en los manteles.

La quietud de los muebles, las voces, los caminos,
eran todo el silencio de la noche en el mundo.

Llenando de inaudible presencia las paredes,
habitando las venas de pie frente a las cosas.

Buscaban nuestras manos un calor circundante
e indagaban los ojos otra piel impalpable.

Algo de Dios, entonces, llegaba a las ventanas
algo que hacía más honda la brisa entre los robles.

▪ Súplica de amor

Por mi voz endurecida como una vieja herida;
Por la luz que revela y destruye mi rostro;
Por el oleaje de una soledad más antigua que Dios;
Por mi atrás y adelante;
Por un ramo de abuelos que reunidos me pesan;
Por el difunto que duerme en mi costado izquierdo
Y por el perro que le lame los pómulos;
Por el aullido de mi madre
Cuando mojé sus muslos como un vómito oscuro;
Por mis ojos culpables de todo lo que existe;
Por la gozosa tortura de mi saliva
Cuando palpo la tierra digerida en mi sangre;
Por saber que me pudro.
Ámame.

▪ Recado para un transeúnte

Antes de mirar por el ojo de una cerradura
o de aspirar el olor a hombre escondido
que tiene el aire en un patio abandonado.
Antes de redondear una uña con tus dientes
o de degustar el sabroso sabor gástrico
que tienen tus encías a la madrugada.
Antes de mirar el sol devorando la testa de un
convaleciente.
Antes de todo esto,
ordena bien un grupo de minutos amargos
que subsistan más allá de tu vientre.
Entonces podrás sorprender un brazo
al saludar a nadie desde el más claro sitio de una casa.
O encontrar a una mujer en una ciudad populosa y
desconocida
guiándote, únicamente, por el olor de sus gestos
y la energía de sus pezones.
Después hablaremos.
Algún día hablaremos de todo esto en una isla olvidada
donde los cocoteros tienen un timbre, musical y
doloroso,
como el de una anciana que acaba de dar un paso en
falso
y escupe sus miembros sobre raíces polvorientas.

▪ Responso por la muerte de un burócrata

Se te ha borrado súbitamente el mundo
como la lámpara que trasladan a otro aposento.
Ahora son tus tres eternidades de sombra
pues tus sentidos se enfrentan a una nueva inocencia.
Déjame, hermano mío, humedecer mi alma
con la lluvia de tus células bajo la piedra.
Déjame ahora aspirar el olor que tuviste un domingo,
el olor de tu traje ese domingo con lilas,
cuando descubriste, con ternura parecida al
 remordimiento,
la cintura de tu mujer
al desnudar una naranja frente al retrato de tu padre.
Déjame recordar el puntito de grasa
en tu corbata de hombre numerado
cuando acariciabas la silueta de una artista de cine
con tus dedos azorados en la gaveta del escritorio.
Déjame, ¡oh, burócrata!, llorar por tus quincenas
 atrasadas
y tus piyamas demasiado sucias
y por las imperceptibles cicatrices que dejaron en tu
 rostro
las sucesivas liturgias del jabón y la cuchilla de afeitar.
Porque ahora eres profundo y hermoso
como un camino recordado desde otro país.

Ya no buscarás tu nombre, hermano mío,
con tu apellido equivocado,
en la modesta narración de un cumpleaños
en el último rincón de un periódico.
Ni alisarás el cristal de tus lentes
mientras un monarca de papeleta
te amonesta por el pecado de retrasarte
contemplando la mañana perfumada por el mugido de
 los eucaliptos.
Ni llorarás por la huella de las estaciones
sobre un adiposo libro de contabilidad.
Ahora, pariente delicado del gusano y el ángel,
te disuelves levemente mientras el calendario revolotea
 sin sentido
sobre las excrecencias farmacéuticas que dejaste sobre tu
 lecho.
Ya ha terminado el suplicio de los ruidos y los sabores
que circundaron la monotonía de tus sesenta años.
Ahora —hombre alimentado por tantos y tan
 diminutos mendrugos—
has alcanzado, ¡por fin!, la gloria de la putrefacción
pues tu nombre es apenas un poco de tinta
que deshace la lluvia sobre el cartel de una esquina
o la rúbrica dibujada en el papelito
que acaban de arrojar a la canasta de los desperdicios.
¡Qué lejos, ahora, tu mechón sobre la frente
y la furiosa erección de tus células
cuando olfateabas el abrigo de una secretaria
abandonado en el lavado de tu oficina!

¡Qué lejos ahora la fruta al mediodía,
la revista semanal bajo la axila
y el zumbido de las moscas en tu ventana de
convaleciente!
¡Qué distante queda ahora de ti
el cinematógrafo de tu barrio
y la solterona que todos los días espera frente a tu puerta
el bus de las tres de la tarde!
¡Qué absurda te debe resultar en la cal del silencio
la distancia que media entre tus párpados y la mejilla del
amigo
cuando escuchabas la súplica de un préstamo
a la puerta de un ministerio!
Acá has dejado la hojarasca de tus tarjetas timbradas,
las medias zurcidas en la maleta de tu tía,
la palabra tul que pronunciabas cuando estabas triste.
Acá has dejado un bulto vago,
la memoria de una tos,
el gesto de tu mandíbula cuando presentías el ácido de
un limón
en la vitrina de un restaurante.
....
Desde tu ausencia,
desde la estrella que empieza a temblar
en la penumbra de tus zapatos con tacones comidos,
te veo ahora, poderoso y desnudo como la madera,
eterno ya, tranquilo,
con el paraíso conquistado
a través del purgatorio de tus copulaciones solitarias.

Te veo —¡oh dolorosamente extraño, oh dulcísimo niño
mío!—
en un círculo donde la destrucción
tiene la belleza y el orden
que hace vibrar el oculto lirio de las estatuas.
Te veo, aureolado por un ascua magnífica,
en el centro de tu gran llaga,
santificado por la crepitación de tus líquenes,
impartiendo un nuevo ritmo a la lombriz y al estiércol.
Y acá arriba, ¡Dios mío, acá arriba!, entre árboles y casas e
impalpable ceniza,
tu nómina buscándote como un perro enlutado.

▪ Inventario a contraluz

Te hago el relato de estas cosas ahora,
cuando todos han muerto.
Cuando ya solamente la memoria
es río, cosecha, solitaria espuma de patios,
trinos que se deshacen en el calor
mientras dulces mujeres
parlan bajo las hojas, en la tarde,
frente a tiestos de orégano.
Ahora todo es lejano
pues ha ido cayendo blandamente de nosotros
como un poco de arena de una mano.
Ahora tal vez escuchas, tal vez sueñas.
Tal vez inventas ese duro monte
que sacude en la yerba su relincho.
O sigues, por un filo de luna,
el olor que te conduce a los viejos baúles,
a la alacena, al retrato del tío,
el de mostachos de gitano y ojos de ángel,
el que parpadea con secreta delicia
cuando tú, dulce hermana y madre mía,
ponías la lámpara
frente a las frutas y los platos de arroz,
el que murió un domingo ¿recuerdas?
Te hablo de la memoria,
de las alcobas, los muebles y los cuchicheos en la
memoria.

De la forma en que el viento
restregaba los arcos del comedor
y hacía gemir los corpiños y los pañuelos en el alambre,
de cuando el mar, disfrazado de viento, cuando el humo.
Te hablo del mundo, del tiempo en este mundo.
De días que ardieron como finas monedas
(rostros nítidos, con luz, con luz furiosa y viva,
vestidos que cubrieron amados cuerpos, que nos
    cubrieron,
semanas olorosas a toronjil)
te hablo de entonces.

▪ Carlos Obregón

Bogotá, Cundinamarca, 1929-1963.
Libros de poesía: *Distancia destruida* (1957), *Estuario* (1961), *Obra poética* (1985), *Estuario* (2004).

Como la rosa contiene su quietud
y el mar el tiempo,
el fuego, más que fuego, contiene en certidumbre
liturgia de sí mismo, silencio en el silencio,
desde adentro volcado en fulgurante idioma
hacia qué atmósfera libre de criaturas,
hacia qué santo rezo.
Instante ardiente: su fervor se engendra
en la pupila tutelar del ángel
y su sustancia es la noche misma.

Pasajera del viento
la hoguera yergue su conjuro
de extático silencio
templa con acerado amor
el ser la eternidad que vibra
huidiza y desvelada
tensa es la noche donde Dios la enciende.

El amor como el fuego nace
de sí mismo y en sí mismo
hacia lo eterno se despliega
recreando en su sustancia
en éxtasis perpetuo
el alba de fulgurante hallazgo
amor que es floración del fuego

Lo que veo es muy sencillo.
Pero lo que no veo
es aún más sencillo.
Desde tu hondura veo
contra la noche
un ciprés y una rosa.
Y lo que no veo
solamente es tu hondura.

Me hiciste monje
para cerrar los ojos.

Cuando el día se apaga
tu soledad es como un árbol
suave y sonoro entre los ángeles.

Entraré en tu silencio
y te adornaré
en diferentes lugares
de la noche.

▪ El tiempo contemplado

Vibraba el cielo. El río en cada tallo
aguzaba un silbo lunar de lento vuelo.
Lejos, la noche rezaba un salmo de madera
entre flores calcinadas y aspas de molino.
Por la tierra azotada tres caballos
de exilio galopaban, ágil fuga
de aire ennegrecido y ceniza volandera.
Una llama profunda hincaba su fulgor
contra los ojos. El tiempo estaba entre
filos de luz y estrellas desplomadas
y un viento sin origen hendía el mundo.
Polvo y esparto. Muros blancos. Trigo.

Trae el mar un clamor de soles rigurosos,
de castigados bronces que tañen en la tarde.
En el horizonte reverberan mis viajes
y en los ojos revive su llamada distante.
Mediterráneo mar de mi vigilia—
cada instante en tus olas florece y se propaga
como un dios vigilante para cantar la vida
con labios victoriosos.
Miro tu tiempo horizontal y puro
vencido levemente bajo el ala del viento,
miro tu ser con ojos encendidos
y despojado avanzo hacia el fondo perpetuo
donde todo es hallazgo, donde todo renace
en proezas azules de un espacio sonoro.

Rezar es preguntarse por qué la hierba crece,
por qué el trigo gravita santamente en su espiga,
por qué la tierra se entrega en su alabanza
cuando mi ser la cubre.

▪ Jotamario

Cali, Valle, 1940.
Libros de poesía: *El profeta en su casa* (1966), *El libro rojo de Rojas* (1970), *Mi reino por este mundo* (1980), *La Casa de la memoria* (1985), *El espíritu erótico* (1990), *Paños menores* (1994), *La casa de memoria* (1995), *El cuerpo de ella* (2000).

▪ Después de la guerra

un día
después de la guerra
si hay guerra
si después de la guerra hay un día
te tomaré en mis brazos
un día después de la guerra
si hay guerra
si después de la guerra hay un día
si después de la guerra tengo brazos
y te haré con amor el amor
un día después de la guerra
si hay guerra
si después de la guerra hay un día
si después de la guerra hay amor
y si hay con qué hacer el amor

▪ Santa Librada College

A Parra, el barrendero
al profesor varela, de preceptiva y contraceptiva literaria
a un exrector, armando romero lozano, a su colmillo de erudito
a buenaventura enrique, exalumno

laberinto

en tu piscina
me bañé desnudo
como un ángel

burlé la vigilancia
del vigilante

salté la verja
jugué billar en la cantina
de la esquina
asistí a cine al Alameda

me paseé por tus corredores
como el embajador de abisinia
por abisinia

a pesar de que no era
bruto
nunca pasé en geometría
del 3, 14 16

con compañeros
diferentes
como triángulos
semejantes
hicimos fraude en los exámenes
isócel
o escalenamente

en las fiestas patrias
salíamos uniformados
de blanco
y yo no portaba la bandera
porque estaba mal peinado
y pertenecía al escuadrón número 12

ojo de águila el bibliotecario
vigilaba los libros
temeroso
de mi cuchilla sobre los desnudos
recortando la hernia
de afrodita
o me burlara del mahabarata

en clases de filosofía
me dedicaba al ajedrez
y en un lance
afortunado
les di jaque doble
con el caballo

al rey
y a parménides

el vicerrector
hacía la ronda
por los salones

el vicerrector
apuntaba inflexible
las irregularidades

el vicerrector
era el rector
dos veces

el profesor de química
tomaba tinto
en un crisol
leía sus noticias en la tabla periódica
después nos hablaba del hidróxido de cadmio
$Cd(OH)_2$
del electrón borracho
de los que no asistieron a misa
el domingo
de la desaparición de un erlenmeyer
del ultramicroscopio
del cuaderno de notas
y de algunos elementos
por descubrir

el profesor de dibujo
con su paleta
nos explicaba las perspectivas
del arte
nos abría todas las puertas
para la imaginación
inclusive las puertas
de la calle

en el interior de los sanitarios
junto con otras frases
burguesas
leí las primeras protestas
revolucionarias
«abajo el estado de sitio»
«cátedra libre o muerte»
«no queremos ir al cuartel»
«los de 4B son homosexuales»
y como si no tuviéramos bastantes
«más libros menos armas»

el profesor de literatura
que no había leído a jacques prèvert
ni a breton
nos enseñaba a rimar como fray luis
de león
y nos decía

que «la maría»
era casi una poesía

le professeur de français
parlant de brigitte bardot
et de la guerre dans sa patrie
(voici l'opportunité
de le dire
merde)

el profesor de historia
con su figura de mapa
de américa
nos explicaba
sinceramente
que no hubo tal decadencia
romana
sino más bien una desvalorización
del sestercio

clase de biología
el profesor no encuentra la fórmula
en el laboratorio ni en el libro
el profesor ensaya en un tubo
la efervescencia de la vida
el profesor espera el resultado
de sus experimentaciones

el profesor de urbanidad
llegaba puntualmente
pulcramente
no fumaba
tosía
ni gritaba
se iba

el dentista nos sacaba las muelas
y dejaba
caernos en la ingle
trocitos del algodón que él recogía
pecaminosamente

el profesor de geografía
bechuanalandia capital mafeking
ensenada de utría
primer productor de petróleo
informe del padre lebret
hasta la página 40
lo mató un taxi distraído
en cali colombia
no lo volvimos a ver más

el profesor de música (una dama)
daba la mala nota
pedagógica
nos daba de dormir en sus conciertos
mostrándonos los muslos fusa a fusa

sostenido a bemol
fa
mi
re
do

el profesor de religión
nos exhortaba
al arrepentimiento
nos hacía pruebas sobre
la existencia de dios
escuchaba mis objeciones
con abatimiento de crucifijo
y a él y a dios
los salvaba
la campana

el profesor de cátedra
bolivariana
venía
envuelto en su «everfit» como en el manto
de iris
se separó del cargo
cuando se persuadió de que desconfiábamos
de su desprendimiento

el profesor de contabilidad
es un pequeño asiento
en mi memoria

el médico nos examinaba
los testículos
nos preguntaba por las muelas
podridas
nos entrevistaba el corazón
con el estetoscopio
y nos recetaba un purgante
cada tres meses

en el recreo
nos tirábamos pepas
de frutas
pedazos de panela
con ganas de matar
lanzábamos los libros
de biología
los cuadernos de química
contra las paredes
para ver si explotaban
quemábamos los almanaques
porque nos gustaba el verano
nos entintábamos las manos
de saludar
golpeábamos el escroto
de los estudiosos
algunos de sexto fumaban marihuana
escondidos en el museo
la enfermera
prestaba los primeros

auxilios
a los que lesionaban
jugando fútbol
o se daban
contra las alambradas
de la iglesia

los vigilantes o los profesores
tomaban tinto mientas
se robaban las bicicletas

francisco de paula santander
en el patio mayor
era entonces
una base de béisbol

durante las sesiones
de clausura
se entregaban los diplomas a los inscritos
en sexto
había discursos
misa
risa
copas de vino
humo de pipa y cigarrillo fino
premios al mérito
a la asistencia
a la constancia
a la fe

a la esperanza
alvarado luis carlos (aplausos)
acevedo argemiro (aplausos)
aragón luis alfonso (aplausos)
arbeláez jotamario (aplazado)

santa librada college
tea no atea
mildoscientos alumnos
pararrayos
setenta y dos salones
discoteca
prestigio nacional
cincuenta y cinco
profesores idóneos
secretario

santa librada
college
yo no te debo
nada

(Cali, enero 1960)

▪ Los inadaptados no te olvidamos, Marilyn

Ahora que los gusanos han echado sobre tu cuerpo la
primera palada de olvido
ahora que vives debajo de Los Ángeles sin necesidad de
psiquiatras
ahora que el hueso altivo de tu cadera es puro polvo en
una caja
y puro polvo son tus nalgas diseminadas por el suelo de
raso de tu tumba
ahora que la totalidad de tu cuerpo cabe en la más
pequeña de tus polveras
ahora que las uñas de tus pies yacen a tus pies
disgregadas como planetas muertos y los
tacones de platino de tus zapatillas de gala se
doblan entre canastas de champaña
bajo el peso terrible de la ausencia de tu talón
de Aquiles
ahora que en tu ropero las polillas han hecho lo propio
con tus trajes olorosos a fiesta en Beverly Hils a
Chanel número 5 a los cinco dedos de una mano
ahora que el millonario excéntrico que alquiló la
mansión que habitabas en Brentwood ha
dejado de buscar tus axilas en los rincones de la
sala y organiza con sus invitados un
safari de rinocerontes en el Perú

ahora que el psiquiatra que te atendía se ha declarado en
quiebra y para pagar sus impuestos
está escribiendo tus 'memorias' y además
porque a sus tres esposas les hacen mucha
falta los doce mil dólares mensuales que le
entregabas de honorarios
ahora que las pastillas soporíferas que tomaste se agotan
rápidamente en las farmacias
como canciones de cuna definitivas
ahora que hasta en las cintas viejas de celuloide se están
cerrando tus ojos cansados de
soportar tanta pestaña tanta vigilia tanta viga
ahora que ya nadie sabe quién era norma jean baker
porque las Baker norma jean abundan
en los directorios telefónicos
ahora que los 188.000 millones de psicópatas ya no te
ven en sus sueños en inglés con
leyendas en castellano como una bruja de Salem
volando sobre un bate de béisbol
ahora que la obra dramática de tu exmarido sobre tu
vida ha quedado en tablas ante los
críticos de Broadway
y ha dejado para siempre de alumbrarte el sol de los
fotógrafos
oh gata llena de misterio sobre el mercedes benz del
olvido
en este pequeño país latinoamericano que se llama
Colombia

vivimos varios poetas inadaptados que no queremos
olvidarte
(tú Marilyn fuiste más importante para nosotros que la
doctrina Monroe)
y que nos acordamos de ti cuando sale la luna sobre los
Jaguars
cuando bajamos deslizándonos por las pasarelas del jet
cuando leemos en la prensa que Dalí ha hecho de tus
senos una escultura de gavetas
cuando pasa por nuestro lado veloz como una sirena una
ambulancia blanca de dos pisos
y nuestras mujeres gritan en lo más alto de los ascensores
A veces como ahora te elevamos una oración por qué no
te elevamos en una oración
en un réquiem en un anti-réquiem en un responso qué
sabemos nosotros de esos nombres
sólo que cada hombre ora a lo que más ama
sobre todo si lo que más ama está muerto
y es entonces cuando queremos acostarnos boca abajo
en el cementerio de Westwood
para sentir en nuestros poros púbicos las lanzas de
hierba que crecen desde tus ingles
norteamericanas
ahora que estás muerta y reposas sin muchas esperanzas
en la resurrección de los cuerpos
en ese pequeño lugar que es como el ombliguito de
América
luego de haber vivido entre reflectores y niebla
entre almacenistas y magnates

entre dramaturgos y policías
entre los espejos y el espejismo
del amor

▪ El profeta en su casa

Vivo en un barrio obrero, en una casa vieja, en pantuflas,
y sobre la misma mesa donde mi padre por las noches
corta los pantalones que ha de entregar al otro día
para que los nueve que somos quepamos en el comedor,
para que el techo no se desplome por las lluvias,
para que en nuestros pies brille el betún de la decencia,
escribo mis poemas herméticos, trastorno la gramática,
me doy en poseer un mundo que no tengo,
leo a Paul Valéry y a Tristan Tzara.

Esta mesa donde mi padre ha parido tantos pantalones
de paño
ha sentido sobre su lomo también correr mis palabras
absurdas,
desde cuando él se iluminaba con una lámpara Coleman
hasta ahora que yo la profano con mis babas
intelectuales.
Sus gavetas inmemoriales aún sirven para guardar las
tijeras,
metros de setenta centímetros, libretas con medidas de
clientes
que hoy tendrán hijos con las mismas, muestrarios de
paños ingleses
anteriores a la invención de la moda,
y las grietas de su madera con tiza en polvo se han
llenado.

Entre sus patas se levantó mi infancia
contemplando a mi padre en el billar de su trabajo
con tantas ilusiones puestas en mí cuando creciera.
Mi educación fue pagada con panes
que el tiempo multiplicaría.
Pero crecí para la indiferencia, para el ocioso sol, para los sueños.
Sólo las piernas del amor, sólo las copas de la risa,
en los colchones del nihilismo perdí las plumas de mi vuelo.

Escribo mis poemas herméticos, pero de vez en cuando pienso.
Pienso, por ejemplo, que esto debe cambiar,
que debemos sonreír todos de la sala hasta la cocina,
estar del lado de la vida como las matas de los tarros,
cantar victoria bajo la ducha de las mañanas esplendentes.
Que mis hermanas no se avergüencen cuando en la calle les preguntan:
«*¿Qué está haciendo ahora su hermano?*»
«*¿Cuándo se va a afeitar la barba?*»
«*¿Si es tan inteligente por qué no trabaja en un banco?*»
Pero el diablo me hizo poeta para que ardiera en plena vida.

Los buses pasan veloces rumbo a la guerra del día
levantando una polvareda bestial que penetra en la casa

por las ventanas, por el techo, por las hendijas de la
puerta
dejando rucio el hermetismo de mis poemas y lecturas.
Estornudo como un buen burgués que se ha resfriado en
los montes alpinos.
Blasfemo entonces y en bata de baño salgo a la calle a
descansar
y veo muchos niños descalzos con coladores de café
persiguiendo a las mariposas que el invierno ha
mandado adelante,
y veo el perro corriendo detrás de las motocicletas
o levantando la pata contra los hidrantes resecos,
y veo muchos hombres con palas cavando surcos en la
calle
para sembrar alcantarillas más modernas y poderosas.

La señora que aplica las inyecciones pasa con su maletín
descosido
y me saluda *buenas tardes joven cómo está su mamá*
y mi mamá cante que cante en la cocina frente a una pila
de platos
o frente a mis camisas sucias que aún acaricia con
ternura.

Un niño se acerca a la puerta a pedirme que le venda un
helado
atraído por el aviso que clavó Estrella en la ventana.
Yo le digo que la nevera está dañada
(en realidad me da mucha pereza venderlo).

Y el niño se marcha con su cabecita pelada
recibiendo el yoyo del sol que sube y baja en el
firmamento
y una pelota de caucho que le lanzan desde la otra
cuadra.
¿Cómo encontrar palabras que digan algo que no es
algo?

En la esquina varios obreros pulen zapatos en un torno
y por sus pechos sin camisa rueda el sudor de la alegría
y me provoca ir a sentarme junto a ellos a oírles hablar
de sus cosas particulares, de sus familias, del engrudo,
de los campeones de box, de las chicas del «Tunjo de
Oro»,
pero me da miedo aburrirlos, sé además que me tienen
bronca
pues piensan que soy un inútil y un haragán de siete
suelas.

La muchachita que trabaja en el almacén Sears, estudia
inglés
y usa una falda roja demasiado ceñida para su edad
sale a esperar el bus apresuradamente y me sonríe
como si ya estuviera muerto.

De la carpintería
emerge el olor de la cola, virutas vuelan por el aire,
canta la sierra circular construyendo pupitres.

Hay tantas cosas para mirar en esta calle,
los nidos en las cuerdas de la luz, la rata
muerta desde el sábado entre periódicos del viernes,
el tendero dormitando bajo su parasol
con el bigote bombardeado por los moscos,
el albañil poniendo tejas en la casa nueva
y gritándole al ayudante que le suba el martillo,
en este ambiente es imposible ser un poeta hermético,
    digo,
qué clase de poeta soy yo que me emociono con la vida,
calzo mis arrastraderas y me entro a acostar
porque no demoran en salir a la escuela los niños con
    sus caucheras.

▪ El amigo del poeta

El amigo del poeta
tiene una mujer que el poeta codicia
toda ojos
y vive en un departamento con miras a la ciudad
que ciega al poeta
y maniobra un automóvil que ruge por el pavimento
    veloz
haciendo morder al poeta las curvas de la envidia

Y para merecer todo esto
trabaja el amigo del poeta en una compañía petrolera
donde el poeta no metería nunca el taladro de la nariz
porque no es para bardos el sudor de la frente
ni la ganancia del pan negro

Le fascina al poeta contar con las completas horas del
    día
para rumiar la hierba de sus malas inclinaciones
y tortuosos tormentos
para pecar en su corazón dulzuras capitales
y sumar en su agenda los teléfonos de la luna

Considerando el ocio la más desnuda de las mujeres
se contenta el poeta deshojando las flores del
    diccionario
y esperando al amigo que paga la cerveza en el cafetín

El amigo de mujer enfundada en espejos de peletería
El amigo que vive con la ciudad encendida a sus pies
El amigo que esconde su león en el parqueadero

Nunca se perdió el tiempo fumando tabaco
Discutiendo con anarquistas la política de Aristóteles
Yendo a las putas por la noche

El poeta es el mismo cante o no cante
Son los poetas los amigos

▪ Amílcar Osorio

Santa Rosa de Cabal, Risaralda, 1940-1985.
Libros de poesía: *Vana stanza. Diván selecto 1962-1984* (1984), *Vana stanza. Diván selecto. 1962-1984* (2001).

▪ La alcoba estremecida

El muchacho al alba
sobre el lecho sentado
sus pies calza y deja
caer las sábanas
aromas de su espliego,
antes de irse al colegio.

A quienes la muerte
han condenado les sucede,
y a los que perdieron
la guerra y a aquellos
que después de recibir
en la mejilla el beso
de la despedida, se quedan
soñando en su lecho
con el muchacho
que al amanecer deja
la alcoba estremecida.

▪ Pasaje

una muchacha se inclina
sus senos inquietos
sus nalgas desiertas

el tren pasa exhibiendo
sus vagones de carga
la silueta de los hombres
en los techos veloces

recoge la muchacha
algo que ha dejado
caer involuntariamente
una semilla redonda
un anillo un frasco de perfume
las curvas de su cabellera

las barcas en la arena
mecidas por los muchachos
que saltan en los mástiles

el tren es un flautista
corriendo apresurado
a la caída de la tarde
las nubes se ven por la ventana
descansa sus nalgas la muchacha
—los médanos las barcas
en donde saltan los muchachos—

yergue sus senos agitados
y respira el olor del tren
que viene con el viento vespertino

▪ Del lado de los sueños

Esta noche, la noche ha pasado su buen rato
recorriendo las avenidas desoladas,
visitando el purulento río
que parte la ciudad como su tajo de podre:
incógnita e indiscreta ha subido
las turbias escaleras que conducen
a hoteles y residencias donde los pederastas
hacen el amor con los muchachos;
impúdica y con aire despreocupado
se ha ido por callejones de cuchillos,
por crudas luces que caen a las calles
como empujadas desde las cantinas
y los lupanares de gritos recedidos.

Esta noche, en tanto, yo me he ido yendo solo
por las encrucijadas del lado de los sueños,
alejado de los sobresaltos, por un mundo
muelle y quieto, cercano e impalpable,
por unos estanques de luz sin precedentes,
por unos giros desconocidos y vagos,
para caer, de súbito, al amanecer,
entre sus brazos de aurora boreal.

▪ Stanza

parece que antes fue un garaje a donde vieran los carros a dormitar, parece que antes fue una floristería de flores venenosas y dispersas. parece que antes también fue una botica de cosméticos o algo por el estilo.

pero, en realidad, fue la morada de algunos pétalos, de palabras inciertas, regalos y amores indecidos todos.

parece que ahora es algo así como un recuerdo, como algo que se alquila o se venera.

▪ Étude

V

Hoy se ha tendido
junto a mí,
por breve tiempo.

Me ha dejado inundado
con su perfume
y conmovido con la posibilidad
cercana de su cuerpo.

Ahora duerme, distante,
soñado, a mi lado.

▪ Carta vacilante del otoño

Quisiera que fuese desde el puente de Brooklyn,
arrojar esta bola de papel
que he hecho de su carta.

Penosamente he pasado el día
escribiéndola sin detenerme
y a la vez sin confiar en ella,
lenta y nerviosamente
como se desplaza ese ojo de vacío
en el nivel del ingeniero.

Y es otoño,
arden las hojas en el patio,
chasquean los insectos,
surge el humo, huele a leños.

Pero por más que me distraigo
echo de menos sus dedos desdoblándola,
y el papel crujiente entre su puño.

Mejor entre mi puño —pomo de duelo.
incendio la esfera, la arrojo
a la papelera donde arde
y crepita —inútiles hojas de otoño
que un día el agua
encontrará junto al puente de Brooklyn.

▪ Mario Rivero

Envigado, Antioquia, 1935-2009.
Libros de poesía: *Poemas urbanos* (1963), *Noticiario 67* (1967), *Y vivo todavía* (1971), *Baladas sobre ciertas cosas que no se deben nombrar* (1972), *Los poemas del invierno* (1985), *Mis asuntos* (1986), *Vuelvo a las calles* (1986), *Del amor y su huella* (1992), *Flor de pena* (1997), *V salmos penitenciales* (1998), *Qué corazón* (1998), *La elegía de las voces* (2002), *Poesía completa* (2009).

▪ Tango para «Irma la dulce» (fragmento)

I

Aquí estuvo
sacudida por el manoseo de las habladurías y los
despertadores
Aquí estuvo demasiado triste en el final
Las palmas bajo la nuca y el pelo desparramado agreste
como barba de coco
mirándolo todo con simpleza y admiración
«cómo se ve que tú eres escritor» me dice
a media voz en la tiniebla de un cuarto con ginebra
estéreo

y flores de plástico de todos los colores
Allí figuraban y no podían faltar claro está
Sosa Beny Moré Gardel
los clásicos del tango y del bolero
y los otros
los Mozart y los Beethoven de siempre
en fin todo eso que uno no ha aprendido a sentir
pero que sí parece
lo único verdaderamente pulcro
adecuado
para evadir la brutalidad de los sucesos
Yo estaba lejano triste tratando de animar
falazmente
la cansada sangre en las venas
y ella ancha casi tapando la cama
funcionando soberbiamente
con lo que se podría llamar su belleza
o sea «su verdad»
una cosa hecha de calor-poder-y-fuerza
un desbordamiento
como una yegua blanca con sus patas traseras
bien abiertas
que se vuelven plateadas y empiezan a brillar
en un cabrilleo de luces
inestable
una rendija de luz en la persiana
que sube por sus piernas e impone a su cuerpo
una lividez de avena
y todo todo perdiendo la certeza y la eternidad

como si la luz estuviera de veras inventando
una forma nueva
Ya la noche se había acabado
ella puso su mano en mi cara y dijo «soy una mujer
    cansada»
tan grata su mirada que me sentí ablandado
                                        sin luchas
quise adelantarme empujar la persiana
admitir la franqueza del día
                        la circuntristeza
romper el espejismo el sortilegio engañoso
«por qué hablas así gatita esas son las cosas que dicen
                                las intelectuales neuróticas»
«lo sé pero créeme que hablo completamente en serio»
y luego como la cosa más natural del mundo
«sé que el error está en mí misma»
                        llama «error» a su vida
y me contó de su marido músico
                        mafioso
chupando la trompeta como si fuera marihuana
hasta la madrugada
«no, no es un programa estar sola todas las noches no
    creas»
y continuó hablando y vistiéndose un sostén modelo
    televisión y un liguero negro
y diciendo que «qué barbaridad» y que «qué
    tontería»
como respuesta a una pregunta conocida
                                        a una inquisición cifrada

«sí creo que así es lo mejor»
agrega
«no hay complicaciones ni números de teléfonos, ni cartas
de amor ni nada»
«me gusta la vida libre el cambio»
le digo
«le tengo un horror sagrado a las posesiones
y ahora ya sabes mi nombre y donde vivo para que se empiecen
a amarrar los nudos
para que todo se empiece a terminar»
Y le invento una historia mediocre
profundamente provinciana
o de la literatura considerada como la coartada perfecta
ella no lloró ni se rió
miró melancólicamente
frente a sí como si hubiera un vacío
evidentemente no conocía ni a yago ni a Otelo ni a
«Chéspier»
y ni siquiera a Maupassant
y esta ignorancia la conducía hacia la niñez
dulcemente
«El mundo es así» concluyo
como si ya me estuviese yendo lejos
de un modo gentil y frío
y termino con un instantáneo «la gente»...
es la vaga indecisa palabra
en la que le he decretado

de pronto su fin

Afuera en la tiembla-luz
las casas cerradas envueltas en un vapor esmerilado
                                        un postigo
que se abre como un párpado y que luego se cierra
intenta tocar de nuevo
su ombligo oloroso sus teticas apretadas forradas
                                        bajo un dique
de botones y flecos
tratando de inventar el gesto la actitud la palabra
que diluya en un aire amable casual
la tristeza largalargalarga de pozo ciego
el encantamiento muerto
Pero hay que irse no podemos esperar demasiado
se cubrió con los vidrios oscuros
                                  alta lejana va yéndose
con su olor ruda-y-sal bajo las axilas del suéter
con su carne viva templada bajo la piel
                                  con el amor...
«Llámame cuando quieras» me dijo a modo de
      despedida
sobre los árboles con hojas de pelusa plateada
comenzaba un cielo azul-bandera...

▪ Los amigos

A veces me pregunto qué fue de los amigos
después de que los días
han dejado caer su ceniza

Los que vivían en las barracas
sobre el río
un río sucio que parte la ciudad
en dos tajadas de hierba
Donde mujeres lentas de grandes pies
llevan fardos de trapos sobre la cabeza

El de la cachucha azul y raída
que limpiaba telares
Su padre era mecánico
y él también quería ser mecánico
Estoy seguro de que ambos
continúan comiendo su emparedado cotidiano
y su único amor son los tornillos

El flaco de la bicicleta
que todos envidiaban
porque tenía muchas revistas de Charles Atlas
y decía que era capaz de levantar cien kilos
Tenía novia y no le gustaban las nubes
Después muchas ciudades
torres de acero bulevares
mujeres pintarrajeadas en las esquinas

restaurantes etc.
donde todos están un poco solos
no se conocen pero se miran
apuestan a las carreras frente al televisor
los fines de semana
y desean ir al mar

Yo sigo buscando desde mis papeles
a la muchacha que se paraba
contra el poste de la luz

▪ La calle

Esta calle mi calle
se parece a todas las calles del mundo
uno no se explica por qué
suceden tantas cosas en un minuto
en un hora en doce horas
desde que el sol preña la tierra

Tiene puertas como bocas sin dientes
Las mujeres se asoman a las ventanas
y miran tan lejanamente...

Sobre un alambre en el que los días
hacen equilibrio cuelgan a secar
medias camisas y pantalones rotos

Tres mujeres con cara de pocos amigos
esperan el bus. Son modistillas
que van a los talleres de la ciudad
a coser su miseria con una aguja de oro

La beata de enfrente
acaricia con uvas a un gato lustroso
y le dice «my darling»
mientras un estudiante regresa
a su cuarto de hotel
donde la cama en actitud de mujer pariendo

espera su saco de huesos
y colgado en la pared con una cinta
el retrato de la novia
que se ahorcó en sus trenzas
y ya tiene dos hijos parecidos
a su marido el boticario

Al final de la calle está la casa
del farolito rojo
a donde van prostitutas niñas
con pelo color de miel
y senos como dos monedas de centavo frías

Esta calle mi calle
se parece a todas las calles del mundo
se ven estas cosas y otras cosas…

▪ Saudade

Dicen que todo tiempo pasado fue mejor
y yo lo creo también
Unos añoran los coches tirados por los caballos
las tarjetas postales
y los baúles oliendo a perfume rancio
Yo personalmente añoro
los días en que iba con un lío de trapos
y una herradura como talismán
de-ciudad-en-ciudad
Y sobre todo aquel cuartico al fondo
de un patio con geranios
y su caritaluna cuando llegaba tarde
oliendo a licor barato
y rodaba sobre mí para que la calentara
y también se tragaba todo lo que había
menos los periódicos y la pasta de jabón ordinario
Ahora cuando me siento
frente a la máquina de escribir
para hacer notas cronometradas
sobre el diablo o el ángel
añoro toda su baratura de pachulí y el pan duro
cuando ya empiezo a ser un empresario de pompas
fúnebres.

▪ Nicolás Suescún

Bogotá, Cundinamarca, 1937-2017.
Libros de poesía: *La vida es* (1986), *Tres a.m.* (1986), *La voz de nadie* (2000), *Bag bag* (2003), *Este realmente no es el momento* (2007), *Empezar en cero* (2007), *Jamás tantos muertos y otros poemas* (2008).

▪ Jamás tantos muertos

Jamás tantos muertos
rondaron la casa de los vivos,
jamás tantos vivos
habitaron la casa de los muertos.

Nunca se oyeron tantas voces,
nunca tanto silencio,
nunca se fue al traste tanta cosa,
y se pudo más y se hizo menos.

Siempre es que hemos vivido tanto tiempo
que uno ya se pregunta qué sería de la tierra
sin el peso gravoso de los hombres,
y qué sería de los hombres sin la tierra.

Ahora son las diez de un martes o de un muerto

y mi sangre corre, corre la de los vivos
a dieta de sopas de sangre de sabores diversos,
y huesos enlatados, cadáveres en polvo,

todo el *corpus delicti* de la A a la Z.

▪ Infancia

El mar, inmenso, azul,
profunda tumba de piratas y tesoros,
estaba allá muy lejos
detrás de las montañas.
Era una ausencia.

Los ríos, también, eran grandes ausentes:
sus aguas bajo la tierra
corrían espesas y oscuras,
arrastrando desperdicios,
y la belleza también se escondía,
rara vez salía a la calle
pero a veces a veces se asomaba con el sol en el patio
o en los ojos del gato,
y los viajes tenían que ser imaginarios,
pobres ensueños tibios en los fríos rincones
donde empezaban los caminos,
así que todo viaje era un proyecto,
todo proyecto un viaje secreto, inconfesable,
y los potreros donde jugaba fútbol
se iban llenando de casas:
había que caminar mucho
donde no hubiera extraños.
El camino de la escuela a la casa:
ese simulacro de la Odisea.

▪ No esperes nada

No esperes nada
del mañana,
no te sepultes en la esperanza,
piensa:
no veré la luz del nuevo día,
ésta es mi última noche.
Y bebe
hasta olvidarlo todo
para volver a olvidarlo,
que esa sea tu vida,
un vaivén
entre el ser y el no ser.
No esperes nada
del mañana,
húndete en el olvido
para que el nuevo día
sea de verdad un nuevo día,
como si apenas empezara
a dar vueltas el mundo,
como si ir para allá
no fuera venir hacia acá,
como si no girara la tierra,
enloquecida.

▪ Domingo

Empezó este domingo con campanas y luz
y el vacío de siempre entre la gente y yo
que hago en torno a mí para esconderme.
Y ahora, a mediodía, y con este calor,
siento un frío de muerte.

Anoche también sentí la muerte
al mismo tiempo que la vida,
mi sangre corriendo en otras venas,
mis venas sin una sola gota.

Siento mi corazón que vuelve y se va,
oigo voces que vienen y se van,
y despierto de golpe,
la luz me hace visible una vez más.

A veces nos ponemos como cubos de hielo
y nos vamos derritiendo poco a poco,
hasta que todo esto sea
como si nada hubiera sido
—¡es que en el trópico también hace frío!

José Manuel Arango

Carmen de Viboral, Antioquia, 1937-2002.
Libros de poesía: *Este lugar de la noche* (1973), *Signos* (1978), *Cantiga* (1987), *Poemas escogidos* (1988), *Poemas* (1991), *Montañas* (1995), *Poemas reunidos* (1997), *La tierra de nadie del sueño* (2002).

xxi

ambigua entre la presencia y la memoria
retrocediendo a una infancia de niebla y frutas doradas
sonríes ajena

perdida en las visiones llameantes
que emergen cuando miras absorta
la tersa piel del agua

contra tu rostro entonces
como una mariposa cogida con los dientes
la alegría aletea

mensajera venida de un país de lagos
que traes una caracola colgada entre los pechos

▪ XXXVI. El padre

a veces
veo en mis manos las manos
de mi padre y mi voz
es la suya

un oscuro terror
me toca

quizá en la noche
sueño sus sueños

y la fría furia
y el recuerdo de lugares no vistos

son él, repitiéndose
soy él, que vuelve

cara detenida de mi padre
bajo la piel, sobre los huesos de mi cara

▪ Hay gentes que llegan pisando duro

Hay gentes que llegan pisando duro
que gritan y ordenan
que se sienten en este mundo como en su casa

Gentes que todo lo consideran suyo
que quiebran y arrancan
que ni siquiera agradecen el aire

Y no les duele un hueso no dudan
ni sienten un temor van erguidos
y hasta se tutean con la muerte

Yo no sé francamente cómo hacen
cómo no entienden

▪ Ah y es de nuevo la mañana

Ah y es de nuevo la mañana
tibia y azul
El que está señalado
(en la lista hay una cruz después de su nombre)
liviano todavía
va por las calles

Trae la calavera llena de sueños
Limpio recién peinado
va a sus negocios

Cuando el asunto se despache un nombre
se tachará

Por ahora va por las calles

▪ Página en blanco

Escribo
y la mirona, por sobre mi hombro,
escruta lo que escribo.

Siento en la espalda el tacto
de sus manos calizas,
adivino la mueca
de su ironía silenciosa.

Escribo
y la mirona, por sobre mi hombro,
lee
y al leer borra lo que escribo.

▪ Los que tienen por oficio lavar las calles

Los que tienen por oficio lavar las calles
(madrugan, Dios les ayuda)
encuentran en las piedras, un día y otro, regueros de
sangre

Y la lavan también: es su oficio
Aprisa
no sea que los primeros transeúntes la pisen

▪ Escritura

la noche, como animal
dejó su vaho en mi ventana

por entre las agujas del frío
miro los árboles

y en el empañado cristal
con el índice, escribo
esta efímera palabra

▪ Montañas

1

Nada en ellas es blando.
No son éstas, por cierto,
las formas de una tierra
llana y amable.

Aquí hay breñas y riscos, no redondas
colinas. Su apariencia
hace saber la roca
de la entraña: osaturas,
declives mondos.

Ya los mismos nombres
con que hablamos de ellas
dicen lo que son: una sierra,
el boquerón, el cerro,
la cuchilla.

Líneas secas,
tajantes.

Y esa luz,
esa reverberación de la luz,
esos desfiladeros deslumbrantes.

2

Dame, dios,
mi dios,
mi diosecito pequeño,
rústico:

tú,
a quien creo acariciar
cuando le paso por el lomo
la mano a mi perro,

dame
esta dura apariencia de montañas
ante los ojos
siempre.

Giovanni Quessep

San Onofre, Sucre, 1939.
Algunos de sus libros de poesía son: *Después del paraíso* (1961), *El ser no es una fábula* (1968), *Duración y leyenda* (1972), *Canto del extranjero* (1976), *Madrigales de vida y muerte* (1978), *Muerte de Merlín* (1985), *Un jardín y un desierto* (1993), *Carta imaginaria* (1998), *El aire sin estrellas* (2000), *Brasa lunar* (2004), *El artista del silencio* (2012), *Metamorfosis del jardín 1968-2006* (2009), *Nadie podrá decir que tu reino no existe. Antología* (2015), *Abismo revelado* (2017).

Alguien se salva por escuchar al ruiseñor

Digamos que una tarde
El ruiseñor cantó
Sobre esta piedra
Porque al tocarla
El tiempo no nos hiere
No todo es tuyo olvido
Algo nos queda
Entre las ruinas pienso
Que nunca será polvo

Quien vio su vuelo
O escuchó su canto

La alondra y los alacranes

Acuérdate muchacha
Que estás en un lugar de Suramérica
No estamos en Verona
No sentirás el canto de la alondra
Los inventos de Shakespeare
No son para Mauricio Babilonia
Cumple tu historia suramericana
Espérame desnuda
Entre los alacranes
Y olvídate y no olvides
Que el tiempo colecciona mariposas

▪ Canto del extranjero

Penumbra de castillo por el sueño
Torre de Claudia aléjame la ausencia
Penumbra del amor en sombra de agua
Blancura lenta

Dime el secreto de tu voz oculta
La fábula que tejes y destejes
Dormida apenas por la voz del hada
Blanca Penélope

Cómo entrar a tu reino si has cerrado
La puerta del jardín y te vigilas
En tu noche se pierde el extranjero
Blancura de isla

Pero hay alguien que viene por el bosque
De alados ciervos y extranjera luna
Isla de Claudia para tanta pena
Viene en tu busca

Cuento de lo real donde las manos
Abren el fruto que olvidó la muerte
Si un hilo de leyenda es el recuerdo
Bella durmiente

La víspera del tiempo a tus orillas
Tiempo de Claudia aléjame la noche

Cómo entrar a tu reino si clausuras
La blanca torre

Pero hay un caminante en la palabra
Ciega canción que vuela hacia el encanto
Dónde ocultar su voz para tu cuerpo
Nave volando

Nave y castillo es él en tu memoria
El mar de vino príncipe abolido
Cuerpo de Claudia pero al fin ventana
Del paraíso

Si pronuncia tu nombre ante las piedras
Te mueve el esplendor y en él derivas
Hacia otro reino y un país te envuelve
La maravilla

¿Qué es esta voz despierta por tu sueño?
¿La historia del jardín que se repite?
¿Dónde tu cuerpo junto a qué penumbra
Vas en declive?

Ya te olvidas Penélope del agua
Bella durmiente de tu luna antigua
Y hacia otra forma vas en el espejo
Perfil de Alicia

Dime el secreto de esta rosa o nunca
Que guardan el león y el unicornio
El extranjero asciende a tu colina
Siempre más solo

Maravilloso cuerpo te deshaces
Y el cielo es tu fluir en lo contado
Sombra de algún azul de quien te sigue
Manos y labios

Los pasos en el alba se repiten
Vuelves a la canción tú misma cantas
Penumbra de castillo en el comienzo
Cuando las hadas

A través de mi mano por tu cauce
Discurre un desolado laberinto
Perdida fábula de amor te llama
Desde el olvido

Y el poeta te nombra sí la múltiple
Penélope o Alicia para siempre
El jardín o el espejo el mar de vino
Claudia que vuelve

Escucha al que desciende por el bosque
De alados ciervos y extranjera luna
Toca tus manos y a tu cuerpo eleva
La rosa púrpura

¿De qué país de dónde de qué tiempo
Viene su voz la historia que te canta?
Nave de Claudia acércame a tu orilla
Dile que lo amas

Torre de Claudia aléjale el olvido
Blancura azul la hora de la muerte
Jardín de Claudia como por el cielo
Claudia celeste

Nave y castillo es él en tu memoria
El mar de nuevo príncipe abolido
Cuerpo de Claudia pero al fin ventana
Del paraíso

▪ Muerte de Merlín

Entre bosques el reino ha concluido.
No tiene sino puertas con herrumbre.
El sortilegio era falso, los encantadores
yacen bajo el espino blanco.

Sin embargo —para quien pueda ver
a través de sus párpados de escarcha—,
existe un rincón desconocido
que brindan la constelación y la rosa.

Aquí el laurel no habita
sino el venado azulado de la mandrágora,
y el tiempo guarda sus libélulas
para dorar los ojos de los muertos.

▪ Joya abolida para el alma

No todo está perdido, piensas,
aguijoneado por el impulso de una redención,
aún es tiempo de que renazca
el árbol sacrificado por el verano.

Así pasas la vida, la fortuna,
imaginando el azul y el mar por ti cantado,
miras la noche que transcurre
sin una blancura, joya abolida para el alma.

¿Dónde lo verdadero entonces, dónde
la rosa revelada por un sombrío arrepentimiento?
Tal vez no todo sea falso, quizá tenga
ese color que dura después de la muerte.

▪ Versos del silencio

Nada podrá decirte
quien nada sabe, sólo
si la memoria deja de ser sueño
y torna a su raíz de rama y pájaro,
serías página blanca
de alguien que pudo amar y fue al silencio,
palabra en que las horas
venían del aire y por el aire iban
a la quietud de un rostro que no tiene
sino abismos y párpados callados.
Nada podrás decirme
si nada sabes, porque sólo hay labios
que fueron un color en el vacío.
Vive, pues, con la ausencia de ti mismo,
con tu viaje a las islas ignoradas,
que si hallas la puerta del espejo
tal vez despiertes en tu purgatorio,
memoria pura del encantamiento.

▪ El artista del silencio

¿Habría de negarlo?
Si soy el último hombre que camina sobre la tierra
y habría de negarlo si no hay pájaros
que canten una canción en el otoño
si no hay otoño si ya ha pasado el tiempo de las
estaciones
y habría de negarlo
si no hay azul a quien decirle mi desconcierto
si estoy donde los colores no tienen nombre
en el juicio final incesante de los jardines
Soy el último hombre que grita sobre la tierra
que grita al cielo que se ha ocultado para siempre
y habría de negarlo a quién ¿a Dios?
acaso Dios es el artista del silencio
de tantas hojas que no son o siguen cayendo al abismo
y estallan en el aire sucio pero en qué aire.

▪ Elkin Restrepo

Medellín, Antioquia, 1942.
Ha publicado entre otros los libros de poesía: *La palabra sin reino* (1982), *Retrato de artistas* (1983), *Absorto escuchando el cercano canto de Sirenas* (1985), *La Dádiva* (1991), *Lo que trae el Día* (2000), *La visita que no pasó del jardín* (2002), *Luna blanca —Antología—* (2005), *Amores cumplidos (Antología)* (2006), *Como en tierra salvaje un vaso griego* (2009).

▪ Elvis Presley (último concierto)

La noche, afuera, está espesa y blanca
bajo el miedo de las estrellas,
y, en la quietud insomne de la casa,
siento que algo se agota, que ya no hay tiempo,
que algo en mí se va y ya no vuelve.
En cada habitación hay una televisión encendida
y los sirvientes tienen orden de dejarme solo,
y yo, gordo y apestoso, me muevo de aquí para allá,
torpe como una marioneta.
Como un enfermo lúcido, necesito no pensar,
ensordecerme,
huir, huir.

¡Ah que días desdichados estos
en que, como un bicho, reviento,
y la noche no es cálida como una bocanada de
marihuana
y tampoco trae descanso ni sueño!
Aún siento, sobre mi alma, la luz de cien reflectores,
el loco bullicio, mi voz arrinconada en la locura,
mis venas tensas como hilos de guitarra.
No, no hay descanso.
(Mi vestido tiente tantos brillos como la noche,
mi pañuelo anudado al cuello es del color de un pueblo
polvoroso en la infancia,
mi sonrisa ondea como una bandera izada en otro
mundo,
mis cabellos caen, por un instante, en la muerte).
Por un instante, mis ojos entrecerrados me hacen
desaparecer
y la oscuridad me colma, me alivia como un bálsamo.
Con lentitud absorbo un trago de whisky,
mientras afuera cambia el mapa inextinguible de la
noche
y una brisa refrescante sopla sin más
y una luna redonda se apoya sobre mis nervios.
Abajo, en el garaje, está mi auto reluciente, bello como
el oro
en las arcas de mi banco,
como mi ex mujer en un día de cumpleaños,
como una canción recién escrita.

Ahora he desconectado el teléfono y la música invade
mi mente.
La música, honda como el silencio que nunca tuve,
como una mañana de sosiego en el campo,
como una iluminación.

Tuve lo que siempre quise.

Pero ahora estoy más solo que en un comienzo.
No quiero morir.
Busco el color amoroso de una estrella.

▪ Lugar común

Si les dijeran
que todo aquello es amor,
lo negarían.

Viven un hechizo y no se dan cuenta.

Pero él se desespera si no la ve,
y ella acude en su busca
si no lo encuentra.

Sentados en el bar,
podrían pasar la vida entera.

Dos que no saben
que son uno,

y que para reunirlos
se movió de su sitio
el universo mismo.

Y hablan y hablan
(de todo y nada en apariencia),

sin saber
que es del amor que hablan.

▪ Petición

Una verdad me sea dada
en lo que escribo.

Que si las palabras fracasan,
sobre su desecho,
quede prueba al menos
de la tentativa.

Ahora sabes,
que no basta
lo que es suficiente.

Caprichoso es lo indecible,
menor tu arte.

De fracaso en fracaso,
sin embargo,
puedes construir tu obra.

Baldío, desecho, basura,
¿cómo desconocer
que el día también allí destella?

▪ Composición

Las usuales cosas de siempre.

Nadie daría un peso por ellas.

Su brillo de latón
ahogado en el trivial
episodio de cada día.

El beso que hoy sumamos
al beso de ayer.

Su inhumano porvenir.

La loza que se acumula
en el fregadero.

El rosedal
que cunde en el jardín
opaco.

Nadie hablaría aquí
de salvación.

Y sin embargo
son ellas,
las usuales cosas,

el beso, el fregadero,
el jardín,

los sueños
que apenas te llevan
a alguna parte,

las que
en su destello,
en su paciente desventura,

elevan al cielo
el coro

que hace volver la cabeza
a los mismos ángeles.

▪ El lugar vacío

La mesa, los utensilios,
el mantel blanco,
como en un día de cumpleaños.

En un rincón
el jarrón repleto de color.

En el perchero
el sombrero negro de mi padre.

De estar él aquí,
ninguno permanecería tan silencioso.

Dijo que volvería,
y no volvió.

En su ausencia,
las cosas se volvieron
de su tamaño,

evitaron hacerse ajenas.

Es el tiempo de los muertos
el que ahora ahonda
el tiempo de los vivos.

¿Quién puede evitar mirar
el lugar que falta
en la mesa servida?

El sombrero negro,
el reloj pulsera, la pluma.

Álbum de dolor.

Dijo que volvería.

Hundo la cara
en la luna blanca
para que así acontezca.

▪ Documento

Un retrato encontrado entre cientos de ellos
y del cual se desconoce nombre y datos de su dueña:

una joven no mayor de dieciocho años,
con atuendos de un país lejano (quizá Siria)
y cuya belleza sería exótica aún en el país más exótico.

¿Quién era? ¿Cuál fue su vida? ¿Cómo murió?,
son preguntas que no tienen respuesta.

Hace cien años vino a este país,
traída seguramente con palabra de matrimonio,
pues belleza tal no se expone a tantos riesgos
si el amor no lo dicta así.

Que la vida conciba a alguien tan delicado y supremo
para luego sumirlo en la oscuridad, conturba.

Conturba que lo que una vez fue,
ahora sea como si no hubiera sido nunca.

De esta joven que haría soñar a la vida misma,
sólo resta una fotografía, sin más datos ni fecha.

Una, entre muchas otras, que hoy son material de
archivo
en una oficina pública.

Miguel Méndez Camacho

Cúcuta, Norte de Santander, 1942.
Libros de poesía: *Los golpes ciegos* (1968), *Poemas de entrecasa* (1971), *Instrucciones para la nostalgia* (1984), *Memoria de tu cuerpo* (2003). *Antologías: Selecciones de versos* (2003), *Desencantos y Cantos* (2003), *La primera cosecha que dio pájaros* (2004). Reunió su poesía en *Tristura* (2016).

Para Natalie Wood

Nunca supiste que tuvimos amores hacia finales del cincuenta y siete.

Eras entonces una actriz de reparto y yo simplemente un extra, en el rodaje de mi rumboso sexto de bachillerato.

Por eso tu recuerdo, en la falsa neblina de los fumadores aprendices, eran tan pegajoso como los chicles Adam's, tan enervante como el coctel de ron con cocacola y más contagioso que los boleros de los Panchos.

Tengo viva la rabia por tus incumplimientos a mis fiestas de rumbas y nostalgia, donde estuve esperándote. Y no

acepto todavía tu tonta excusa de filmar en Hong Kong o viajar a la Metro Goldwin Meyer a recibir el Robert Wagner que te habías mandado hacer sobre medidas.

Te fui entonces infiel con una colegiala, que impedida de copiarte los senos te plagiaba el peinado y prometí incumplir las descaradas citas que me dabas en el neón tristón de los teatros.

Sin embargo, seguimos tropezando en las penumbras de mi cine continuo de los sábados y era evidente que algunas de tus miradas más picantes tenían la dirección de mi butaca. Pero tu escandalosa vida de farándula me obligó a desistir de ofrecerte el papel estelar en la película de mi historieta provinciana.

Ahora, un poco más antiguo pero igual despistado, me entero de tu muerte, ahogada en un lago de uisqui y el colegial que ocultan mis solapas me ordena enlutecido que te escriba esta carta.

▪ Kampeones

En la revista del colegio
una fotografía de treinta años atrás
donde estamos posando sudorosos
después de la victoria.
Todos tenemos un aire de grandeza
que hemos ido gastando:
el gallego Tomás
el pecoso Pedroza
el maracucho Antonio
que hizo un gol memorable
y ahora tiene una casa de citas en Valencia.
El tatareto Vega
que era puntero izquierdo
y ahora juega a político
por el ala derecha.
Siboney el negrito centro-medio
y Juan Ramón «Pocillo»
porque tenía una oreja, solamente.

Al respaldo con mi letra de entonces
una larga leyenda que comienza
Campeones (con K)
el nombre y los apodos del equipo
los goles y su hazaña
con fecha y hora
de esa tarde de marzo cuando fuimos
brevemente inmortales.

▪ Escrito en la espalda de un árbol

No recuerdo si el árbol daba frutos
o sombra,
sólo sé que dio pájaros.

Que era el centro del patio
y de la infancia.

Que en la madera fácil
tallé tu nombre encima
de un corazón flechado.

Y no recuerdo más:
tanto subió tu nombre con el árbol
que pudiste escaparte
en la primera cosecha que dio pájaros.

La formal

Ponte el pudor:
está allí, debajo del lecho
junto a las ropas caídas.
Recógelo y dilúyelo sobre tus mejillas
como si fuese un maquillaje.
Alisa tu piel
y ese tablero de ajedrez borracho
de tu falda de cuadros.
Abróchate la blusa
y adopta otra vez
esa actitud ingenua de muchacha formal.
Ordena tus cabellos
y tus prejuicios.
Camina con esa dignidad desvencijada
que usas los domingos
para asistir a misa.

Tan pronto atravieses el umbral
serás nuevamente tú
la pequeña burguesa incomprendida
con tus veinte años de lugares comunes
y tu boca repleta de palabras usadas.

Serás la rutinaria.
La formal.
La limitada.

Creerás otra vez en dios
así como antes creías en tu cuerpo
y estarás llena de moral
así como antes estabas llena de mí.

Volverás a la iglesia
con tu andar milimétrico
y estarás de rodillas observando
el rostro masoquista de Cristo
como si fuese el aviso de un circo.
Leerás con cansancio
una novela idiota
—presintiendo el final—
pero irremediablemente
tendrás húmedos los ojos
en la última página.

Aquí en mi habitación
quedó tu lujuria hipócrita
y tu doble moral.
Mañana volverás y entonces te diré
las palabras de siempre:
ponte tu cuerpo
quítate el pudor y las ropas
y ven así, desnuda
a engañarnos pensando
que no hemos empezado a envejecer.

▪ El mundo es verde y sin embargo no hay ninguna esperanza

Si es cierto que el criminal regresa
al lugar de sus culpas,
tú deberías haber regresado
al parque infantil donde hacíamos el amor
los domingos hacia el atardecer
y frecuentar también
el bar de nuestras citas
con sus rincones de oscuridad indispensable,
y ese cine de barrio
que visitaba Gary Cooper
de donde siempre salías
con los ojos lluviosos
por la tristeza cursi del final
o la torpeza de mis manos
en la tibieza de tus muslos.

Si es cierto aquello
no habré perdido la fe de encontrarte
en los mismos lugares
donde hicimos del amor
un crimen perfecto.

María Mercedes Carranza

Bogotá, Cundinamarca, 1945-2003.
Libros de poesía: *Vainas y otros poemas* (1972), *Tengo miedo* (1983), *Hola, soledad* (1987), *Maneras del desamor* (1993), *El canto de las moscas* (1998), *Poesía completa y cinco poemas inéditos* (2004), *Poesía reunida y 19 poemas en su nombre* (2013).

Maldición

Te perseguiré por los siglos de los siglos.

No dejaré piedra sin remover
Ni mis ojos horizonte sin mirar.

Dondequiera que mi voz hable
Llegará sin perdón a tu oído
Y mis pasos estarán siempre
Dentro del laberinto que tracen los tuyos.

Se sucederán millones de amaneceres y de ocasos,
Resucitarán los muertos y volverán a morir
Y allí donde tú estés:
Polvo, luna, nada, te he de encontrar.

▪ La patria

Esta casa de espesas paredes coloniales
y un patio de azaleas muy decimonónico
hace varios siglos que se viene abajo.
Como si nada las personas van y vienen
por las habitaciones en ruina,
hacen el amor, bailan, escriben cartas.

A menudo silban balas o es tal vez el viento
que silba a través del techo desfondado.
En esta casa los vivos duermen con los muertos,
imitan sus costumbres, repiten sus gestos
y cuando cantan, cantan sus fracasos.

Todo es ruina en esta casa,
están en ruina el abrazo y la música,
el destino, cada mañana, la risa son ruina,
las lágrimas, el silencio, los sueños.
Las ventanas muestran paisajes destruidos,
carne y ceniza se confunden en las caras,
en las bocas las palabras se revuelven con miedo.
En esta casa todos estamos enterrados vivos.

▪ Bogotá, 1982

Nadie mira a nadie de frente,
de norte a sur la desconfianza, el recelo
entre sonrisas y cuidadas cortesías.
Turbios el aire y el miedo
en todos los zaguanes y ascensores, en las camas.
Una lluvia floja cae
como diluvio: ciudad de mundo
que no conocerá la alegría.
Olores blandos que recuerdos parecen
tras tantos años que en el aire están.
Ciudad a medio hacer, siempre a punto de parecerse a
algo
como una muchacha que comienza a menstruar,
precaria, sin belleza alguna.
Patios decimonónicos con geranios
donde ancianas señoras todavía sirven chocolate;
patios de inquilinato
en los que habitan calcinados la mugre y el dolor.
En las calles empinadas y siempre crepusculares,
luz opaca como filtrada por sementinas láminas de
alabastro,
ocurren escenas tan familiares como la muerte y el
amor;
estas calles son el laberinto donde he de andar y
desandar
todos los pasos que al final serán mi vida.

Grises las paredes, los árboles
y de los habitantes el aire de la frente a los pies.
A lo lejos el verde existe, un verde metálico y sereno,
un verde Patinir de laguna o río,
y tras los cerros tal vez puede verse el sol.
La ciudad que amo se parece demasiado a mi vida.
nos unen el cansancio y el tedio de la convivencia
pero también la costumbre irremplazable y el viento.

▪ Tengo miedo

Todo desaparece ante el miedo. El miedo, Cesonia; ese bello sentimiento, sin aleación, puro y desinteresado; uno de los pocos que saca su nobleza del vientre.
Albert Camus

Miradme: en mí habita el miedo.
Tras estos ojos serenos, en este cuerpo que ama: el miedo.
El miedo al amanecer porque inevitable el sol saldrá y he de verlo,
cuando atardece porque puede no salir mañana.
Vigilo los ruidos misteriosos de esta casa que se derrumba,
ya los fantasmas, las sombras me cercan y tengo miedo.
Procuro dormir con la luz encendida
y me hago como puedo a lanzas, corazas, ilusiones.
Pero basta quizás sólo una mancha en el mantel
para que de nuevo se adueñe de mí el espanto.
Nada me calma ni sosiega:
ni esta palabra inútil, ni esta pasión de amor,
ni el espejo donde veo ya mi rostro muerto.
Oídme bien, lo digo a gritos:
tengo miedo.

▪ Oda al amor

Una tarde que ya nunca olvidarás
llega a tu casa y se sienta a la mesa.
Poco a poco tendrá un lugar en cada habitación,
en las paredes y los muebles estarán sus huellas,
destenderá tu cama y ahuecará la almohada.
Los libros de la biblioteca, precioso tejido de años,
se acomodarán a su gusto y semejanza,
cambiarán de lugar las fotos antiguas.
Otros ojos mirarán tus costumbres,
tu ir y venir entre paredes y abrazos
y serán distintos los ruidos cotidianos y los olores.
Cualquier tarde que ya nunca olvidarás
el que desbarató tu casa y habitó tus cosas
saldrá por la puerta sin decir adiós.
Deberás comenzar a hacer de nuevo la casa,
reacomodar los muebles, limpiar las paredes,
cambiar las cerraduras, romper los retratos,
barrerlo todo y seguir viviendo.

▪ Envío

Antes de que veamos que el hermoso camino
es sólo una farsa inútil,
un pozo de aguas misteriosas
de donde hemos sacado aquello que no existe;
antes de que la cercanía del tedio
o la ruina de la sonrisa ocurran;
antes de que la frivolidad
regrese a acostarse en mi cama;
antes de que el deseo se corrompa
o las palabras o las risas,
déjame pedirte que el engaño,
el dulce engaño de ser tú y yo dure
el vasto tiempo de este instante.

▪ Sobran las palabras

Por traidora decidí hoy,
martes 24 de junio,
asesinar algunas palabras.
Amistad queda condenada
a la hoguera, por hereje;
la horca conviene
a Amor por ilegible;
no estaría mal el garrote vil,
por apóstata, para Solidaridad;
la guillotina como el rayo,
debe fulminar a Fraternidad;
Libertad morirá
lentamente y con dolor;
la tortura es su destino;
Igualdad merece la horca
por ser prostituta
del peor burdel;
Esperanza ha muerto ya;
Fe padecerá la cámara de gas;
el suplicio de Tántalo, por inhumana,
se lo dejo a la palabra Dios.
Fusilaré sin piedad a Civilización
por su barbarie;
cicuta beberá Felicidad.
Queda la palabra Yo. Para esa,
por triste, por su atroz soledad,

decreto la peor de las penas:
vivirá conmigo hasta
el final.

▪ La fiesta a la que convida tu sonrisa

El comienzo es como una sed infinita.
El corazón llega a todo el cuerpo,
ciega, la sangre crece y golpea;
la carne duele allí en su centro.
Hay un aliento aleteante
y un espejo que desbordan,
algo como un sollozo viene de muy adentro.
Impudicia y esplendor y miedo
sobre la cama de sábanas destendidas.

José Luis Díaz-Granados

Santa Marta, Magdalena, 1946.
Libros de poesía: *El laberinto* (1968-1984), *Cantoral* (1992), *Rapsodia del caminante* (1996), *Oficio terrenal* (1998), *La fiesta perpetua. Obra poética, 1962-2002* y *Poesía completa* (2015).

Manuel José

Manuel José, así te decían tus tías y tus amigos.
Yo también te voy a llamar en esa forma
porque ya somos iguales en esta edad adulta.
Además, siempre fuimos amigos, muy amigos,
compadre,
y fíjate bien que a lo largo de toda mi poesía
tan grave y solemne, siempre te llamo padre,
padre mío, compadre, pero aquella poesía funeral
cumplió ya su misión, justo a tiempo, Emejota.

A veces cuando camino por calles solitarias,
de noche, veo tu sombra y me alegro, y es mi sombra.
En las mañanas, cuando me miro ante el espejo
veo de pronto tus ojos castaños bajo mis cejas,
y me estremezco, ah caramba, y me asusto.

Cuando hablo en voz baja, yo te escucho, papá.
Cuando acaricio, amoroso el cabello de mi hijo
yo siento tu caricia en mi cabello de niño...

Manuel José, la vida es hermosa, te lo digo ahora:
quisiera contarte tantos episodios que te harían gozar
y no sé ya por donde empezar, hay tantas cosas,
y a veces yo siento que soy nuevamente tu vida
y entonces, no lo dudo, comienzo el monólogo largo
y me pasan las horas contándote esto y aquello
y el tinto se enfría, Manuelito, y la noche cae...

▪ El viejo

Pero viejo: te has tragado
tantos lunes y martes en tu vida
y tantos miércoles
bebidos con los jueves,
te has comido los viernes
tirando hasta los sábados,
devorando los domingos,
pero tantos tantos
durmiendo, derrochando,
fumando,
viendo campeonatos de fútbol
o echando cháchara con el vecino
o junto a tu mujer,
haciendo que el amor los haga
o los hiciera,
que el invisible rastro
de tantas aventuras
ha dibujado arrugas en tu rostro
canas, caries,
pelos de menos, gafas,
gota, ciática, problemas en el hígado,
asma, próstata, gripas,
hasta llegar a esta tarde cualquiera
de un enero en que te miro
contemplar el mundo
—solo—,

en un paradero de Bogotá,
mirando el infinito,
como un viejo perro ya sin dueño.

▪ Fiesta invisible

Hoy he vuelto a ver a mi padre
treinta años después de haberlo acompañado
a la estación del silencio.
Y me he encontrado con un hombre muy joven,
concentrado sobre sus papeles,
inclinado sobre sus palabras,
fumando silencioso, impecable, sereno.
He vuelto a verlo.
Su presencia me ha visitado
durante algunos breves y largos minutos,
y han resurgido canciones e imágenes.
Le he hablado de mis hijos,
de mi nieto reciente.
Y me ha mostrado gestos y signos de regocijo
y de radiante ternura.
Hemos vuelto a recordar sus predicciones políticas
sobre América, y, como siempre, ha acertado.
Ha bebido sólo la mitad de la copa
y con nostálgico ademán se ha marchado de nuevo.
De pronto, viendo con estupor
cómo se escapaba de mi vista su fantasma,
me he encontrado a mí mismo
sediento de aire, oloroso a otro tiempo,
regocijado y a punto de llorar
en el momento en que mi niñez dejaba de existir
        nuevamente,

y me he mirado en el espejo
de ese rostro que mi inquietud habita
y he vuelto a ver el rostro de mi padre,
amoroso e inocente,
como si en la estación del silencio,
esta noche, y sólo por esta noche,
estuvieran de fiesta.

▪ El rapto de mis sueños

¿Dónde estoy? Yo despierto
y no encuentro mis cosas.
¿He perdido las llaves
que me inducen al vuelo?
No me encuentro en mis libros
ni veo mi propio espejo
ni la dolida mesa
de los ciegos papeles,
ni las voces de siempre
ni mis zumos terrestres.
No me palpo a mí mismo
pero tampoco he muerto.
No encuentro mis fantasmas
ni veo mi geografía.
Sólo capturo ahora
avenidas inéditas
y una calle sin rumbo
por donde yo me pierdo
sin mis ángeles vivos.
Yo despierto y me duele
el rapto de mis sueños.

▪ La fiesta perpetua

Mi historia está llena de silbidos y dédalos,
de voces y de veces, de jodidas preguntas,
de estaciones narradas para un inventario
de cicatrices y de resonancias.

Mi historia es una casa que envejece
con sus recintos intactos. Mi historia
es un cuerpo que habita entre estupores
y una boca que incendia las palabras
cuando bebe el amor. Mi historia debe ser
un banquete,
una fiesta perpetua
donde conviven el duende y el disturbio.

Silencio y memoria

1

No tengo miedo, nunca tengo miedo,
Porque está aquí mi padre.
En la sala, leyendo, mi padre.
Entrando por la puerta,
Colocando el sombrero en el perchero,
Saludando a mi madre, mi padre,
Escuchando, escuchándome,
Contemplándome el sueño, mi padre.

2

Hace cuatro décadas se convirtió en poema.
Entre los naranjales y las palmas
Sus manos blancas y orgullosas
Saludaban o se despedían
Y sus ojos melancólicos, rotundos,
Miraban algo escépticos
El fulgor delirante de la tarde.

3

Ahora no sé si duerme en algún sótano
Donde el mar aletea tal vez llamándolo,
O si libra un combate en orbes locos

Mientras su rostro invisible es la semilla
De una nueva estación o de una estrella.

4

Su recuerdo es verano y es océano
Y es arcilla y es nieve y es ciudad,
Y es ese rostro único, esa figura única,
Ese padre que veo entre estas letras
Que me bebo entre lágrimas
Mientras contemplo su sueño
Y me aproximo a él con pasos lentos.

▪ Instantáneas de Jorge Gaitán Durán

A la memoria de Pedro Gómez Valderrama.
A Pedro Alejo Gómez Vila.

Años sesenta, un día, una mañana.
Gaitán Durán, amable, me indicó que Gonzalo
González, el director del suplemento,
Estaba por llegar. Siéntese, espérelo…

No sabía él que yo conocía Amantes,
Su mejor libro, y que había jurado
Dejarme barba, como él, cuando fuera mayor,
Y ser viajero del mundo, como él,
Revelador de Sade y de asombros perdidos.

Lo vi, noches después, en la librería
La Gran Colombia, de pie, recostado
Sobre estantes con libros que alumbraban
La estancia, indiferente, hojeando un tomo
De poesías de Quevedo, mientras discutían
Estanislao Zuleta y el psiquiatra Socarrás.

Lo vi una tarde en la Biblioteca Nacional,
Con una joven rubia. Lo vi después
Con otra muchachita en una exposición.

Lo vi junto a Eduardo Cote y Alejandro Obregón
En el Teatro «El Búho», callado y expectante,
Rojo, sonriente y contenido, frente a una riña
De brasas de todos los colores verbales
Entre Marta Traba y Oswaldo Guayasamín.

Y lo vi un mediodía caminando de prisa
Por la Carrera Séptima, con su gabán azul
Y unas gafas oscuras pequeñas y cuadradas.
Iba con su elegancia descuidada
Repartiendo fulgores invisibles.

Era el emperador de la poesía. Era el rey,
Era el as, era el relámpago
De la eternidad cruzando la ciudad.

Meses después, un día, una tarde,
Manuel, mi hermano, trémulo, agitado,
Me informó que el rey había caído
De una nave sin dios al mar eterno.

En ese instante helado también murió mi infancia.

▪ Juan Manuel Roca

Medellín, Antioquia, 1946.
Algunos de sus libros de poesía publicados: *Memoria del agua* (1973), *Luna de ciegos* (1975), *Los ladrones nocturnos* (1977), *Señal de cuervos* (1979), *Fabulario Real* (1980), *Ciudadano de la noche* (1989), *Pavana con el Diablo* (1990), *La farmacia del ángel* (1995), *Tertulia de ausentes* (1998), *Las hipótesis de Nadie* (2005), *Biblia de pobres* (2009), *Temporada de estatuas* (2010), *Pasaporte del apátrida* (2012), *Tres caras de la luna* (2013). Ha reunido la totalidad de su obra poética bajo el título *Silabario del camino 1973-2014* (2016).

▪ Carta rumbo a Gales

Me pregunta usted dulce señora,
Qué veo en estos días a este lado del mar.
Me habitan las calles de este país
Para usted desconocido,
Estas calles donde pasear es hacer
Un largo viaje por la llaga,
Donde ir a limpiar luz
Es llenarse los ojos de vendas y murmullos.
Me pregunta
Qué siento en estos días a este lado del mar.
Un alfileteo en el cuerpo,

La luz de un frenocomio
Que llega serena a entibiar
Las más profundas heridas
Nacidas de un poblado de días incoloros.

¿Y el sol?
El sol, un viejo drogo que ha lamido esas heridas.
Porque sabe usted, dulce señora,
Es este país una confusión de calles y de heridas.

La entero a usted:
Aquí hay palmeras cantoras
Pero también hay hombres torturados.
Aquí hay cielos absolutamente desnudos
Y mujeres encorvadas al pedal de la Singer
Que hubieran podido llegar en su loco pedaleo
Hasta Java y Burdeos,
Hasta el Nepal y su pueblito de Gales,
Donde supongo que bebía sombras
Su querido Dylan Thomas.
Las mujeres de este país son capaces
De coserle un botón al viento,
De vestirlo de organista.

Aquí crecen la rabia y las orquídeas por parejo,
No sospecha usted lo que es un país

Como un viejo animal conservado
En los más variados alcoholes,
No sospecha usted lo que es vivir
Entre lunas de ayer, muertos y despojos.

Arenga de uno que no fue a la guerra

Nunca vi en las barandas de un puente
A la dulce mujer con ojos de asiria
Enhebrando una aguja
Como si fuera a remendar el río.
Ni mujeres solas esperando en las aldeas
A que pase la guerra como si fuera otra estación.
Nunca fui a la guerra, ni falta que me hace,
Porque de niño
Siempre pregunté cómo ir a la guerra
Y una enfermera bella como un albatros,
Una enfermera que corría por los largos pasillos
Gritó con graznido de ave sin mirarme:
Ya estás en ella, muchacho, estás en ella.
Nunca he ido al país de los hangares,
Nunca he sido abanderado, húsar, mujik de alguna
estepa.
Nunca viajé en globo por erizados países
Poblados de tropa y cerveza.
No he escrito como Ungaretti cartas de amor en las
trincheras.
No he visto el sol de la muerte ardiendo en el Japón
Ni he visto hombres de largo cuello
Repartiéndose la tierra en un juego de barajas.
Nunca fui a la guerra, ni falta que me hace,
Para ver la soldadesca lavando los blancos estandartes,

Y luego oírlos hablar de la paz
Al pie de la legión de las estatuas.

▪ Poema invadido por romanos

Los romanos eran maliciosos.

Llenaron Europa de ruinas
Confabulados con el tiempo.

Les interesaba el futuro,
Las huellas más que las pisadas.

Los romanos, Casandra, eran mañosos.

No fraguaron el Acueducto de Segovia
Como un ducto de agua y de luz.
Lo pensaron como vestigio,
Como un absorto pasado.

Sembraron de edificios roñosos Europa,
De estatuas acéfalas
Engullidas por la gloria de Roma.

No hicieron el Coliseo
Para que los tigres devoraran
A su antojo a los cristianos, tan poco apetecibles,
Ni para ver ensartadas
Como entremeses del infierno
A las huestes de Espartaco.

Pensaron su ruina, una ruina proporcional
A la sombra mordida del sol que agoniza.

Mi amigo Dino Campana
Pudo haber saltado a la yugular
De uno de sus dioses de mármol.

Los romanos dan mucho en qué pensar.

Por ejemplo,
En un caballo de bronce
De la Piazza Bianca.
Al momento de restaurarlo,
Al asomarse a su boca abierta,
Encontraron en el vientre
Esqueletos de palomas.

Como tu amor,
Que se vuelve ruina
Mientras más lo construyo.

El tiempo es romano.

▪ La estatua de bronce (A la manera de Ossip Brodski)

Primero haremos, si el Cabildo de la ciudad lo permite,
el caballo.
Un alazán en bronce con sus patas delanteras levantadas
Como ejemplo para cruzar obstáculos y abismos.
Luego fundiremos el hombre,
Pues un caballo sin jinete no es digno de una plaza
Y ni siquiera puede llamarse una abstracción.
Que todo el burgo aporte llaves, aldabones, candelabros,
Monedas, candados, espuelas, medallas y cubiertos
Para fundir el hombre a su caballo.
Después discutiremos el lugar para la estatua y la forma
de su pedestal.
¿Un recodo cercano a las montañas
Entre bosques de sauces y eucaliptos?
No estaría mal construir en el sitio elegido
Un pequeño parque que permita a las mucamas
Citarse con sus novios al pie de la escultura.
Debe amoblarse el espacio con bancas de madera:
Los oficinistas comerían emparedados a la hora del
receso.
Bella será la sombra al mediodía
De caballo y jinete sobre la grava y el asfalto.
Las hojas caídas de los árboles
Tejerán un tapiz crujiente al paso de los estudiantes.

Los viejos fotógrafos
Sacarán los domingos sus cámaras de cajón
Y harán que los enamorados prolonguen el tiempo de los besos.
Todo concertado con autoridades eclesiásticas, civiles y militares.
Luego vendrá la discusión.
¿Quién debe ser el hombre encima del corcel?
Sabios hay pocos. Guerreros y héroes son dudosos.
Un filósofo a caballo
No puede replegar su pensamiento.
Los poetas viven recostados en la hierba.
Los campesinos no montan caballos de viento.
Los directores de orquesta no pueden dirigir
Desde una montura de bronce y el lomo inclinado de un caballo.
Los jubilados prefieren cabalgar nubes
Y permanecer sentados en los bancos.
Los pintores trazan caballos pero no se atreven a montarlos.
Los arquitectos pierden la perspectiva.
Los almirantes prefieren las crines de las olas.
Las bailarinas no necesitan pedestal para su vocación de aire.
Los astrólogos son una franca minoría.
¿Quién podría ser el jinete de bronce
Sobre el imponente y brioso caballo de bronce?
Deberá ser alguien que muchos ciudadanos admiren,
Un hombre que sea su propio mentor,

Que haya luchado a brazo partido por su gloria y su
fortuna.
Ya está. Erijamos una estatua al asesino.

▪ Mapa de un país fantasma

A retazos habría de recordar
Trechos de camino: jugadores de tejo
Bajo una luna de potrero y hombres en bicicleta
Cruzando en medio de los pinos.
Si con solo doblar el mapa del país
Se guardaran en el bolso
Parajes que la memoria no visita,
Se podría dibujar un atlas del olvido.
Hay una tuerca suelta
Después de ajustar todas las piezas
Y acaso sea la que da vida a todo el engranaje:
Mi corazón andaba en cuarentena
O acaso dejaba que las lianas
Treparan evitando un nuevo viaje.

Por esos días
Yo ignoraba que ir de viaje en mi país,
Que soltar pie por los rincones de Colombia
Es entrar en un mapa cuyos predios
Siempre son ajenos.
Pero a veces me iba. Me iba con un maletín
Heredado de un fantasma
A mirar desde un tren las hojas de plátano
En sus lentos aletajes
O un árbol nocturno bajo el sol de los cocuyos.
Algunas veces recorrí de un lado a otro

Sus silencios, como animal en acoso
O como sombra en busca de su cuerpo.
En cantinas aprendí la historia negra del país,
Las leyendas que corren como el negro corcel
De un bandolero.
Desde las esquinas del baile hasta las zonas
Del peligro, el país que me habita
Desliza la hoja limpia de su cielo.

Darío Jaramillo Agudelo

Santa Rosa de Osos, Antioquia, 1947.
Libros de poesía: *Historias* (1974), *Tratado de retórica* (1978), *Poemas de amor: 1986. Del ojo a la lengua* (1995), *Cantar por cantar* (2001), *Gatos* (2005), *Cuadernos de música* (2008), *Solo el azar* (2011).

Otra arte poética una: la palabra

Estamos de acuerdo;
por una vez concedamos que ustedes, los poetas,
tienen la razón; que tienen
toda la razón: sí, las palabras
se gastan, las palabras
envenenan todo lo que tocan.
Digamos que acertaron, que dieron
en el blanco, que cogieron
la cosa por donde era;
digamos que hay palabras metálicas
que si caen desde cierta altura
pueden matar a una persona
y que hay palabras en forma de ceniza

que explotan como pólvora,
y que hay otras palabras que son flores
que se marchitan en un día
—como las de este verso de doble faz,
útil para floreros y promesas—
y que hay otras que se huelen y se tocan y se miran
y palabras detergente
y palabras perfume y que también está la palabra
silencio. Digamos, en fin, que hay palabras
como la palabra caravana o la palabra
sombra, sin mencionar la conocida
rosa. Pero ya estamos llegando
al límite. Las palabras, son palabras, poetas,
y yo no puedo hacer nada por ustedes.

▪ 1

Ese otro que también me habita,
acaso propietario, invasor quizás o exiliado en este
cuerpo ajeno o de ambos,
ese otro a quien temo e ignoro, felino o ángel,
ese otro que está solo siempre que estoy solo, ave o
demonio,
esa sombra de piedra que ha crecido en mi adentro y en
mi afuera,
eco o palabra, esa voz que responde cuando me
preguntan algo,
el dueño de mi embrollo, el pesimista y el melancólico y
el inmotivadamente alegre,
ese otro,
también te ama.

(De *Poemas de amor*)

▪ 2

Podría perfectamente suprimirte de mi vida,
no contestar tus llamadas, no abrirte la puerta de la casa,
no pensarte, no desearte,
no buscarte en ningún lugar común y no volver a verte,
circular por calles por donde sé que no pasas,
eliminar de mi memoria cada instante que hemos
compartido,
cada recuerdo de tu recuerdo,
olvidar tu cara hasta ser capaz de no reconocerte,
responder con evasivas cuando me pregunten por ti
y hacer como si no hubieras existido nunca.
Pero te amo.

(De *Poemas de amor*)

▪ 13

Primero está la soledad.
En las entrañas y en el centro del alma:
ésta es la esencia, el dato básico, la única certeza;
que solamente tu respiración te acompaña,
que siempre bailarás con tu sombra,
que esa tiniebla eres tú.
Tu corazón, ese froto perplejo, no tiene que agriarse con
tu sino solitario;
déjalo esperar sin esperanza
que el amor es un regalo que algún día llega por sí solo.
Pero primero está la soledad,
y tú estás solo,
tú estás solo con tu pecado original —contigo
mismo—.
Acaso una noche, a las nueve,
aparece el amor y todo estalla y algo se ilumina dentro
de ti,
y te vuelves otro, menos amargo, más dichoso;
pero no olvides, especialmente entonces,
cuando llegue el amor y te calcine,
que primero y siempre está tu soledad
y luego nada
y después, si ha de llegar, está el amor.

(De *Poemas de amor*)

▪ 3

Un día en la penumbra te enamoras de tu amor
imposible.
Una breve charla, si acaso una mirada, una sonrisa leve,
un levísimo guiño inolvidable
y cae el azul entero de cielo sobre tu alma
y desfalleces de la dicha,
llueve la luz en tus adentros.
Sabes que es un amor imposible.
Sabes que no hay manera de cruzar una vida con la otra,
que, acaso, fue una fortuna que un día tocaras a tu amor
imposible.
Pero también sabes que es imposible tu amor,
que no lo verás más,
que el amor que le tienes a tu amor imposible
no necesita a tu amor imposible,
que amas a una quimera que un día se encarnó debajo de
la piel
más lejana y que más amas.

(De *Amores imposibles*)

▪ 7

Todos los amores imposibles son eternos,
el tiempo no los toca
y no existen traiciones entre los amores imposibles.
Amo con toda intensidad, amo sin límites
a cada uno de mis amores imposibles.
A veces el olor del café trastoca el orden de los años
y voy a dar a la madrugada
de un resplandor que a mí me alumbra
o de pronto la voz de Janis Joplin
me ensarta en una noche cítrica,
de alambre,
la noche del hechizo,
puede ser una forma precisa de mecerse el viento entre
 los árboles
y la danza del cuerpo,
la eterna danza de un cuerpo eterno
entre la eterna danza de la brisa.
Los eternos amores imposibles
no se tocan, no se cruzan, no pueden verse entre sí,
no existen los celos entre los amores imposibles,
son perfectos los amores imposibles.

(De *Amores imposibles*)

Juan Gustavo Cobo Borda

Bogotá, Cundinamarca, 1948.
Libros de poesía: *Consejos para sobrevivir* (1974), *Ofrenda en el altar del bolero* (1981), *Todos los poetas son santos e irán al cielo* (1983), *Dibujos hechos al azar de lugares que cruzaron mis ojos* (1991), *No sabes con cuánto gusto te disfruto, impúdica* (1997), *La musa inclemente* (2001), *Poesía reunida 1972-2012* (2012).

¿Perdí mi vida?

Mientras mis amigos, honestos a más no poder,
derribaban dictaduras,
organizaban revoluciones
y pasaban, el cuerpo destrozado,
a formar parte
de la banal historia latinoamericana,
yo leía malos libros.

Mientras mis amigas, las más bellas,
se evaporaban delante de quien,
indeciso, apenas si alcanzaba
a decirles la mucha falta que hacen,
yo continuaba leyendo malos libros.

Ahora lo comprendo:
en aquellos malos libros
había amores más locos, guerras más justas,
todo aquello que algún día
habrá de redimir tantas causas vacías.

▪ Salón de té

Leo a los viejos poetas de mi país
y ninguna palabra suya te hace justicia.
Ni nube, ni rosa, ni el nácar de tu frente.
El pianista estropeará aún más
la destartalada melodía.
Pero mientras te aguardo,
temeroso de que no vengas,
Bogotá desaparece.
Deja de ser este bazar menesteroso.
Ni la palabra estrella, ni la palabra trigo,
logran serte fieles.
Tu imagen,
en medio de aceras desportilladas
y el nauseabundo olor de la comida
que fritan en la calle,
trae consigo algo de lo que esta tierra es.
En ella, como en ti, conviven el esplendor y la zozobra.

▪ J. A. S.

Un cigarrillo turco, un té chino,
los versos de Baudelaire
y todo ello en la ciudad conventual
que tirita de frío.

Cuánta amabilidad fingida
en estos bogotanos untuosos y relamidos.

Se encerrarán en sus casas
y murmurarán pasito:
«Allí va José Presunción, el niño bonito».

En esto ocuparán sus días.
Y en hablar de política.

Al final, inseguros,
recordarán antepasados
a los cuales, cómo no,
el Rey de España ennobleció sin límites.

Por esta raza menguante y cínica murió Bolívar.

Silva, entre tanto,
con pluma de oro y fina caligrafía,
compone su «Nocturno».

▪ Colombia es una tierra de leones

País mal hecho
cuya única tradición
son los errores.

Quedan anécdotas;
chistes de café,
caspa y babas.

Hombres que van al cine,
solos.

Mugre y parsimonia.

▪ Poética

¿Cómo escribir ahora poesía,
por qué no callarnos definitivamente
y dedicarnos a cosas mucho más útiles?
¿Para qué aumentar las dudas,
revivir antiguos conflictos,
imprevistas ternuras;
ese poco de ruido
añadido a un mundo
que lo sobrepasa y anula?
¿Se aclara algo con semejante ovillo?
Nadie la necesita.
Residuo de viejas glorias,
¿a quién acompaña, qué heridas cura?

▪ Cavafis

Las calles de Alejandría están llenas de polvo,
el resoplido de carros viejos
y un clima ardiente y seco
cerrándose en torno a cada cosa viva.
Incluso la brisa trae sabor a sal.
En el letargo de las dos de la tarde
hay un ansia secreta de humedad
y el tendero busca en sueños, con obstinación,
la áspera suavidad de una lengua inventando la piel.
Bebe con avidez el agua amarga de la siesta
y despierta cansado
por ese insecto que vibra insistente.
La frescura de la tarde desaparece también
y su única huella fue este sudor nervioso
y el bullicio que minuto a minuto agranda los cafés.
Pasan los muchachos, en grupo, alborotando
y aquel hombre comprende
que ninguna palabra logrará atrapar sus siluetas.
La noche devora y confunde
haciendo más largo su insomnio,
más hondos sus pasos por sucias callejuelas.
El amanecer lo encontrará contemplando
ese velero que abandona el muelle
y atraviesa la bahía, rumbo al mar.

▪ Un poema cada día

Debemos hablarnos
para dar sentido a la jornada.
Así cada hecho
ocupará su sitio
y al compartir las minucias
todo quedará investido
con una plenitud de oro y plata.

Es como si cada lámpara,
florero o cuadro
se destacara sólo
en el conjunto de la casa
y terminara por armar un mapa
donde su carácter
es de ciudades únicas
pero la totalidad
compone un país inolvidable.

Los grandes músicos
armaban con sus miserias
exultantes y consoladoras partituras.
Por ello tornaron la vida cotidiana
aquella arrebatadora sinfonía
donde nada se pierde y todo cabe:
lo sublime y lo vacuo.
La basura que se barre

y la anécdota que contarás a tus hijos
antes de que sea demasiado tarde.
Ese despojo que es la vida
y su estricto margen de ganancia.

Continuar haciéndola,
anomalía o rutina,
hasta lograr que todo se haga claro
como el agua,
renovada en los floreros
o fresca en la garganta.

Álvaro Rodríguez Torres

Bogotá, Cundinamarca, 1948.
Libros de poesía: *Recordándole a Carroll* (1981), *El viento en el puente* (1990), *En alabanza del tiempo* (1993), *Para otras voces* (1999), *Seis libros y uno menos* (2005).

Inventario de lo nuestro

al lado de una siempre desasosegada
y nueva afición por las canciones
de Joan Baez
mis amigos y yo
compartíamos
la gran ilusión de un enemigo ilusorio
entonces fue necesario apresurarnos
preguntarnos sin rencor pero sin
demasiadas esperanzas
no por los amigos de ayer
sino por los de mañana
y es que estábamos solos
y teníamos esa incómoda edad de la indecisión
algo agravaba nuestras conversaciones
(herencia de varios años de cinematógrafo

preferíamos la coca-cola a la vida)
éramos vulnerables aventureros de la imaginación
e intentábamos olvidarlo
fue arduo reconocer ese malestar
(esa guerra nunca declarada) al que
nuestros padres nos habían acostumbrado
permitiéndonos y obligándonos a trabajar
en algún banco por ejemplo.

▪ Ligera sospecha

como aquellos
que desde lejanas tierras
un día llegaron a la isla
en donde según la leyenda
un viejo capitán enterró su tesoro
y así buscándolo enterraron sus mejores años
sin darse cuenta
que en realidad en realidad
la isla era el tesoro
quizás así han sido nuestras vidas

▪ Tal vez Sylvia Plath

qué suficientemente lejanos
parecen hoy aquellos días que también fueran la vida
de esa hermosa y ofuscada muchacha
que una vez naciera en Boston Massachusetts allá por
 1932
ella para la que no estaba bien
no hacer bien todas las cosas
cuyas palabras bordean la más rigurosa confesión
 enemistada
y cuya voz tiende a confundirse
con la manera de hablar que tiene la impaciencia
pero ahora este es el tiempo
en que ni la más ligera edad puede alcanzarla
y a pesar de que su ausencia no es un árbol
en donde el viento pueda reclinarse
hay algo en ella o en su más antiguo aliento
que permanece profunda profundamente indemne.

A María Fernanda Urdaneta

▪ Una sola mañana para el sábado

amanece y una inmoderada neblina que todo lo rodea
va descubriendo lentamente al disiparse campos casas y árboles
bajo una constante llovizna que ahora arrecia
y un viento helado pasa en ráfagas errante
mientras indecisa y desde más allá de las montañas hacia el este
pálida se va extendiendo la luz
que inevitablemente también hará de este día
uno más para el ya largo y casi inamovible invierno.

▪ En el mundo interpretado i

Cuerpo cierto y sombra equivocada,
la luz es también la soledad del ojo
y lo contemplado.
Mas, ¿hasta cuándo?
Hasta que la lluvia descienda a la nube
y la luna abandone su órbita legendaria.

▪ En el mundo interpretado II

Hablar es devorar el silencio.
Lo que no se dice
también es una tentación como lo dicho;
hablar es casi una resurrección.

▪ La memoria convocada

Han pasado dos años,
o dos veces un año,
desde el último poema que escribí.
Pero esta noche el verso acude,
vuelve a mi voz
como la gracia que confunde.
¿A quién agradecer
por este silencio que huye,
que acaba de partir?
Nunca lo supe y ya no lo sé:
también el agua es la margen del río,
también se olvida para saber.

Horacio Benavides

Bolívar, Cauca, 1949.
Libros de poesía: *Orígenes* (1979), *Las cosas perdidas* (1986), *Agua de la orilla* (1989), *Sombra de agua* (1994), *La aldea desvelada* (1998), *Sin razón florecer* (2001), *Todo lugar para el desencuentro* (2005), *De una a otra montaña. Poesía reunida* (2008), *La serena hierba, antología* (2011).

Esplendor

Un día cualquiera
llegas al patio
de nuestra casa

inesperada
como un verdadero regalo

Qué esfuerzos haces
por no despertarnos
por ser un simple pájaro
que picotea maíz.

Pero el niño que te descubre

cautivo es
para siempre
de tu esplendor

▪ Rinoceronte

Miren qué esfuerzo hace
por ser natural

parpadeen y verán
es un monstruo
salido del sueño

Podría ser un poeta
por lo feo
y lo escaso de semejantes
pero no se queja

Tal vez un día
fue un rey
y algún pecado paga
en este círculo de barro

▪ Grillo

Como un zapatero remendón
en cualquier rincón de la noche
instalas tu mínimo taller

Y con qué desvelado ardor
afilas tu lúcido metal
tu tensa cuerda disparada

Cruel muchacho
al oído de tu madre
rayas el negro pizarrón de tu tarea

▪ Venado

Levantas la cabeza
y una línea de música
recorre tu cuerpo

Como la hoja
sientes el viento

Avanzas
y el reino que transitas
linda con los ángeles

▪ Islas perdidas, países lejanos

Desde dónde venías boca
desde qué bosque
mariposa encendida
desde qué cielo o tiniebla
el esplendor de tus dientes

Pájaro que planea en el sueño

Y qué despiadado Dios
te puso en mi camino

▪ Tocar lo que no se ve

Si la palabra no alienta

si no nos es dado
comer de su pan
beber de su agua

doblemos mejor la hoja
del poema

y colocándola
como almohada

esperemos
el descenso
por gradas
de piedra

el arribo de la onda olvidada
el mudo susurro del agua

▪ Yo que iba para la fiesta

Había comprado estos zapatos blancos
esta ropa blanca para ir a la fiesta
y la sangre de mi hermano
ha salpicado la manga de mi pantalón

Y ya es muy tarde para volver al almacén
y no tengo ropa limpia en la casa
y cómo salta el rojo sobre el blanco

Seguramente ya arde la fiesta
y el alcohol corre como el agua

Y para colmo
la sangre de mi hermano
ha manchado mi camisa blanca
aquí en el pecho

Renata Durán

Bogotá, Cundinamarca, 1950.
Libros de poesía: *Muñeca rota* (1981), *Oculta ceremonia* (1985), *Sombras sonoras* (1986), *Poemas escogidos* (1993), *Los ojos del agua y relatos de Plinio el Mago* (2001), *Signos y espejismos* (2007).

Por primera vez

Por primera vez
he pintado mis labios.
Les quité su sabor y su forma.
Porque quiero que rían,
disfrazados de fiesta.
Que brillen por las calles,
y me lleven de paseo
a donde no conozco.
A donde no me atrevo
a besar
con mi boca desnuda.

▪ Dices que no me conozco

Dices que yo no me conozco.
Es cierto.
Tampoco te conozco.
La verdad es que ni tú, ni yo
ni nadie se conoce.
Vivimos inventándonos.
Nos improvisamos a diario.
Tejemos nuestra forma
con imágenes prestadas
al ayer.
Mostramos a los otros
descoloridos retratos,
que a veces retocamos.

▪ El jardín de los colores

Azul intenso de domingo maduro.
Una mañana de cristal.
El viento juega divertido,
trae música ajena.
Sonidos blancos
que se quedan prendidos en el aire,
como luces.
Agua verde,
rojo pensar.

▪ Adivino

Adivino
intuyo
lo recuerdo:
eras
un hermoso
animal
de luz.
Llevabas
un anillo
de plata.
Pesabas
hondamente
en mi alma.
Con el chasquido
magistral
de tus dedos
creabas los
milagros
hacías
fiestas
de agua
el perfume
gozoso
de tu vida
circulaba
en mi sangre

hiciste
que ascendiera
esa espiral
de fuego y ardí
contigo
en una
sola llama.

▪ Puerta cerrada

Ella cierra la puerta.
Atrás, el mundo,
el ruido del mundo,
la fortuna
con sus garras de fiera.

En el vapor austero de su alcoba,
Juana desata las manos
de sus manos,
retira la aturdidora venda
de sus ojos,
toma una pluma:
«Primero sueño».
Dos palabras
que
inauguran
un siglo
de mujer.

▪ Viajera

Todavía se oye
su voz
entre las voces.
La viajera encerrada
en su nave de libros,
a diario sueña
con un cielo distinto.

▪ Oculta ceremonia

Sensación de ir perdiéndonos
al ir recuperándonos
como si en el más intenso
momento de la vida
la muerte oficiara
su oculta ceremonia.

▪ El río ausente

El río ausente en la ciudad me llama.
Hay un vuelo de pájaros
sobre su aura invisible.
Los hilos de la lluvia
destejen puertas
al infinito blanco.
Una tarde de jueves
en la que veo llover.
y el agua cae
al río ausente.

Luz Mary Giraldo

Ibagué, Tolima, 1950.
Libros de poesía: *El tiempo se volvió poema* (1974), *Camino de los sueños* (1980), *Con la vida* (1997), *Hoja por hoja* (2002), *Tarjeta postal* (2003), *Sonidos en la luz* (2009), *Llévame como un verso* (2011), *De artes y oficios* (2015).

La hora de los pájaros

Inasible y costurera
la palabra
cubre con tela engañosa
la herida de la noche:
juega a la libertad o sueña la ventura.

Como eterna Penélope
teje la túnica de todos
deshilvana el secreto de la espera
hasta inventar un nuevo rostro
o un espejo sin nombre.

Inasible y costurera
oye pasar el viento
fatigado por los pájaros.

▪ Poema con araña

Como si llegara por primera vez
igual a una araña que sigilosa teje
frente a un cuerpo asustado.
Como si midiera la distancia
cosiendo mi corazón con sus ocho brazos
la palabra
atrapada en el hilo del verso
tiembla inútil
en la elástica y pegajosa hebra del poema
y es araña que caza los días
mientras enreda el último suspiro
o el amanecer.
El poema cae sobre la tela
o al borde de mí
teje la vida y la sentencia
extiende su sombra en la luz
y en el hilo donde gotea el tiempo.

▪ Un rostro que recuerda

Soy una sombra de la sombra de alguien.
Marina Tsviestáieva

Busco la foto
donde quedamos de veinte años.
Hoy es distinta la mirada:
entretengo la sombra
y veo en los rostros que he tenido
una abuela que dobla el tiempo y las camisas
mi madre que camina en la memoria
mi padre en la luz del diccionario
y mis hermanos que son algarabía.

La vida cae al fondo de mi alma
y cuando escribo se impone a mis palabras.
Sube despacio o se apresura
hace zigzag de cuando en cuando
la veo enmascararse
cambiar de rostro o de figura.

Vuelvo a la foto:
somos un rostro que ha pasado.

El tren de la memoria

Como paso de tren cuando avanza cauteloso
deslizándose
aquí el puente del abismo
el túnel oscuro en el silencio
y la pradera dibujada con el pincel finísimo
al viaje de mis ojos.
Mujeres en los puertos con sus viandas
niños aquí y allá
y el sol ardiendo en medio de la tarde
mientras el ruido vuelve a la memoria
cuando viajar era deshacer lo rutinario
dar vuelta hacia el origen
al centro de la infancia
donde se cruza el horizonte.

Como paso de tren regreso con cautela
oigo y atiendo aquello que alimenta mi recuerdo
y están los pueblos
las estaciones polvorientas
la casa como un punto en la montaña
el color de las frutas en los árboles
la tierra caliente y sus olores
y la gente que sube y se acomoda
para el tránsito fugaz del no sé dónde.

Oigo el tren que regresa
con su ruido y su sombra

lo oigo pasar
como pasa la vida
sin que nos demos cuenta.

▪ Carta de olvido

Tal vez tú mismo, amor,
Me heriste por la espalda.
Alda Merini

Cerraste la puerta
y fue la más noche de mis noches.
Cayó sobre mí tu despedida
y una con otra tus palabras
fueron manchas negras
letras moviéndose en las páginas
puñales en el pecho
reguero de sombras.
Amor mío, vida de mi vida,
cielo, luna, sol
—lluvia de nombres—
cayeron como frutos al vacío
y fue tu olvido
la más negra de mis muertes.

▪ Piedad Bonnett

Amalfi, Antioquia, 1951.
Libros de poesía: *De círculo y ceniza* (1989), *Nadie en casa* (1994), *El hilo de los días* (1995), *Ese animal triste* (1996), *No es más que la vida. Antología poética* (1998), *Todos los amantes son guerreros* (1998), *Las herencias* (2008), *Explicaciones no pedidas* (2011), *Poesía reunida* (2015), *Los habitados* (2017).

▪ Los hombres tristes no bailan en pareja

Los hombres tristes ahuyentan a los pájaros.
Hasta sus frentes pensativas bajan
las nubes
y se rompen en fina lluvia opaca.
Las flores agonizan
en los jardines de los hombres tristes.
Sus precipicios tientan a la muerte.
En cambio,
las mujeres que en una mujer hay
nacen a tiempo todas
ante los ojos tristes de los tristes.
La mujer-cántaro abre otra vez su vientre
y le ofrece su leche redentora.

La mujer-niña besa fervorosa
sus manos paternales de viudo desolado.
La de andar silencioso por la casa
lustra sus horas negras y remienda
los agujeros todos de su pecho.
Otra hay que al triste presta sus dos manos
como si fueran alas.
Pero los hombres tristes son sordos a sus músicas.
No hay pues mujer más sola,
más tristemente sola,
que la que quiere amar a un hombre triste.

▪ Las cicatrices

No hay cicatriz, por brutal que parezca,
que no encierre belleza.
Una historia puntual se cuenta en ella,
algún dolor. Pero también su fin.
Las cicatrices, pues, son las costuras
de la memoria,
un remate imperfecto que nos sana
dañándonos. La forma
que el tiempo encuentra
de que nunca olvidemos las heridas.

▪ El mundo ancho y ajeno

Se trata de Sun Danyong, un joven chino.
Dicen que tenía veinticuatro años,
que ensamblaba piezas de aparatos electrónicos,
que vivía lejos de casa, en Hon Hai,
que trabajaba doce horas diarias, como todos sus compañeros,
que dormía en sus horas libres, como todos sus compañeros,
que entre ellos había un diálogo escaso
porque casi no se conocían.
Nadie sabe otra cosa,
salvo que saltó por la pequeña ventana de su cuarto de dos por dos,
y que es uno de los muchos que han saltado
en el último año.
Ah, sí. La noticia dice una cosa más:
que los empresarios de la fábrica
han puesto mallas en todas las ventanas
para evitar más suicidios.

Leo la noticia en Google, en mi computador portátil,
por donde puedo ver el mundo ancho y ajeno.

▪ Día libre

Yalila, Moraima, Zulema.
Sus nombres suenan como agua derramada en aldeas
ardientes
de extrañas geografías. Van frescas y ruidosas
alumbrando el domingo bogotano
como soles inversos. Son las muchachas negras, en
bandada,
que han dejado sus cuartos, sus cocinas,
y van a un baile, al cine,
parloteando alegres mientras fuman Pielroja.
Los viandantes las miran
levemente curiosos,
como a extraños satélites de su blanco planeta,
sin comprender la música sagrada
y montaraz y antigua de sus risas.

▪ Latitudes

Sin ti ha vuelto esta vez el sol de enero.
El dios indiferente que adoramos,
que ni culpa, ni salva, ni señala.

(Tu cuerpo
gozaría este sol que nada pide,
que vuelve a hacernos simples y animales).

El árbol que veías detrás de tu ventana
reverbera de luz.
Adentro,
sobre lo intacto aún, sobre tu almohada,
la sombra de mi mano se acongoja.

Lejos, en Prospect Park,
el árbol al que dimos tu cuerpo en primavera
habrá perdido ya todas sus hojas.
En su raíz fulgurará la nieve.

Enero siempre vuelve.

En la pared del cuarto tu luz dibuja sombras.

▪ Los estudiantes

Los saludables, los briosos estudiantes de espléndidas
 sonrisas
y mejillas felposas, los que encienden un sueño en otro
 sueño
y respiran su aire como recién nacidos,
los que buscan rincones para mejor amarse
y dulcemente eternos juegan ruleta rusa,
los estudiantes ávidos y locos y fervientes,
los de los tiernos cuellos listos frente a la espada,
las muchachas que exhiben sus muslos soleados
sus pechos, sus ombligos
perfectos e inocentes como oscuras corolas,
qué se hacen
mañana qué se hicieron
qué agujero
ayer se los tragó
bajo qué piel
callosa, triste, mustia
sobreviven.

▪ En el borde

Lo terrible es el borde, no el abismo.
En el borde
hay un ángel de luz del lado izquierdo,
un largo río oscuro del derecho
y un estruendo de trenes que abandonan los rieles
y van hacia el silencio.
Todo
cuanto tiembla en el borde es nacimiento.
Y sólo desde el borde se ve la luz primera
el blanco-blanco
que nos crece en el pecho.
Nunca somos más hombres
que cuando el borde quema nuestras plantas desnudas.
Nunca estamos más solos.
Nunca somos más huérfanos.

Antonio Correa Losada

Pitalito, Huila, 1950.
Libros de poesía: *El vuelo del cormorán* (1989), *Húmedo umbral* (1990, 1992), *Desolación de la lluvia* (1996), *Secreta mudanza* (2004), *Crónicas de Magdalena River* (2008), *Huellas en el agua. Antología* (2011), *Cabeza devorada* (2016).

Un delfín en el río

Del río viene la calma
a inundar
la selva frágil del asombro

La incontenible humedad
de la locura

La masa quieta
la cosa que no salta

Casas vegetales mordidas

Animales de madera duermen
abrazados al río

El día nos divide el rostro
en secreto
y en su tiranía
ojos de zinc en el cielo lavan
la mueca solitaria del viajero

Las miasmas los troncos
continúan su voraz naufragio

Y el mundo brilla
en el lomo oscuro de un delfín rosado

▪ Puerto Milán

Vengo de la región del copoazú
el arazá el anón
la nación de los frutos
donde con celo se nos identifica

Las naciones colindan
hablan como parientes

Desde el brillante pozo
de su rostro
el joven indígena extiende
las hojas humedecidas de la vida

Peces rayados como el tigre
a golpe de hacha
se convierten en carne disponible

El sonido ronco
del ave que se asfixia
La nave entra lenta a la maloca
y el centro del universo se conmueve

Esta nación dispersa
busca restituirnos
la primera memoria de las cosas

En nosotros resplandece
la delgada cuchilla
con que abrimos
el ojo al inocente

▪ El viajero

El viajero extiende una carpa
de lejanas costumbres
y su mirada marca la memoria

Todo lo abandona
en canciones secretas
cordeles en que avanza
por un reloj de arena

La rada iluminada
del que cambia

Tajo de lucidez
en la hierba cortante de los años

En el golpe de los desembarcos
emerge la espuma del naufragio

Con ojo enamorado
va el viajero en un lomo de niebla

▪ Canoa

En la cárcel del agua
una estrecha oquedad
lleva con parsimonia
las vigas de mi cuerpo

No sé si muero o vuelo
sobre oscuras maderas

▪ Casa en el agua

Bajo el sol palpitante
un gemido
oscurece la casa

La ciega caída de los árboles
doblegados
por el baile ebrio de las aguas

Su cuello verde y silencioso
rinde el callado presagio del que sueña

Casa construida con la fuerza de un puente
en la humedad que avanza

Alguien pide clavos   madera
soga y alambre
para afianzar su mundo
mientras una masa arrastra
la piel de las cosas domésticas

La lluvia ensordece
sobre las maderas

Y del agua emerge
el cuello del animal
y suave
            asciende
la casa estremecida

▪ El apresado

Entre la memoria y lo que hago anida un pez extraño
Gira en círculos incesantes en el agua y me impide
salir por la corriente densa que el animal exhala en un
ahogo profundo

Una canción aquieta el amanecer

▪ Cabeza devorada

Soy un hombre en el suave verano de los Andes   con el resplandor de un tatuaje o una cicatriz que centellea en mi hombro   Siento el rumor de las rías de Galicia a mis espaldas   Mi mano es mexicana   De ella vi salir un jaguar cuando levanté un vaso de tequila sahumado en copal   De las esculturas de piedra de San Agustín llevo el falo de un mico bajo el vientre   Mis pies se hunden en las laderas volcánicas del Ecuador y a mi cabeza la devora una mujer con la vagina acezante sobre mi corazón

A mi alrededor esplende el enigma abierto de los años

▪ El aire

Somos la desaparición lenta de la vida   Lo que acabamos de hacer es una bruma que avanza hasta perderse   Algo en su configuración se difumina aunque tratemos en vano que retorne   Un aire cálido turbio indiferente   cava su permanencia alrededor del cuerpo que se extingue

Fragmentos salpican el tiempo inalterable

Amparo Osorio

Bogotá, Cundinamarca, 1951.
Libros de poesía: *Huracanes de sueños* (1983-1984), *Gota ebria* (1987), *Territorio de máscaras* (1990), *La casa leída, antología de autores universales* (1996), *Migración de la ceniza* (1998), *Antología esencial* (2001), *Memoria absuelta* (2004), *Estación profética, antología* (2010), *Oscura música* (2013), *La caída interior* (2017).

Cicatriz

Mi casa
un barco muerto
que naufraga
en las venas

▪ Respiraré el verano

Clepsidra:
Tú sabes que mi noche
es mi viajera
palabra hacia la luz.
Quizá por eso
nadie lee mis brújulas.
Pero no te equivoques.
No todo es triste
de este lado del muro.

▪ Igual muere la huella

El viento esculpe rostros
y tú que vigilas la hierba
desconoces ahora los indicios
de toda eternidad.

Fuera de ti
no hay raíces posibles.

¿Cómo nombrarte
sin que crezca la muerte?

▪ Desgarradura

Para E. M. Cioran, por aquella irrepetible tarde de lluvia.

En la memoria buscas una casa
para ocultar tu soledad.
El viento abre la puerta
y surges.

Un vértigo
o incesante dolor
está a punto de enseñarte
la desolación de las aguas.

Y tú quisieras
un rezago de luz
para el pequeño pájaro
que tiembla derrotado.

Pero en la noche sabes
la oscuridad del rito a que te obligas.

Vuelves
una vez más hacia la herida
de las revelaciones.

Ya nada puede detener al miedo.

▪ Cábala

Los ojos del mirar,
del esperar.
Los ojos
del no querer ver,
los familiarizados
con la tiniebla
con la oscurísima realidad,
los que traducen rostros,
hoy leen lentamente
sin fatiga,
la esplendorosa sombra.

▪ Complementos

Nadie midió las lunas de mi miedo.
Mas yo duermo con ellas
en esta habitación poblada
de sombras y perfiles.
Ocurre sin embargo que ya nos conocemos.
Somos el complemento del fantasma
que asusta a estas paredes.

Eugenia Sánchez Nieto

Bogotá, Cundinamarca, 1953.
Libros de poesía: *Que venga el tiempo que nos prenda* (1985), *Con la venia de los heliotropos* (1990), *Las puertas de lo invisible* (1993), *Visibles ademanes* (2004), *Dominios cruzados* (2010), *Visibles ademanes. Antología* (2013).

Evocando a María Luisa Bombal

Al amanecer ebrio aún le conoció
desde ese día quiso atarlo a su cuerpo
                                        por todos los costados
pero él hábil y enamoradizo se escabulló
extranjero en Bogotá, en Estambul, en Florencia
a cualquier lugar donde llegaba
su habla inagotable enamoraba a viejos y jóvenes
las mujeres ofrecían su desnudez para cualquier
        desvarío.

Un día en una céntrica calle una mujer olvidada por él
le llamó por su nombre

él la miró, sorprendido trataba de memorizar
un pasaje perdido
al lado de aquella hermosa
quien le apuntaba con un revolver.
Herido en medio del delirio y el gentío
balbuceaba:
es la loca, la poeta, la mujer que me inventa.

▪ Fundación invisible

Sombras negras me siguen, me persiguen
empujada por el viento
la nada el silencio se instala dramáticamente
sombras huidizas buscan la fundación invisible
casas destrozadas, concierto de gritos insostenible
la tierra recorrida, arrasada, abusada
el hilo de dolor cose unos cuerpos rotos, heridos
el miedo sopla en los corazones
las furias abrazan, se adentran, pisotean
lo que trae la noche asusta al más valiente
los caballos lloran
mi corazón roto busca la casa, la fundación invisible.

▪ Lo inasible

Aún siento el frío de aquella noche
en la puerta del beso
la noche nos cubría con su manto de seducción y miedo
tus fuertes manos recorrían aquel cuerpo palpitante
extasiados traspasaban sus pieles
las tenebrosas calles perdían fuerza
no había más
la noche presenciaba fascinada aquella entrega
en la puerta del beso
el amor tenía su lugar.

▪ Ángeles sin rostro

I

Desde un balcón un hombre se asoma a su muerte
se contempla hermoso en el cemento
un hilillo de sangre resbala de su boca
en otro tiempo
una mujer así lo imagina
es la quietud, instante impregnado de sonidos
donde ángeles sin rostros nos empujan al abismo.

II

Desde la terraza observo el verde del atardecer
colinas a lo lejos
un duende luminoso hace señas desde el río
un ave juega en las nubes
el cielo encendido abraza la montaña
él a las puertas de la ciudad abismado
tras él gotas de sangre.

El tiempo toca a tu puerta

A las cuatro de la mañana
sobresaltada despiertas con un brazo inmóvil
tu corazón cansado está agitado
quiere abrirse como una rosa
la ventana ahí
para respirar para encontrarse con el alba
pero estás asustada
tu corazón marcha al ritmo de una extraña melodía
sigilosos los visitantes rodean tu lecho
presencias, voces, risas,
el tiempo toca a tu puerta.

▪ El árbol de las voces

En este pueblo la luz se va temprano
la gente se sienta en la oscuridad del parque
un árbol inmenso guarda
los secretos de habitantes
            siempre distintos a través del tiempo:
            los enamorados y sus locas peleas
            los sigilosos a la espera de su momento
            el ladrón asustado por su sombra
            la viuda lista a la caricia
            el árbol en su maravillosa dignidad
            guarda los secretos de las voces del tiempo.

▪ William Ospina

Padua, Tolima, 1954.
Libros de poesía: *Hilo de arena* (1986), *La luna del dragón* (1993), *El país del viento* (1992), ¿Con *quién habla Virginia caminando hacia el agua?* (1995), *Poesía 1974-2004* (2004), *Poesía reunida* (2017).

▪ El amor de los hijos del águila

En la punta de la flecha ya está, invisible, el corazón del
pájaro.
En la hoja del remo ya está, invisible, el agua.
En torno del hocico del venado ya tiemblan, invisibles,
las ondas del estanque.
En mis labios ya están, invisibles, tus labios.

▪ En las mesetas del Vaupés

Qué son las canoas sino los árboles cansados de estar quietos.
Qué son los postes de colores sino los árboles hundiendo sus raíces en el cielo.
Qué son los puentes colgantes sino los árboles jugando con el vértigo.
Qué son las alegres fogatas sino los árboles contando su último secreto.

Follaje de las ondas que va quedando atrás con el golpe del remo.
Follaje de sonidos que en torno de los postes enardece al guerrero.
Follaje de invisibles caminos que comienza en el confín del puente.
Follaje de humaredas que ascienden en desorden entre las titilantes orquídeas.

Con granadillo hice el bastón para espantar a los malos espíritus.
Con la madera del caobo hice las cuentas de un collar para tu pecho oscuro.
Con fruto fresco del tekiba hice la copa en la que le ofreciste el agua.
Con la madera del laurel hice esta flecha.

▪ Canción de los dos mundos

En Europa es de día pero es de noche en África.
Al norte del mar está el tiempo, pero está al sur la eternidad.
Los blancos pueblos industriosos construyendo la gloria del hombre.
Las negras lanzas nervadas custodiando la roja luna.
Las blancas piedras con forma de ninfas danzando en la nieve.
Las melenas de oro, las pieles rayadas, las criaturas de cuellos larguísimos como si fueran sueños.
Al norte del mar el insomnio en la noche, al sur la siesta en la tarde.
Al norte está la razón estudiando la lluvia, descifrando los truenos.
Al sur están los danzantes engendrando la lluvia, al sur están los tambores inventando los truenos.

En una tienda Dakota

La enorme luna blanca está tan cerca del horizonte que
las hierbas se inclinan,
y el bisonte se duerme en un incendio frío bajo los
invertidos desiertos,
y el grito del amor podría quebrar este cristal y esparcir
sobre el mundo
informes monumentos de jade blanco y grandes rocas
del color de las perlas.

La tibia la joven la firme doncella se interna en el país de
la sangre fértil,
yo soy el bendecido por la miel de sus brazos en la
penumbra,
y una sección rasgada en la piel de la tienda deja ver la
maciza blancura,
el fulgor que sostiene en el cielo la continuidad de este
sueño.

Abrázame que vienen las grandes paredes de hielo,
bésame para que una sombra de labios me salve en la
sequía,
ámame para que mañana una antorcha disperse a los
lobos,
canta o reza en mi oído después del amor para que en la
luna no se sequen los ríos.

▪ Lope de Aguirre

Yo vine a la conquista de la selva, y la selva me ha
conquistado.
Aparto con las manos los enormes ramajes,
miro a solas las encendidas flores con forma de pájaros,
la extrema contorsión de la serpiente herida
que las nubes parecen reflejar en el cielo.

Nada es piedad aquí, nada es dulzura.
Si son crueles los monjes en los penumbrosos claustros
de España,
si son degolladores los reyes y envenenadoras las reinas
en sus artísticos salones llenos de lienzos y de lámparas,
si son perversos los obispos y lascivos los papas
en la nube de mármol de sus tronos romanos,
si son despiadados los clérigos, que leyeron a Homero y
a Séneca,
si son salvajes los capitanes que comen la carne cocida,
salpicada de jerez y de orégano,
si bajo Europa entera aúllan las mazmorras,
¿cómo puedo ser manso en estas tierras,
ceñido por las selvas impracticables,
lejos de esos palacios tapizados por la letra y la música?

He decidido ser un tigre.
La selva invade el alma como un vino.
Aquí no hay bien ni mal sino el zarpazo.

La rauda flecha del halcón hacia la comadreja de aguas,
el estupor del conejo salvaje ante el bostezo de la
enorme serpiente,
el salto de la hormiga roja escapando un instante de las
fauces de la salamandra,
la innumerable y cíclica y recíproca voracidad
de la gran selva de oscuros dioses que se alimenta de sí
misma como un dragón de fiebre.

El rey está muy lejos, gobernando sus yermos de Castilla,
sus puertos que miran al África, sus chambelanes
obsequiosos,
sus espejos prietos de cortesanos, sus olivares retorcidos
como doctrinas,
su orgullo salpicado de galeones, sus panoplias
marchitas
(en cada daga sangre de un viejo amigo)
y la tierra gime de leones españoles desde el río
Sacramento hasta los arrozales de Manila,
desde las charcas fétidas del infierno hasta las últimas
plumas de los ángeles.
El rey es rey del mundo, pero la selva es mía,
y ese ojeroso príncipe de piel de cera y manos
puntiagudas
no podría avanzar con sus tacones de nácar por estos
riscos de tristeza
donde la carne pierde toda esperanza;
no podría aventar con sus abanicos de pavo real

en los húmedos aires a estos mosquitos rojos que prodigan la fiebre,
no hundiría jamás sus tobillos lechosos
en los pantanos infestados de dientes.

Déjame a mí el palacio de estos atardeceres de tormento que se parecen a mi alma,
donde bestiales tropas me adoran de miedo,
donde debo mirarlos como un buitre para que no me maten,
donde los últimos ángeles de mi infancia se descomponen en las ciénagas tibias,
donde los hombres solos, desprendidos del barco de los siglos, aprender a ser crueles,
a combatir el cielo a dentelladas, a recelar en el amor la emboscada.

Selva monumental, aire de flechas súbitas,
humaredas que traen olor de extrañas carnes,
ancianos indios extasiados de ojos amarillos
que miran como reyes o santos las vacías regiones del cielo,
y diente de jaguar para la suerte,
y montones de rojas semillas maceradas que me harán fértil,
y los senos oscuros que penden como frutos,
y la rana que se hunde en su reflejo, y bóvedas de frondas meciéndose en el agua.

Descendemos gritando por los ríos violentos en
barcazas pesadas de odio.
Sé que al darles la espalda, estos hombres me miran
como perros.
Sé que estoy afilando el cuchillo que pasarán por mi
garganta.
Hemos dejado un rastro de cadáveres desde las sierras de
Mérida,
por los llanos resecos, por las enloquecidas serranías,
un rastro de caseríos en llamas, alaridos de madres ya sin
destino,
rostros atónitos debajo del agua que un remo empuja
hacia el fondo,
pero qué puedo hacer si la selva me ha trastornado,
me reveló las bestias que habitaban mi carne,
si sólo sé mandar y codiciar todo lo que pueda ser mío
y aquí cada ramaje se opone a mis designios;
qué puedo hacer sino amasar el oro de estos pueblos
brutales,
y ser el rey de sangre de estas tardes de lástima,
y poner al tucán de pico extravagante sobre mi hombro
y coronar de flores como incendios mi cabeza aturdida,
y declarar la guerra a las escuadras imperiales que cubren
los océanos,
con esta voz que grita en la selva y que jamás los alcanza,
y ser el rey de ultrajes de estos soldados rencorosos
hasta que sus cuchillos se apiaden.

Mery Yolanda Sánchez

Guamo, Tolima, 1956.
Libros de poesía: *La ciudad que me habita* (1989), *Ritual para las noches* (1997), *Dios sobra, estorba* (2006), *Un día maíz. Antología* (2010), *Rostro de tierra* (2011).

Nacimiento

Antes que del vuelo de la mariposa supiste de la infamia. Te enseñaron a no lanzar la flecha para evitar el arrepentimiento. Te dijeron que tenías que inventar una familia y la conseguiste completa para los asesinos. No esperaste los hijos de tus ganas. Viejo como estás, no llorarás por los que no nacieron, sabes bien que de ellos es la gloria de la eternidad.

▪ Pasajeros

Uno.

Caídos en el rostro de las flores eligen su próxima cicatriz en las nubes del cielo.
En los bolsillos llevan la razón, la ración exacta de cada porción de tierra que alumbra.
Algunos buscan el primer lugar para el sacrificio, lo que no saben es que sus aplausos son la señal.
Que en cada aplauso un árbol pierde sus ojos.

Dos.

Hay círculos que siguen en las cabezas, en el eco del platanal. Entre un banano que crece alguien encontrará el dedo meñique del antiguo dueño de la tierra.
Sube y baja la música carcajadas de los demonios que abren ventanas para vomitar notas.
Hay jaulas para los pájaros muertos donde quedó el aleteo de la ausencia.
Es preciso revisar en la memoria los rumbos del mar donde el agua es sangre descubierta.

Tres.

Se han extraviado las llaves de las casas en ruina.
Lejano y disperso el nombre de las calles, los hombres marchan con la primera letra de un posible encuentro para el territorio de la vida.
Los ejércitos aprenden los pasos de la marcha fúnebre, pero olvidan el canto que aplastan sus botas.

▪ Suerte del silencio

Los homicidas de un suicida tienen fortuna. Nunca se sabe de sus rostros, aunque se hacen necesarios para el concierto de culpas. Al Estado no le importan los suicidas, la Iglesia los destierra. Los suicidas se llevan las mejores conclusiones.

▪ Salmo

Saco el último vestigio en alas de mariposas.

Enjabono y tuerzo.

Al tacto del viento con mis manos
un olor confuso se aproxima por la acera izquierda.
Lo guardo,
trato de meterlo en la taza del baño,
pero en remolinos es vaciado a mi boca.
Tiento,
palpo cada pliegue del pecho.

Hace falta mucho detergente
cuando mi país hasta en la ropa duele.

▪ Señor juez

Sabré mentir tantas veces
como usted quiera señor
no importan las agujas
tengo lleno mi cuerpo de dedales.

▪ Dos días para Lázaro

El otro día, en la Casa de Justicia ladró
cuando las llamas le quemaron el hocico.
Olió a los que en fila fueron trasladados
a la casa ciega de la esquina,
donde muchas veces batió la cola
en desfile militar.

Es viernes, el viejo Lázaro perro de andén
entra a un restaurante y es retenido,
lo que menos quería era un expediente
le confirmaría ser hombre.

Ahora todos le miran, le señalan,
le hacen advertencias, posibles condenas,
él busca su cola
y las dos patas que dejaron como huellas.
Firma,
llora y necesita un abrazo.
Llora, firma y busca un pañuelo,
firma, llora y pregunta por un beso.
El hombre que le acompaña
gruñe como él lo hacía antes.
Lázaro sólo llora y firma.

La perrita de humo en los ojos
escarba al otro lado de los barrotes.

Afuera leen las listas, Lázaro no se escucha.

▪ Alberto Vélez

Medellín, Antioquia, 1957.
Libros de poesía: *Para olvidar de memoria* (1982), *Habida palabra* (1987), *Voces de Baguí* (2004), *Cartas al muerto* (2014).

▪ IX

Es peligroso vivir, tú ya lo sabes.
Pero estar muerto es un riesgo mayor.
De orillas contrarias nos miramos.
O te miro, porque tu atención está puesta
en otras cosas.

Te extraño en el vórtice del miedo.
Quisiera abrazarme con tu brazo,
besarme con tu boca,
saberme guiado por tu voz.

Pero eso no es posible, todavía.

(De *Cartas al muerto*)

▪ XI

¿De qué hablábamos cuando no hablamos?
casi no recuerdo.
Lo hondo, lo oscuro, los nombres de los árboles
nunca se pronunciaron.
Pero estaban ahí.
Los padres y los hijos conocen de esas cosas.
Más nadie.
Porque su amor es temeroso,
vigilante en los gestos, preciso en las palabras,
            sabio y exacto:
con la certeza de quien sabe que la destrucción es solo
un fantasma de fantasmas.

(De *Cartas al muerto*)

▪ XVI

Nombrar la muerte no te da más vida.
Ni muerte te da vivir un poco.

Habitas un silencio denso,
como el primer recuerdo de la infancia,
cuando eran árboles los brazos de tu padre.

Ahí estás, y nadie te importuna,
mientras entran en ti los ojos de la noche.

(De *Cartas al muerto*)

XXVII

Como un tumor que crece en la base de la lengua
mis voces se pudren.

Me siento tan solo.
No soy fuerte, lo sabes.
Apenas me disfrazo un poco de héroe,
otro de mártir
y un resto de desesperanzado.

Acompáñame ahora
que la sinuosa vida se ha escondido
y la gris muerte otea desde las terrazas.

(De *Cartas al muerto*)

▪ XLII

Bajo un samán te tiendes.
El sol, casi rojo, se pone entre montañas.
Miras, pero no me ves.
Ahora son otros tus asuntos.

Te atisbo desde la tarde ardiente.
Estás más joven,
Más hermoso.

Algo muy hondo debe haberte ocurrido.

(De *Cartas al muerto*)

XLVII

Las abuelas llevaban la luz entre los dedos.

Clara era un bosque de rumores.
Entraba al cuarto,
y empezaba la magia. El mundo nacía cada noche;
el amor era fresco; la vida no cesaba de inventarse.

Mi abuela cantaba
canciones perdidas en algún pasadizo de la sangre.

La veo sobre el tiempo,
fundando noches que nadie más ha trasegado.

Una cierta certeza me emociona:
con ellas puedes hablar de nuestros miedos.

(De *Cartas al muerto*)

▪ Fernando Herrera

Medellín, Antioquia, 1958.
Libros de poesía: *En la posada del Mundo* (1985), *La casa sosegada, Sanguinas* (2002), *Breviario de Santana* (2007).

▪ Muchacha de la pescadería

Crujen astillándose al patinar
por el suelo desigual de la pescadería
los angulosos témpanos de hielo;
y la alegre muchacha que los impulsa,
cubierta con su peto de hule,
me mira sonriente abanicando
sus manos enrojecidas por el frío.

Se agita en medio de la barahúnda,
y luego, doblada sobre el balde de aguas turbias,
refriega con el cepillo de púas,
mojarras y lenguados;
y las escamas que saltan
coronan por un instante,
con un equívoco esplendor de abalorios,
su cofia enmugrecida.

Apresurada se interna en la bodega
de sábalos rígidos.
Vuelve,
cierra con energía
los macizos picaportes
trayendo algo de humo
bajo su delantal de frío.

Mientras atiende a los clientes,
sopla apartando los cadejos de pelo
que se deslizan en su cara,
la festiva muchacha de la pescadería.

Bella adolescente aterida,
¿Qué rostro acariciará en la noche
con sus manos olorosas a mares y a limón?
Y desnuda, en la penumbra,
¿Para quién sonreirán sus dientes,
como un cardumen luminoso,
en lo hondo de un cantil?

▪ Compasiva y terrible

A las nueve y media
al salir de las clases nocturnas
—que pagan con el trabajo del día—
van bajando por la calle hacia la avenida
las diligentes secretarias.

El sonido de sus tacones finos
resuena en los andenes
poblando la calle con un eco
de potrancas nerviosas,
y el roce de sus medias de seda
es ya un preludio de su modesto lecho.

Comentan con tal ánimo
la materia de sus clases
y se asombran con tal gravedad
ante los prodigios
que les han sido revelados,
que uno siente en verdad
que el mundo gravita
merced a sus elementales nociones.

Se despiden de prisa
frente al bus,
buscando apuradas el pago en su cartera,
y se ausentan

mientras la noche, compasiva y terrible,
a todos nos borra.

▪ Poema de aniversario

Y si aquella noche
yo no te hubiera visto
en medio del tumulto
en la galería de arte
donde se exhibían
viejas fotografías del cine mexicano

Y si no hubieran estallado
las trompetas del mariachi
en la primera planta
Y si no te hubieras puesto con tanta gracia
el sombrero de charro
que le arrebataste al que tocaba el guitarrón
Y si no me hubieras pedido
el emblemático cigarrillo aquel
qué hubiera sido de nosotros
en todos estos años
Qué hubiera sido de nuestros cuerpos
que ahora se buscan con urgencia
A dónde hubiera ido este amor
que hoy ríe y riñe en la cocina

Ah! fragilidad de la vida
apoyada en la levedad de lo fortuito

▪ Tu cuerpo

Ya ves
es tan simple tu cuerpo
es pálida y común
la piel que cubre tus huesos
las diagonales clavículas
las sabidas costillas paralelas
el vientre liso
y la tensa herida original
el ombligo
más abajo el áspero vello
con su olor de mares repetidos
las inhóspitas rodillas
y los míseros tobillos
que anticipan tus pies desconsolados.

Ya ves
es tan simple tu cuerpo
pero a mis labios abrasados
tu cuerpo es un templo encendido.

▪ En una curva del camino

Nos detuvimos
en una curva del camino
en donde hacía una semana
los habían matado.

Unos hombres hoscos
estaban allí.
En el piso había unas cruces blancas,
con las fechas
y los nombres.

Nos conmovió la escena,
pues pensamos en el pequeño túmulo
que allí se erigía.

Pero no era así.

Luego supimos
que eran los asesinos
que habían vuelto,
para arrancar las cruces y romperlas,
poniendo odio sobre el odio.

Rómulo Bustos Aguirre

Santa Catalina de Alejandría, Bolívar, 1954. Ha publicado los poemarios: *El oscuro sello de Dios* (1988), *Lunación del amor* (1990), *En el traspatio del cielo* (1993), *La estación de la sed* (1998), *Sacrificiales* (2004), *Muerte y levitación de la ballena* (2010), *Obra reunida: Oración del impuro* (2004), *Obra poética* (2010), *La pupila incesante 1988-2013* (2013).

Lo eterno

Lo eterno está siempre ocurriendo
                              ante tus ojos

Vivo y opaco como una piedra

Y tú debes pulir esa piedra
hasta hacerla un espejo en que poderte mirar
                                        mirándola
Pero entonces el espejo ya será agua y escapará
                                        entre tus dedos

Lo eterno está siempre en fuga ante tus ojos

▪ Fruta akki

Con la fruta akki de nada vale la impaciencia

No pretendas forzarla
No intentes el vano recurso de madurarla con los dedos
o el más vano aún de envolverla
                                        entre viejos periódicos
Pueden ocurrir equívocas y dolorosas señales
Ella se te dará a su debido tiempo
Entonces abre su pulpa como una jugosa corola

O no se te dará nunca

Así también el asunto con Dios

▪ Mantarraya

Por algún divertido arreglo
los dos muchachos han dividido en dos
la mantarraya
como si fuera una hoja de papel
y ahora cada uno lleva su parte
colgando de la mano

Ya nada queda de la gracia que el animal
exhibe en los acuarios
Ondeando, sumergiéndose, elevándose en el agua
todo su cuerpo como dos extrañas alas

Mientras la ofrecen a lo largo de la playa
los dos muchachos
aseguran que con ella se prepara un excelente
y vigorizante cocido

Las dos partes siguen vivas

A veces una de ellas levemente se estremece y aletea
como si una parte reclamara la otra

O como si conservara alguna oscura memoria de su
vuelo

Contra Parménides o la mariapalito

La inmovilidad de la mariapalito podría haber dado
a ciertos filósofos
razonamientos más convincentes que el de la flecha
o aquel otro más divulgado de Aquiles y la tortuga

Ella no lo sabe
Si lo supiera luciría más filosófica de lo que parece

Todo llama a su transformación, nada quiere
permanecer fijado a su ser
el poema pide ser prosa
la piedra pide ser agua,
el horizonte pide ser línea vertical

Pero la inmóvil mariapalito solo quiere ser mariapalito

Muy flaquísima Señora del límite, del umbral
no sabe que, en realidad, ella es el más fino argumento
contra el estatismo que su apariencia pregona
que, sin que lo haya pedido, siendo un insecto de cuatro
patas
algo dentro de ella, algo remoto, la mueve a ser palito

Por eso se llama así

Pero eso tampoco parece saberlo la mariapalito

▪ Sacrificial

El carnicero se va en lenguas
hablando de las bondades de cada una de las carnes del animal. Casi
saborea las palabras
El cliente señala difuso un punto en el dibujo que se exhibe en la pared
donde sabiamente aparece seccionada la res en sus diferentes partes
para golosa guía del comiente
Sin duda el comido no ha sido consultado sobre la publicidad
de sus vísceras
Ah, el comiente
Con sus pulcros caninos, sus radiantes incisivos y sus 356 molares

Pero hay algo de torva beatitud en la demora con que, a veces, el carnicero
rasga una entretela, contempla al trasluz y retira delicadamente
un trozo de pellejo
Quizás, en esos instantes, alguien dentro de él ensueña:
un día cualquiera
un distraído arcángel, confundido en el tiempo, vendrá y me relevará

de este sucio mandil, detendrá mi mano en el aire de la
mañana y dirá fulgurante:
basta, ya tu fe ha sido probada

El cliente, recostado en el mostrador, lo mira con
expectante fulgor
Y el ensoñador quisiera indagar ¿acaso eres tú mi
liberador?
pero dice oferente: ¿palomilla o punta de nalga?

Ahora, el carnicero tararea indolente mientras pule sus
enormes cuchillos

A Juan Calzadilla

Del cangrejo ermitaño

Rara costumbre la del cangrejo ermitaño

Se le va la vida buscando caparazones de otros moluscos
latas, recipientes vacíos
toda suerte de objetos cóncavos abandonadas por sus
antiguos huéspedes para instalarse en ellos

Es posible que todo se deba
a una compulsión turística por la novedad

O a un síndrome de inestabilidad casi metafísica

O a simple ejercicio peripatético de quien tiene
demasiadas patas que ejercitar

¿O habrá algo más de fondo en todo esto?

Quizás convenga preguntar
al secreto cangrejo ermitaño que habita
en cada uno de nosotros

Ese que, sin duda, acaba de escribir este poema

▪ Gustavo Adolfo Garcés

Medellín, Antioquia, 1957.
Libros de poesía: *Libro de poemas* (1987), *Breves días* (1992), *Pequeño reino* (1998), *Espacios en blanco* (2000), *Libreta de apuntes* (2006), *Hasta el fin de los números* (2012), *Una palabra cada día* (2015).

▪ Dificultades de la poesía

La idea era
beber un poco
ponernos alegres
pero nos emborrachamos
en exceso
y lo que hicimos
fue tener una opinión
demasiado buena
de nosotros mismos

▪ Mis amigos

Tuve un insomnio feliz

pasé la noche en vela
pensando en mis amigos

increíble tanta risa
en la memoria

▪ Mediodía

En lo alto del andamio
almuerza el albañil

el viento agita los tablones
y quién sabe qué cosa
excita el apetito de los gallinazos

que parecen más bien almas de Dios
ángeles negros cuidando a su muchacho

La antena que trae
las noticias de la guerra
está llena de pájaros

▪ 536

El cielo
los árboles
el camino

está oscuro
todo lo que mira
la ventana

es de noche

▪ Cuaderno

Una palabra
cada día

la montaña
vuelta sombra
en el río

el exilio rojo
del poniente

los hábitos
que siempre
tienen que ver
con los errores

las luces
que no se apagan
en la memoria

un muro
en medio de la vida

lo que no se sabe
y lo que no se dice

▪ Puerto Casabe

Redes secándose

olor a pescado

muchachas

y los muertos
que bajan por el río

▪ Guerra

Cómo
nombrar
los muertos

tantos
nombres

tanto
duelo

lo que
se va

lo que
se pierde

un funeral

y otro

y otro

▪ Aldeano

El poeta
de estos
pagos
cría vacas

muchos
tienen voz
en sus
historias

mientras
despluma
una gallina
cuenta cómo
su pueblo
se fue
a pique

sonríe
al saber
que es
el personaje
de estos
versos

Robinson Quintero Ossa

Caramanta, Antioquia, 1959.
Libros de poesía: *De viaje* (1994), *Hay que cantar* (1998), *La poesía es un viaje* (2004), *El poeta es quien más tiene que hacer al levantarse* (2006), *Los días son dioses, antología* (2013), *El poeta da una vuelta a su casa* (2017).

Tren

Un Tren
—recuerdo—
que presuroso por las fincas del Otún
anunciaba su llegada a casa por los rojos
naranjales del solar

Un tren que venía cargado de partidas
y distancias
montes pueblos
ríos
lo desconocido pasando raudo

No sé si fue real o un sueño
Pero prefiero pensar
que sucedió:

la larga hilera de vagones llamando
la tarde acalorada de naranjas
el trote rápido del niño
ganando con impaciencia los barranco.

Canción del chofer en el parabrisas

Ante mí veo lo que un día se borrará para siempre:
colinas de altos pastos rojos
un río de brillantes peñascos
una montaña escasa de luz
y otra cumbre más distante donde ya es la noche
Un cielo color granate sombra
y un viento que entra con sus pájaros en el crepúsculo
también de viaje
El temblor de los platanales en la carretera
las aguas estancadas en las zanjas
los abismos por los desfiladeros
El oscuro sonido que se hace debajo de los árboles
y la última luz viva de la tarde
todo en viaje hacia la noche

Ante mí veo lo que un día se borrará para siempre

Frutera a la orilla del río Cauca

El cabello suelto
las mejillas encendidas
y la mirada perdida por la carretera

Y bajo el toldo caluroso
sandías rojas
sandías de agua fresca

sus labios

▪ Buses

Sigo los buses que viajan veloces en la noche
cuando la tiniebla es más cerrada
y apenas los distingue
el destello de las luces

No dicen a dónde van
ni de dónde vienen
y a nadie dan razón de los asuntos de sus viajes
Pasan simplemente
cada vez más rápidos y distantes

Sigo sus faros que trasnochan
y centellean
entre las montañas
hasta extinguirse

Las estrellas cumplen arriba su destino
Pero más hermosa que la luz inmóvil
es la luz que huye

▪ El poeta es quien más tiene que hacer al levantarse

El poeta es quien más tiene que hacer
al levantarse:
saludar el día
espantar los pájaros amargos
limpiar las palabras
regarlas y vigilar
que no mientan

No reproches su caminar ausente
su diligencia en nada
esa forma de cantar

▪ Pintura con pájaro

Todo el color del lienzo es nieve.

Nieve sobre las cumbres, por las colinas, en los bajos
tejados de la casa solitaria.

En el camino que se curva y que nadie recorre, nieve.

Y en el recodo de un río, un árbol pelado de hojas
sostiene apenas sus varas.

Y sobre una de las varas una pequeña mancha roja.

▪ Hombre que pasa

El hombre que pasa y es sólo una mirada
¿de qué lugar viene
qué amigos frecuenta
por cuántos hijos ríe
de cuántos muertos vuelve?

El hombre que pasa y es sólo un gesto
¿qué oficio desempeña
qué moral defiende
a qué edad marcha en este intrincado camino
de mañana?

Yo lo veo seguir sin saludarme
sin despedirse
confundiéndose entre la gente después de ser yo
para él
lo mismo:

el hombre que pasa y es sólo una mirada.

Gustavo Tatis Guerra

Sahagún, Córdoba, 1961.
Libros de poesía: *Conjuros del navegante* (1988), *El edén encendido* (1994), *Con el perdón de los pájaros* (1996), *He venido a ver las nubes* (2007), *Evangelio del viento. Antología* (2008), *Corazón de pájaro* (2014).

Heráclito

Nadie se baña dos veces en la misma lluvia.
La lluvia es un río de pie que derrama todos los secretos
del cielo
Limpia la soledad de los ángeles y devuelve peces
guardados en las nubes.
Lava mis pensamientos en mi refugio
silencioso de la montaña
soy como el niño descalzo bajo la lluvia
el hacedor de preguntas se detiene ante el agua
y sabe que algo maravilloso puede ocurrir
si la piedra suspende su silencio y empieza a revelar
lo que aconteció la noche antes de la vida
los efesios me llaman El Oscuro
tal vez porque descifro enigmas del cielo y la tierra
porque bebo agua fresca en la cuenca de una piedra
porque me alimento con un poco de harina de centeno

porque aprendí a esperar
como un recién nacido
hasta encontrar lo inesperado.

▪ Ensalmo

Quiero que sepas que el poema puede curarte
como esas flores y raíces del bosque
Como esos secretos de la selva virgen
puede sanarte ese dolor que sientes
más allá de ti
El poema es un ensalmo
                                        un talismán
para que tu soledad resplandezca
                                        en el abismo de mis manos.

▪ Oración

Dame, oh Señor
la inocencia de las bestias.
El corazón salvaje de las ballenas.
La mirada clara y antigua
de los caballos.
La intuición de los delfines.
El amor de los tigres.

Soy demasiado pequeño
para que me toques
con la yema de tus dedos.

▪ El monje Kevin

Oro en la penumbra del monasterio
y la luz del cielo resplandece en mis manos.

Oh, Dios
yo que he visto tu inocencia
en la claridad del agua bendita
y en los panes dorados del desayuno
y en el silencio de la medianoche
que agita las hojas de los árboles distantes
como si secretearan un murmullo
pienso que somos frágiles
y los árboles lo saben.

Desde la mudez de su sacrificio
nos compadecen y florecen
para recordarnos que también tienen ilusiones
que el hombre es una hoja en el infinito
un viento la suspende y la borra.

Creo en la magia que deviene
de todas las criaturas que palpo
la madera silenciosa de la puerta
que sueña en el álamo
y en el bosque perdido de su infancia.

Oh, Dios
has venido en esta mañana
como un pájaro
a anidar en la palma
de mis manos.

** El monje irlandés Kevin, del siglo VII, incubó un pájaro que anidó en sus manos extendidas mientras oraba.*

▪ Sahagún

Allí donde el silencio
se parece a tus ojos de atardecer
Sahagún
allí donde el viento desnuda
su sonata de hojas
allí donde la tierra llora
un susurro indio y amoroso
allí donde el verano
duerme sus hojas secas
en la tibieza de las chamarías
de color amarillo y café
allí donde tengo enterrado mi ombligo
de ángel bajo los mamones
allí donde me han nacido alas
y te espero.

Nelson Romero Guzmán

Ataco, Tolima, 1962.
Es autor, entre otros, de los libros: *Días sonámbulos* (1988), *Rumbos* (1993), *Surgidos de la luz* (2000), *Voy a nombrar las cosas* (2000), *Grafías del insecto* (2005), *La quinta del sordo* (2006), *Obras de mampostería* (2007), *Música lenta* (2015), *Bajo el brillo de la luna* (2015).

Señales de un autorretrato

Que algo suceda en la parte oculta de la tela:
un crimen por ejemplo, y en la escena
unos ojos al revés y una oreja vendada.
Todo ocurrido como en un día sin fecha.
Sólo así nos regalas la confianza
de que la culpa no es del cuchillo que mutila,
sino de la mano que trazó, de un crimen, la gloria.

▪ La bruja

Está en el bosque,
se va a abrir en flor, en pájaro,
se va a doblar en cuchara.
Le roba a Dios la vasija del hombre
donde bebe la pócima amarga.
Asciende en la oscuridad buscando el árbol,
si se le acecha, fácilmente puede confundirse
entre los pájaros del ramaje.
Señora del jardín,
le acaricia la cabeza a los jabalíes que amamanta.
Viaja desnuda a la claridad lunar.
Forastera del abismo, también conoce sus íntimas
negruras.
Ella nos condena
a huir de su rostro en el espejo.

▪ Navegantes

Abrazados en las aguas
Fluyen serenos en el mismo espejo,

Decapitados en mitad del jardín
Ahora hermosos cumpleaños para las aguas.

Anoche fueron arrojados desde el barranco
Heridos en el beso,
Vueltos a una navegación tranquila,
Inflados de deseo, hasta que la orilla
Los detuvo.

Sobre sus cuerpos soleados cayó negro el vuelo
Y todavía el amor no pudre sus carnes.

▪ Gourmet

Hay cosas que a veces me obligan a desaparecer.
Por ejemplo, el deseo de comer gente
Hace que me meta hasta el centro de las multitudes
Y al rato la multitud
Casi que ha desaparecido por completo.
Sólo dejo por fuera algunas personas de mal sabor,
No aptas para una buena culinaria
Y en completo desprestigio para el paladar
De un buen cocinero
Que desaparece de sus asuntos personales
Para lanzarse a la calle con su cuchillo
Y entrar a la multitud,
Como lo viene haciendo hace años
Cuando descubrió en su oficio
Que la carne de cerdo ya no es tan grata a los paladares
Como otros cortes superiores.
Por estos días han desparecido muchas personas
Y los restaurantes están repletos.
Esta fama me ha convertido en un hombre virtuoso,
En el cocinero perfecto,
Experto en una carne superior al cerdo.
Sobre los desaparecidos se dice poco,
Están bajo una capa de silencio casi obligado.
Mi traje blanco de cocinero no delata sospechas
Entre los comensales, y a la hora de preparar las carnes
Soy más ángel que asesino.

No despierto ninguna sospecha
Entre los miembros del cuerpo de seguridad del Estado
Que en las horas más lúgubres llenan el restaurante.
Mis comensales preferidos no sospecharán
De un ángel con un cuchillo
En un restaurante.
Blanco es el delantal de la muerte.

Rafael Del Castillo

Tunja, Boyacá, 1962.
Libros de poesía: *Canción desnuda* (1985), *El ojo del silencio* (1985), *Entre la oscuridad y la palabra* (1991), *Animal de baldío* (1999), *Pirómana. Antología* (2002), *Palabras escuchadas en un café de barrio* (2005), *Puertas entornadas. Antología* (2010).

Cóctel

Como el cantante de una orquesta pobre
que achispado y alegre
quiere mezclarse con los dueños de la fiesta
bailar
reír con ellos
y es rechazado fríamente con un
«Usted a lo que vino fue a cantar»

Así el poeta en la fiesta del mundo

Para mis anfitriones pasados y futuros, a manera de desagravio

▪ Abolengo

del polvo
de las cenizas turbias
de los huesos roídos por el tiempo
de la carne que se deslíe mordida por los venenos de la
tierra
de esos versos que desmenuza Dios
yo vengo

▪ Canción de cuna para un hombre que llega del trabajo

Para Gustavo del Castillo, mi padre

I

Ese ejército creciente de espejismos y fantasmas
que lentamente se apodera de la tarde
y te persigue con saña por las calles
que no te da un respiro
que te acosa

Canta la llegada de los sueños:

II

Y entran en ti sin anunciarse
bellos fantasmas de ágil cuerpo
recuerdos como de humaredas lejanas
recuerdos dulces como leopardos o panteras
dulces   dulcísimos
como aquellas mujeres que no pueden parar la miel
que salta a borbotones de sus senos…

III

De nada te va a servir el revisar con gesto preocupado
tus portafolios y papeles
de nada beber café
y leer novelas policíacas hasta muy altas horas de la noche
o caminar en pantuflas encendiendo y apagando las luces de la casa
nada vas a lograr con condenar todas las puertas y ventanas
no hay cerradura que se resista o haga frente
a ese ejército de espejismos y fantasmas
que canta la llegada de los sueños

Duerme…

▪ Recreo

El olor de aquellos libros que en la infancia
guardábamos en un pupitre oscuro
entre cáscaras de naranja
y lápices quebrados
ha vuelto a mí
y ha revoloteado sobre mi mesa de trabajo
como un avión de papel que planease
en el aula
en la infancia
como una travesura

Palabras escuchadas en un café de barrio

El que es pasajero y nunca emprendió viajes
a esos lugares de donde llama su alma
viaja ahora en este poema
R. Quintero

Para Adriana, para Robinson
pasajeros de estos versos

I

¿Quién me podría haber dicho que alguien iba a llorar
por mí
recorriendo las calles de Berlín Oriental?

Por mí que
sin lamentarlo mucho
soy sólo un hombre de este barrio
y nada sé de viajes
de países lejanos o aeropuertos

II

Tarde a tarde
en medio de la lluvia
o iluminados por el sol del ocaso,
mis amigos y yo

escuchamos con una extraña nostalgia
tristes cantos que hablan
sólo de despedidas
cantos de viajes
con los cuales mojamos como con una lágrima
la reseca piel del tedio
Cuando llega la noche
y nuestro barco iluminado empieza a oscilar dulcemente
sobre el barrio
los viejos marineros de la quietud
viendo brillar el faro de la alegría
brindamos
con los desconocidos
mientras les pedimos que nos cuenten
la historia de sus vidas...

III

¿Quién me podría haber dicho que alguien iba a llorar
por mí
recorriendo las calles de Berlín Oriental?

Por mí que nunca he conjugado versos como partir o
como retornar
Por mí que ahora celebro
con este torpe canto
el ser tan sólo un hombre de su barrio
aunque a estas alturas de la noche
ya no recuerde quién...

un carpintero en su rincón tal vez
un zapatero o un mecánico o quizás aquel sastre
que ve pasar los años y los años
arrullado por la ronca voz de un viejo aparato de radio…

IV

¿Quién me podría haber dicho que alguien iba a llorar
    por mí
recorriendo las calles de Berlín Oriental?

Por mí que a duras penas mascullo el idioma de los
    viejos
y acaso sólo sea
este puñado de versos
esta conversación en español con los últimos pasajeros
    del café…

▪ Jorge Cadavid

Pamplona, Norte de Santander, 1962.
Libros de poesía: *La nada* (2000), *Un leve mandamiento* (2002), *Diario del entomólogo* (2003), *El vuelo inmóvil* (2003), *El derviche y otros poemas* (2006), *Tratado de cielo para jóvenes poetas* (2008), *Herbarium* (2011), *Los ojos deseados* (2011), *El Bosque desnudo. Diario oculto* (2013), *Pequeña historia de la fotografía* (2015), *Los cuadernos del inmunólogo Miroslav Holub* (2016).

▪ Variaciones sobre un tema de Ángelus Silesius

Dios espera en la parada del autobús
Me encuentro con quien me encontré ayer
La imagen que tomé ayer de Dios
se superpone a la imagen que tomo hoy
Así gana profundidad el milagro
gana densidad y perspectiva la fe
Así con Dios nos vamos conociendo

▪ El pájaro

El pájaro está dentro del pájaro
vuela para ejercitarse en el milagro
de separar el pájaro del pájaro
Entonces el canto aparece
desde un punto sin lugar
uniendo el primer pájaro con el último

▪ El secreto

Se expresa lo que se sabe
pero a veces en medio de la página
se accede a lo que no se sabe
se usurpa un lugar desconocido
aparece una presencia que se intuye
se acoge al desconocido y se le deja hablar
Alguien debe hacerse cargo de lo que no se sabe

▪ Alzheimer

Este tipo de pájaro vuela hacia atrás,
rompe el cristal
de la memoria.
Las ideas se quiebran en la mente.
El cuerpo es la metáfora
de una jaula ya sin pájaro.

▪ Insomnia

En el limbo nocturno,
conciencia de lo infinito
que no termina jamás.
No soy yo quien vigila a la noche,
es la propia noche
la que vela con los ojos abiertos.

▪ Ensayo sobre la realidad

Las hojas son las palabras de los árboles
Míralas caer como pensamientos
y romper en su corto vuelo
la percepción de la realidad
Cada árbol escribe un cántico
hoja por hoja
en un verdadero desprendimiento del yo
Viendo un árbol en otoño
alguien podría interpretar
que la desposesión está aquí
que lo impronunciable
busca sin cesar un punto de apoyo
El árbol en cada hoja
se mira pensar y, al pensarse,
se desvanece.

▪ Giorgio Morandi

La simplicidad melancólica de la botella
La humildad resplandeciente del embudo
La discreción alumbrada de la jarra

Y nada más. Nada más que la infinitud de una taza
que el extraordinario instante de una cafetera
que la mágica normalidad de un vaso

Pero sobre todo la trepidante verdad del blanco
ese espacio entre las cosas que es muda presencia
ese vacío que amenaza con volverse luz

▪ Yirama Castaño

Socorro, Santander, 1964.
Libros de poesía: *Naufragio de luna* (1990), *Jardín de sombras* (1994), *El sueño de la otra* (1997), *Memoria de aprendiz* (2011), *Malabar en el abismo. Antología* (2012).

▪ Arcanos

II

Sabía del encuentro
aun antes de producirse.

Tan cercana a la sombra
tan a la orilla de la luz.

Aérea,
sí,
pero en balanceo hacia el ocaso.

III

La huérfana baila en la solitaria habitación
y da vueltas a la cuerda que ata su destino

Al otro extremo
alguien espera
para darle de beber y apretar el nudo.

▪ Rumor del Valle

Para Karin Kuhfeldt

Cuando comencé a viajar,
no pude resistir la tentación de parar
en la estación equivocada.
Pequeño pueblo de bombilla en la escalera,
habitar cualquiera de tus casas era bailar
en una ronda eterna de gaitas y tambores.
No importaba la lengua arenosa,
ni el calor colándose en la pared de la cocina.
Bastaban eso sí los olores de la tierra,
la lentitud descalza en el centro de la plaza.
Nadie tenía nombre
y sin embargo todos se llamaban.
Las mujeres pintaban sus labios
en punto de las seis
y los hombres aplastaban fichas
en medio de los gritos y la fiesta.
Pero un día llegaron los falsos monjes
a pintar con aerosoles
agujeros negros en tu cielo.
Pequeño pueblo,
ahora que vuelvo con el camino despejado,
ahora que la brújula señala el norte sin equívoco
hay algo que no entiendo,
todos callan
y una fila de cantadoras

con velas en las manos
alumbran la marcha
que aleja a los niños
de la prometida tierra.

▪ La silla del parque

Ocupas este espacio,
    que descansa tu espalda.
Antes de ti, otros vinieron
y aunque no lo creas,
    tengo memoria.
Cuando te vayas
habré guardado de ti,
la pequeña historia que relató el instante.
Sé que no te llevas nada de mí
y yo,
    afortunada,
he contenido la esencia de tu espíritu.
Este parque es mío,
como yo le pertenezco,
y el tornillo que cayó
no me ha quitado la fuerza.
Tengo la suerte de habitar los cuerpos,
más no la virtud del movimiento.
Pero mi vejez es de roble
y, al final,
    puedo encender la hoguera.

▪ Andanzas

Ya no sobre esa mano
Ya no sobre la mano que era mía
y abandonó de pronto el universo

Amor,
el océano está aquí
al otro lado de la habitación,
en la pared que se nos viene encima
en el sudor que nos separa.

Un sueño aleja por momentos
la nave que se mueve.

Oprimidos contra el miedo.
    Emergentes,
    náufragos.

▪ Mínima para un malabarista

Opuesto a lo que algunos
puedan pensar o escribir
la poesía sirve para profanar.

Y este verbo es mucho más
que sacar la tierra de los muertos
o llegar hasta el tú después de excavar en el yo
o espiar por la rendija del paraíso.

Profanar es habitar el silencio
Para darle forma de boca roja.

▪ El círculo de Salomé

El viento silva su nombre.
Y no es de noche.
Sólo es un día que sigue al otro.
Y está de vuelta.
No es esta la calle.
No es esta la casa.
La puerta no abre con la misma llave.
Sin embargo, es el mismo paisaje que se mueve,
el otro país,
        la otra ciudad,
                los de siempre.
Y un cuerpo extraño en el lecho,
y una cabeza en medio del bautizo
y ese silencio que se lleva el río.

▪ Malohe

Carraipia, La Guajira, 1965.
Libros de poesía: *Encuentros en los senderos de Abya Yala* (2000).

▪ Talourumana

En Talourumana cuelgan, a mi llegada, un chinchorro de curricán
y me ofrecen agua de maíz amarillo para refrescar las palabras.
Allí encuentro a mi joven primo Arietush,
hablando, desde el sueño. Con los comejenes de la enramada.
Al saludarlo preparamos viaje hacia el cementerio familiar, en Epitsü.
Cuatro chivos rondan, sigilosos, nuestra conversación.
El anciano Saachon humedece a los caballos
y nos despide con dos botellas de Ishiruna.
Los niños nos gritan:
¡Van hacia las estrellas!
¡Van hacia las estrellas!
Y lanzan sus flechitas al cielo
que caen vencidas al pie de un árbol de olivo.

Desde el camino nos reímos, pues, sólo regresaremos
cuando Iwa (las Pléyades) vuelva a iluminar.

▪ Confesión

Nací en los senderos del sur de Abya Yala: la serpiente y el jaguar me recibieron del misterio suficiente… para guiarme hacia el misterio insuficiente.

He ayunado entre las hojas de la Ayahuasa y la Ayapana. Destinado para la recolección de los guijarros desde los Andes hasta las Rocosas.

He vivido del agua fresca de mi tía cerca del Cotopaxi.

Mi familia se extiende aún en los verdes del Vaupés, donde me ungüentan para el amor y, también, en los lares del Oayapok los cuales camino en medio de espantos y mujeres señoritas.

Tengo una guarida en los altos de Canaima… y siempre me esperan en las esquinas breves del Cuzco o bajo la sombra de un árbol en el Gran Chaco. Mi espíritu tiene un lugar en la Gran Casa de los Hombres de los Bororo del Amazonas.

Una mujer negra del Baudó, de lengua Cuna, me sigue amamantando.

La Coca y el Maíz continúan floreciendo.

▪ Flor de La Guajira

En Flor de La Guajira flota un aire vaporoso,
donde las libélulas se quedan pegadas en los escasos
    arbustos del lugar.

Aliietshi me conduce hacia la única sombra: la tienda de
    Rosa Iipuana.

Ella nos recibe y, al vernos la mirada,
nos lleva a un rincón, nos entrega un cebo blando…
    susurrándonos:

«Dos espíritus amarillos viajan en sus espaldas,
son wanülüü de la enfermedad…
deben botar todo lo que han comido en los últimos días
y no hablar entre sí durante la recuperación».

Así lo hicimos…
y el vacío de todos los Wayuu muertos
y el misterio de todos los Wayuu vivos
se montaron en nuestros hombros.

Vimos el rostro del abandono a nuestra semejanza
delante de una roca polvorienta…
nos sonrió y, con su bastón de mando, señaló hacia el
    cerro Epitsü:

«Allá los esperan —dijo—, sabrán que la mitad de sus vidas
pertenecen a sus difuntos.

No intenten arrebatárselos… allá los esperan
…son ustedes la primavera de sus muertos».

Escuchamos nuevos cantos de pájaros,
recogimos seis piedrecillas desconocidas
y nuestros pies retomaron el camino.

Vito Apüshana

Carraipia, La Guajira, 1965.
Libros de poesía: *Contrabandeo Sueños con Aliijuna cercanos* (1992), *En las hondonadas maternas de la piel* (2010), *Voces del antiguo corazón del monte* (inédito).

Wayuu

Yo nací en una tierra luminosa.
Yo vivo entre luces, aun en las noches.
Yo soy la luz de un sueño antepasado.
Busco en el brillo de las aguas, mi sed.
Yo soy la vida, hoy.
Yo soy la calma de mi abuelo Anapure,
que murió sonriente...

▪ Pastores

Somos pastores…
Somos los hombres que viven en el mundo de las sendas.
Nosotros, también, apacentamos…
También regresamos a un redil… y nos amamantan.
Y somos leche del sueño, carne de la fiesta… sangre del adiós.

Aquí, en nuestro entorno,
la vida nos pastorea.

▪ Antiguos recién llegados

Por el camino a Palaausain, cerca de Porshiina,
los conejos bailan una danza secreta,
con las culebras *kashiiwano'u*...
y los niños pastores ahuecan sus manos
para inventar los silbidos...: ¡*waawai*!, ¡*waawai*!...
y el monte se descubre en cien senderos:
el de la piedra y el polvo,
el del agua y la sombra,
el del sueño y la risa,
el de la trampa y el temor,
el de la mujer y la fiesta.

Por el camino a Palaausain, cerca de O'utüsumana,
los espantos beben chicha
en los ranchos abandonados...
y el silencio trae el diálogo oculto de los muertos.

Así vemos que nuestro antiguo mundo
es, aún, sonriente aprendiz de la vida.

—Somos como eternos recién llegados—.

▪ Piushi-Jolottui (Oscuridad - Luz)

Desde las orillas de Neima vengo de recibir un
cargamento de voces
que me envía Jouktai, el andariego viento del Este.

Desde las colinas de Alaina vengo de entregar, al silencio
de mis mayores,
un contrabando de sueños entrelazados y encendidos.

Ahora contemplo, entre el atardecer y mi mujer,
la roja celebración del estar vivo.

▪ Península

Vivimos entre lo poco y la abundancia,
entre el sueño anunciador y la serena vigilia…
somos la angustia sonriente aumentadora de vida…
somos un dibujo de nudos en la urdimbre del entorno,
la complacencia de ser tierra y respiración, indivisibles.

Juan Felipe Robledo

Medellín, Antioquia, 1968.
Libros de poesía: *De mañana* (2000), *La música de las horas* (2002), *Luz en lo alto: antología poética* (2007), *Dibujando un mapa en la noche* (2009), *El don de la renuncia* (2010), *Días de gratitud. Antología poética* (2017).

Nos debemos al alba

Traicionar las palabras,
canjear su peso, su color,
en el sucio mercado de los días
es acto que nos llena de muerte
y ceniza y vago afán.
Ha de ser castigado
con el hierro, la soledad,
el tedio y la miseria.
Nos debemos al alba,
plateros, a la dicha,
y al canto y al remo
y al ensueño trazado en la garganta
y a mañanas sin prisa
en las orillas de un mar que ya no es.
Porque al final todo es olvido

para quien al tráfago su sangre dona,
a la *parla chi suona*
y a conversaciones con tontos
y mercachifles,
y comete delitos en descampado
con las pequeñas,
las terribles y mansas
y arteras palabras.

▪ Un poema para no olvidar el árbol de caucho

Las hormigas que conocen bien la sombra
no tienen ningún motivo de vergüenza,
no hay sitio que no conozcan
ni dicha que no las llene en las mañanas frescas de la costa.

Los mangos que reposan en los senderos recorridos por su impudicia
son hoy ruinas de castillos, lejanos bastiones para dejar de lado y no lanzarse a conquistar.
Los cruzados jamás vendrían a esta tierra, los corceles no piafaron en ella bajo largos mediodías.
Son sus rutas poblados conciertos que cantan la espesura, tiempo callado que no dice vaguedades o intensifica los acentos que viven sobre sus cabezas.

Dioses que atravesaron el océano viven en esta tierra desde hace varios siglos
y los que habitan bajo el árbol no se han enterado
o si lo supieron un día no les importó.

No hay bajo el árbol de caucho plegarias, no hay consuelo,
todo es vida de esplendor para el olvido.

Y las hojas se mueven, el tiempo es eterno en los bordes,
los perros se persiguen desde siempre entre la arena,
festejan los loros y las guacamayas en el cielo delgado
que abraza al árbol,
el día pasa con fuegos lejanos y la piedra canta para sí.

▪ Donde se usa la palabra alma

Alma era la palabra que se usaba,
y no creo que haya una mejor para hablar de esa fuerza
discreta,
columna dorada que creíamos perder de vista al término
de un domingo gris,
y que era hojas volando sobre nuestras cabezas,
un poso de vino no muy turbio,
un verso que regresaba para irse segundos después,
y era la alegría que no se agota sino que puede volver,
cuando no la esperamos.

Eran las pruebas de un tiempo deslucido las que
soportaba el alma,
el dique parecía ceder, y nunca se desmoronaba, jamás lo
hizo.
No había ardillas que corrieran de un árbol a otro,
las tablas del puente, desgastadas, estaban manchadas y
mohosas.
El tono era desesperado, el amor de las muchachas
imposible,
los poemas apenas un montón de palabras yéndose de
las manos,
y el alma continuaba sosteniéndonos, no lo sabíamos.

Las palmeras deshilachadas del frío acogían a gatos
callejeros que corrían desesperados,
huyendo de los perros iracundos,
los días nos dejaban con un sabor terroso en la boca,
todo parecía un poco triste, muy lejano,
pero ese cosquilleo que siempre nos advirtió de otra noche,
otra mañana,
no nos abandonó.

Los corazones se lanzaron a campañas desgraciadas,
condenadas al fracaso,
el tiempo era denso, asfixiante.
Había un rostro hermoso en la cabecera de la cama,
muchacha de oro y sonrisa grata que no se decidió —a pesar
de nuestra desesperación— a besarnos en el sueño,
la cerveza espumaba, volvíamos a subir la cuesta del olvido
cada viernes,
y mañanábamos angustia.
El alma, terca y distraída, no se fue de viaje.

Vimos botellas flotando en el agua sucia que recorría los
baños de innumerables barrios,
ilusiones devastadas, dureza en las pupilas,
no podía ser más confusa la vida, más incompleta, más
torcida,
pero el alma, rumorosa, nos siguió con amor, como un
perrito, como un ladrón novato,
nos ayudó a cruzar la noche, la del viento que quema los
dedos, las mejillas,

y dejó que el trigo cayendo en el silo hiciera música para
nuestro sorprendido corazón,
amiga atenta, enramada del anhelo, soñado reposo que
llegó después de las horas,
y nos enseñó a besar cuando la luz se había ido y sólo
quedamos ella y yo, en silencio.

▪ Días de gratitud

debo dejarme guiar por lo que se me dio
como se dejan guiar por ello las corrientes
el intrincado vuelo de las aves
el tantear de las venas el saber de las plantas
los días de gratitud
un aliento tras otro
W. S. Merwin

En mi juventud las mujeres siempre quisieron a otro,
se escapaban de mí, ni siquiera se burlaban, estaban tan
lejos que no existían,
me hicieron sentir el amargo acíbar, la confusa realidad
del que atraviesa la calle y se queda, acezante, con
un palmo de narices y la sensación de haber llegado
a un sitio errado.
Los rostros se confunden, me dejan sorprendido sus
carantoñas y sus gélidas maneras.
Después de haber pasado la cumbre de los treinta años,
cuando todo parecía imposible, llegaste.
No quiero ser dramático, te debo tanto.

Cuán largo es el tiempo y doblado sobre el cuello en sus
afanes,
cómo es de lenta la corriente y su dejarse ir bajo el
puente,
cuando mira con ojos torpes los musgosos ladrillos que
se arquean con desgano,

al proteger con cariño el lomo del lento río que vuelve a
atravesar el llano en esta mañana de recuerdos.
Las estrellas brillan hoy con cariño, como si siempre
hubieran esperado para desearme una buena noche,
no hay resquemor.

Atrás se oye un partido de tenis que alguien, sin vacilar,
disputa sobre la húmeda hierba,
y no importa que no conozcamos las reglas ni el
resultado, es un regalo saber que alguien juega y
apenas nos damos cuenta, mientras el rocío cubre la
rosaleda.
Es intimidad, es amor lo que trajiste a mi vida, una
forma de alegría que no imaginé posible,
y la tarde tiene un brillo que no conocía, dice «hola»
sin balbucear,
y es alegre estar aquí bajo el sol, bajo las nubes de junio,
sabiendo que todo vuelve a empezar, como si hoy
fuera fiesta de guardar.

Hugo Jamioy

Valle de Sibundoy, Putumayo, 1971.
Libros de poesía: *Mi Fuego y mi humo, mi tierra y mi sol* (1999), *No somos gente* (2001), *Bínÿbe oboyejuavëng/ Danzantes del viento* (2005).

Espíritus

Los ojos nunca se cansan de mirar
y cuando se vuelven tierra
o cuando los volvemos cenizas
siguen mirando
desde el alto cielo azul.

Otros divagan vigilantes
por los caminos de nuestro territorio
alumbrando como minacuros.

▪ Solo a ese lugar debes ir

Presta bien atención, dice mi Taita:
Debes llegar a la tierra
donde te esperan.
Si alguna vez pisas lugares
sin que nadie te haya invitado,
habrás violado la inocencia de esa tierra
porque es sagrada,
y te habrás sumergido
para envenenar el agua
que sólo a los que allí viven, baña.

Te habrás inmiscuido
en lo que no te concierne.

▪ En qué lengua

Hoy, que me encuentro en su oficina
abogando por la vida de mi pueblo,
le pregunto, señor presidente:
¿En qué lengua
están escritos sus sueños?

Parece que están escritos
en inglés, ni siquiera en español.

Los míos están escritos
en camëntsá.
Así
jamás nos entenderemos.

▪ En la tierra

No es que esté obligando
a mi hijo
a trabajos forzados
en la tierra;

solamente
le estoy enseñando
a consentir a su madre
desde pequeño.

▪ Fui sueño en los caminos de ayer

Aún quedan los caminos de ayer
sin los pasos antiguos.

Busco los signos
en las huellas dibujadas por los pies de aquellos
que caminaron llevándome en su sueño.

Busco allá
donde me dicen que los vieron,
solo veo la soledad de la soledad
escondida tras los arbustos del misterio
acompañantes de las voces que susurran
al paso de mis oídos sin idioma.

Ellos dicen
que cuando pasan por aquella oscuridad
escuchan las voces que pintan y repiten
los nombres de nuestra generación
en el canto inventado desde el sueño
de los pasos antiguos.

¿Cómo saber qué sueño somos
si las palabras antiguas
se han ido con sus voces?

Felipe García Quintero

Bolívar, Cauca, 1973.
Libros de poesía: *Vida de nadie* (1999), *Piedra vacía* (2001), *La herida del comienzo* (2005), *Mirar el aire* (2009), *Siega* (2011), *Terral* (2013), *Algún latido* (2016). Antologías: *Cada de huesos* (2004), *Horizonte de perros* (2005), *Honduras de paso* (2007), *El pastor nocturno* (2014), *Cavado (hasta el silencio)* (2016).

Liturgia

Sobre el piso llano brilla el polvo de nuevo. Minúsculo y pródigo su exceso.

Paso mi mano y lo palpo sin verlo. Detengo mis ojos en sus filamentos.

Lo siento latir, lo sacudo y estremezco. El polvo sin fin vuela:

Miro irse lo que soy por el aire, lo que soy al caer al suelo, la criatura a quien doy mi visión y mi aliento.

▪ Res

I

La vaca muerde la hierba
y su aliento estremece la luz del polvo lunar.

Temblorosa es la música entre sus patas,
hondo el respirar del viento.

La cola que aparta las moscas
flota, rema.

II

La vaca llama a ser vista por sus grandes ojos abiertos.

La lentitud, y no la hierba, es lo que cavila en la paciente
    sombra.

Tiento la tierra que la junta al cielo.

Montaña de sólo aire el pensamiento donde el silencio
    se despeña.

III

Arriba en la montaña,
inmóvil, una vaca sola pasta.

A su sombra mis ojos buscan refugio.

La vaca mística de la infancia
sobre el llano alto, casi en las nubes.

Un poco de ese fulgor toca mis manos,
sólo entonces, en cada piedra, el horizonte nuevo.

▪ Verba

I

Las moscas llegan a la carne aún viva, latente de sueño.

Rondan. La ciñen con su vuelo.

Ese pequeño ruido despierta la piel con grandes
anuncios.

Y brusco, el tacto va tras ello. No sabe lo que persigue.

Las moscas cercan los ojos; la vista queda nublada en la
voz ausente del aire.

II

El posarse del insecto sobre la carne aún viva, latente de
sueño.

Sobre la piel deseante del manotazo tordo, sin luz, que
abre una zanja en el aire, mientras la fugaz sombra
desaparece.

Lento suceder de la nada.

Risas de mono, gestos sin nombre de la música humana.

III

Por ella la atención de quien intenta vivir se apoca.

Por ella el pensamiento se hace sombra; noche todo
vuelo, por ella.

IV

En la hoja escrita se posa la mosca.

Son múltiples miradas este encuentro del suelo
constelado.

No hay extensión imposible para el hondo palpar
absorto.
Quizá todo lo cubre —zumbido ciego en el oído—.

Ni el libro cuando se cierre lo podrá saber.
Letra, entonces, sangre.

▪ La cabra

Como Umberto Saba, he hablado a una cabra.

Y como hoy yo mismo, estaba sola en el prado, atado, como ella también de noche, a un viejo lazo, ahíto de hierba. Bañado por la lluvia, igual, balaba.

Ese su balido, como ahora el poema, era fraterno a mi dolor. Será porque yo hablé primero que la cabra entonces se acalló. Y porque el dolor es eterno, dice el poeta, tiene una sola voz y nunca cambia.

Mi voz escuché en el gemir de la cabra solitaria.

▪ El sastre de la casa

Si no es posible ver el agujero sonoro,
sólo sentir el adiós,
su ir y venir de lo incierto a lo cierto.

Cada remiendo en sí mismo es descoser los días,
el pie quebrado de la voz.

Hallada la visión,
gota a gota, hilar el aire.

▪ La hoguera del violín

¿Qué dice a la noche el sueño mudo?

Sus colores, vibrantes, en mi sien
aún como este dolor futuro.

La algarabía de la luz cerrada a los labios,
y las cosas, en fervor, de ser latiendo.

▪ X

El viento lleva tus ojos a una tierra extraña, adentro, tal vez de ti mismo, lejos.

Visiones en las cuales el cuerpo no ha de volver a la armonía de la luz en la sombra.

Como el sueño de tu presencia en el mundo, la muerte escribe en el agua un nombre para el polvo:

flor azul la noche por el día; piedra el silencio que fluye.

Porque el corazón olvida la sangre que lo riega, y el amor es el temblor de la carne, donde sólo queda el hombre con su voz a solas, para hablar de la realidad en una lengua de huesos desatados.

Espejo que no repite la luz que entregas si en la mirada borra los gestos de la alegría que te hace niño.

¿Y si la escritura fuera un adentro, agua para detener el polvo, tierra bajo el aire?, cuando el cuerpo es andar el mundo desnudo, ¿camino o tan sólo juego, risa?

Federico Díaz-Granados

Bogotá, Cundinamarca, 1974.
Ha publicado los libros de poesía: *Las voces del fuego* (1995), *La casa del viento* (2000), *Hospedaje de paso* (2003), *Las prisas del instante* (2015), *Antologías de su poesía:* Álbum *de los adioses* (2006), *La* última *noche del mundo* (2007), *Las horas olvidadas* (2010).

Hospedaje de paso

Nunca he conocido a los inquilinos de mi vida.
No he sabido cuándo salen, cuándo entran,
en qué estación desconocida descansan sus miserias.
Las mujeres han salido de este cuerpo a los portazos
quejándose de mi tristeza,
en algunas temporadas se han quejado de humedad
de mucho frío, de algún extraño moho en la alacena.

Se marchan siempre sin pagar los inquilinos de mi vida
y el patio queda nuevamente solo
en este hotel de paso donde siempre es de noche.

▪ La casa del viento

Busco mis muertos diluidos en el tiempo
solitarios que deambulan por mi casa vistiendo un viejo
musgo.

Busco mis muertos que desterrados olvidan las palabras
a esta hora en que desciende la nostalgia
para viajar por la memoria.

¿Cuáles son mis muertos que habitan la casa del viento,
esos mismos que juegan en las fotos con algunos
personajes,
que hoy conversan con las raíces de los árboles
e indagan por la tierra?

Como se parecen tus huesos a los sueños en esa casa del
viento.
En esa casa que cada día se parece más a esta otra
demolición
que es mi vida.

▪ A alguien debes amar

A Juan Felipe Robledo y Catalina González Restrepo

A alguien debes amar:
al montón de ruinas que te rodean
a las sirenas que anuncian la guerra
a las parentelas que te narran historias del rencor
y luego te cobran la expulsión del paraíso.

Ama a las mujeres, a todas,
a la desconocida
a la del rostro perfecto
a la contrahecha y jorobada
a las que se alejan con sus maletas intactas
a las siempre ajenas.

Seguro el amor un día tendrá su exacta receta
y sabremos por qué la bruma se quedó a la intemperie
de los besos perdidos y los abrazos nunca dados
y por qué la risa parece algunas veces un saco prestado
que nos queda grande y nunca nos encaja
que huele a pieles extranjeras en sus bolsillos.

Se debe amar con sus múltiples heridas
y su inventario de hemorragias y lentas convalecencias
no se debe temer a sus papeles quemados
ni a sus amuletos y talismanes de cada cita
ni a los sollozos que dejaron vacía la alcoba el último
día.

A alguien debes amar cada instante de la vida
y regresa amarrado a un pedazo de estrella.
No demores la llegada del alba a estas tierras.

Es un duro oficio y raro asunto este del amor
pero toma hoy muchos apuntes para el gozo
que la mañana que hoy ves frente a tus ojos
hace siglos está detenida en la misma cuenca
esperando
con el mismo afán de las palabras
a la hora de llegar al cuerpo.

▪ Pasatiempo

Para matar el tiempo
recuerdo algunos fulgores de la infancia,
lleno crucigramas
para que tu nombre encaje donde debe decir olvido
y leo los horarios de los trenes para saber cada día más
    sobre despedidas.
Para matar el tiempo me detengo
en los balcones y leo avisos clasificados
miro los segundos pisos de las casas
cuento gordos y calvos en los centros comerciales
y organizo: los estantes de la casa,
los archivos de la escuela, las compras de ocasión.

Para matar el tiempo guardo los fantasmas y tristezas
las nostalgias y los nombres que permanecen
para que cada uno encuentre
—como en los juegos de azar—
su par, su carta repetida.

▪ Para mirar el mundo

A Luis García Montero

Hay una manera de contemplar el mundo sin rencor
sin maletas ni mudanzas
más allá de las postales
y sus manteles a cuadros
más allá de sus casas vacías y sus taxis amarillos.
Hay una forma de verlo diferente a sus alambres
con ropas extendidas al sol en grandes terrazas.

Pero nada sé del mundo.
Aparte de las despedidas en los aeropuertos
y de su parecido con mi cuarto y mi mesa de noche
repletos de lapiceros vacíos, tarjetas en desuso
y remedios de ocasión.

Resulta melancólico el mundo
sin sus cines y sin sus taxis amarillos
sus estadios vacíos después de la jornada
y sus manteles a cuadros y las canciones que lo definen
en cada estación que trae su luz y su rumor
para que las lágrimas
lo dejen ver más nítido a contraluz
por el retrovisor de tantas cosas perdidas y olvidadas.

En mi calle

En esta calle
estará toda la nostalgia humana
en esos rostros
en esas limosnas
en ese alfabeto extraviado.

Es aquí donde trazan mapas al azar
mientras camino con el aire de quien hereda la ropa de los muertos
con los azules recuerdos de aquel mundo
que ya no vive en las repisas ni en los armarios
a esta hora en que las ruinas son andamios de rencores
y en que el mundo se ve desteñido
a través de una persiana a medio cerrar.

Es esta mi calle, la misma que veo alejarse por el retrovisor del auto
cada vez que me despido
y que se empaña
cuando tus ojos cambian de música.

Si pudiera escoger la calle de mi muerte
escogería esta calle que me regaló la mujer
que inventaba las palabras
y el color de ese fugaz instante.

Lauren Mendinueta

Barranquilla, Atlántico, 1977.
Libros de poesía: *Primeros poemas* (1997), *Carta desde la aldea* (1998), *Inventario de ciudad* (1999), *Donde se escoge el pasado (Antología)* (2003), *Autobiografía ampliada* (2006), *La vocación suspendida* (2008), *Del tiempo, un paso* (2011), *Una visita al Museo de Historia Natural* (2015), *Poesía en sí misma. Antología* (2007).

Euclidiana

Desde la azotea observo
la diaria geometría de los pájaros
que vuelan sin sombra de duda
por el laberinto del cielo.
El tiempo
que como ellos migra
dispone la distancia imprescindible
entre nosotros y el orden de las cosas.
El hoy en mí quiere darle las gracias
¿por qué cosa debo empezar?

▪ Antigua morada

La infancia viene de muy lejos,
de un lugar muy antiguo,
de una casa abandonada en el mundo.
Lo cumplido en aquellos años no demora.
Demasiado vieja el alma,
milenaria en su forma,
termina por imponer
su voluntad de retiro.
El resto de la vida nos queda
para fijar su extrañeza,
la severa distancia impuesta
por su opacidad inalcanzable.

▪ El anhelo del calígrafo

En la niebla de su vocación
el calígrafo se resiste al impulso
de su propia gracia:
crear el nuevo dibujo anguloso
ascendente y descendente de la letra.
Una forma sólo suya y de su mano.
Prefiere esperar el error
en los signos que imita
porque, aunque lo anhela,
su trazo nunca superará la luz de un atardecer
sobre la página en blanco.

▪ Luz y raíz

Luz encendida la de esta hora
en la que el día suelta una cuerda y
cae la oreja sangrienta del ocaso.
Detrás de las piedras amontonadas
en algún lugar de la playa, cerca,
un rostro desierto de belleza
cuenta aquello visible sobre el agua.
Hombres que regresan al puerto
solos, cansados y sin infancia,
acompañarán el grito de las gaviotas,
como han ignorado vida tras vida
la luz de bronce, pesada y ciega,
de cada tarde. ¿Adónde escapar?
Cielo del que no tenemos memoria,
luz encendida la de esta hora,
rostro desierto de su belleza,
aliento perdido, raíz del mundo,
Puerto Colombia que te niegas el consuelo,
encendida lámpara de la miseria.

▪ Del amor en la memoria

Si el tiempo es la capital de la memoria,
lo que sucederá sólo puede seducir al presente.
No es fácil entender lo que para el corazón es verdad:
la distancia imaginaria entre un día y otro
y la realidad de estar solos en un momento definitivo.
Ciertas tardes quebrantadas con tu exilio
me han llevado a la certeza
de que lo vivido está más lejos de la vida
que cualquier mes de octubre.

▪ El regreso

Mi madre a los treinta
era una joven de ojos grandes,
agobiados,
cargados de urgencias que yo no comprendía.
Entonces nada me asustaba tanto
como la posible tiniebla de su abandono.
Por eso iba tras ella a todos lados
como un bicho perseguía su luz.
El pueblo,
su campanario y las solteronas arcaicas,
danzarinas de las hogueras de San Juan,
nos parecían tan tristes
que ansiábamos irnos a otra parte.
Claro que todo estaba dispuesto
para obligarnos a permanecer allí.
Por eso mamá
leía para mí historias de otros mundos,
de ciudades lejanas pobladas de héroes y villanos
o de animales que hablaban en nombre de la virtud y el vicio.
Pero cuando llegaba la hora de la cena
ella volvía resignada a la cocina para preparar la mesa,
dejándome casi siempre con el libro en las manos.
Cómo podía saber ella,
pobrecita mamá,
que regresar de aquellos mundos
a mí me llevaría una vida.

Catalina González Restrepo

Medellín, Antioquia, 1976.
Libros de poesía publicados: *Afán de fuga* (2002), *Seis cancioncillas (de agua salada) y otros poemas* (2005), *La última batalla* (2010), *Una palabra brilla en mitad de la noche* (2012).

Una palabra brilla en mitad de la noche

Después de tanta oscuridad en el mundo
e imponentes rutinas diarias,
algo nos llama.

Más allá del laberinto escalonado,
del recorrido incesante,
nos espera la palabra.

▪ Pirómanos

Personajes que se van quemando con los días,
goteras que caen a la fogata,
está nevando con chispas de fuego.

No me pidas sed
no hagas camino con las llamas
no juegues con las cenizas de la que soy
no codicies mis huesos
no me dejes el fantasma de la espera
lejana no me ames.

Bébete el granizo de la que seré
derrumba las fortalezas de la muerte
hazme tragar el sol del miedo
ahógate con el agua evaporada de mis dedos
que estoy bailando en el erebo
y tengo los ojos rojos.

▪ Jardín

Entre cortinas espesas y camas altas
habitamos el palacio del encierro.

No abandonaré este recinto,
nunca saldré desnuda a los campos
ni te besaré frente a los comensales.

Sólo en la soledad de nuestros cuerpos
te amaré,
con gotas en los labios.

Exprímeme
déjame el vaso vacío a mí
bebe de mi sed

¿y si la muerte llega de pronto
e ilumina un cuarto oscuro?

▪ Despedida

Le aposté todo a tu nombre
y ahora sólo guardo veneno en los ojos,
igual al pescado que se pudre en la nevera.

Nuestros índices se fracturan,
dejamos esta historia
como ropa sucia debajo de la cama.

Nos perdemos allí
donde confundimos el amor
y todo huele al mismo perfume.

Pero no quiero saber más de las heridas,
es mejor que los cuerpos ardan
y alguien lave las sábanas.

▪ Viaje

Hemos sometido nuestros cuerpos
a los rigores del instante
y este mundo se ha agotado
para nosotros.

El frío nos ha llevado al hastío,
el verano amenaza con devorarnos.

Sería mejor cambiar todo el equipaje
pero la memoria es caprichosa,
en las aduanas hemos perdido
algo irremediable.

▪ Domingo

Desayunamos con cerveza y galletas,
bailamos solos en la habitación
y muerdes mis cabellos
en cada vuelta.

Hiciste de tu cuerpo una estatua
en fines de semana solitarios,
mientras yo deshacía el mío
con malos acompañantes
y resacas interminables.

Pero es mejor no hablar
de ciertas cosas,
sólo cerrar los ojos
y dejarnos llevar por la música.

▪ Alejandro Cortés González

Bogotá, Cundinamarca, 1977.
Libros de poesía: *Pero la sangre sigue fría* (2012), *Sustancias que nos sobreviven* (2015).

▪ Para sobrevivir la casa

La casa está cerca de un lago que ya secaron
y de un paradero al que los buses dejaron de venir
Cerca está la vía férrea
por la que nunca vimos pasar el tren

Nacimos en hospitales que ya no existen
Nos perdieron las calles cuando cambiaron de nombre
Desconocimos el colegio cuando cambió de dueños

Cuesta ubicar con precisión la casa de los primeros
amigos
Recordar la anterior fachada de la iglesia
o cómo era el columpio que colgaba del árbol
antes de que la tentación de los edificios
lapidara la infancia del barrio

Un amigo que ya no visito
decía que la casa de un hombre
debe estar cerca de todo lo que le habita
A nuestra casa
la que tiene en la ventana el cartel de una inmobiliaria
la rondan las demoliciones
la sobrevive este poema
y la habita
todo lo que perdimos.

▪ El primer oficio del día

Poesía es un desempleado que lleva a un niño al colegio.
La mano que protege y la mano que redime,
se unen y se transmiten silencios.
El niño no habla de los libros que le faltan.
El adulto no habla del empleo que no ha conseguido.
La poesía es omisión.
La calle, un río crecido.
Antes de cruzarla se aprietan las manos con más fuerza,
para que nunca se vayan a soltar.
Poesía es un desempleado que lleva a un niño al colegio.
Es la fábrica ausente,
es el libro no leído.

Poesía es caminar de la mano con la promesa de nadie.

▪ Los aguaceros

Todos tenemos unos zapatos que llaman los aguaceros:
los más blancos
los que más grabados de calle traigan en la suela

Acuérdate de mis zapatos de lona blanca
Te parabas en ellos y éramos la misma sombra
Aunque la suela fue desprendiéndose de la costura
tu pie nunca tocó el suelo

Acuérdate de ellos tirados bajo la cama
en un crujir de tablas
Su boca tragaba los ácaros de la noche
y recibía mi pie desnudo
para ir a desayunar

Acuérdate de cuánto te espantaban la vejez y suciedad
que afligían a sus telas
Es una epidemia —pensarías—
que se extiende por mi pie y por el tuyo
y nos contagia todo
La suciedad no enloda si el recuerdo es limpio
la vejez no corroe si el recuerdo es joven
lo que mata no es la muerte
lo que mata es el olvido
Entonces acuérdate de que lavar esos zapatos
invitaba a la lluvia y al agua de charco
a entrar por donde la suela se alejó de la costura

Acuérdate de los saltos para huir de la tormenta
y escampar en los cobertizos
Tus pies empinados encima de mis zapatos
para que bajo el paraguas existiera el beso
Acuérdate
hoy que llueve
y es de noche
y no estás conmigo
Seremos distancia
nos haremos viejos
pero nuestra edad siempre será la que teníamos en el
último recuerdo

Rescaté mis zapatos cuando los exiliaste al armario
Corrieron con los tuyos y nadie estuvo solo
se pararon bajo los tuyos y ambos estuvimos a salvo
porque las aguas no pudren si el recuerdo es limpio
las noches no tiznan si el recuerdo es diáfano
tú ya sabes qué es lo que mata
acuérdate
hoy que llueve
y es de noche
y estás lejos
y no me nombras
como mis zapatos
nombran los aguaceros.

▪ Ofrenda del abismo

Para un nacer de alas
el acero deber cortar la carne y arrojar el cuerpo

No es el cielo quien otorga el vuelo
es la caída.

▪ *Home sweet home*

Los sábados durante mi último año de colegio, recorría discotiendas en busca de música de Mötley Crüe. En un almacén del barrio Galerías encontré en acetato *Dr. Feelgood*, su álbum más reciente. Anduve las calles del centro, desde la diecinueve hasta la veinticuatro, y conseguí *Girls, girls, girls* también en acetato, *Too fast for love* y *Shout at the devil* en CD, y por encargo, después de dos meses de trámites de importación, *Theater of pain* en casete. Tan pronto lo tuve en mis manos lo metí al walkman. La quinta canción del lado A era mi favorita: *Home sweet home*. Me notó tan feliz el vendedor, que me regaló dos afiches de la banda. Mi papá los vio pegados en la pared de mi cuarto. Vio los acetatos. Los cedés. No entendió lo del maquillaje *glam*. No le gustó eso de gastarse la plata de las onces en música, como si la ausencia de música no dejara más vacíos que el hambre. Lo rompió todo, hasta la tarjeta del almacén de Galerías. Pasé el resto de sábados del bachillerato lavando las paredes de SU apartamento, escuchando en mi walkman el único casete sobreviviente y aprendiendo que *Home sweet home*, es una canción de despedida.

▪ Jurar en vano

Mi padre miraba como si quisiera cortar algo con los ojos. Yo lo veía afeitarse: la espuma blanca como rabia de perro cediendo al paso de la cuchilla. Una vez se cortó escuchando un chiste en la radio; esa risa ensangrentada, y luego la toalla manchada sobre el lavamanos. Los ojos ocultaban sus intenciones en las grietas del espejo. El barco de Rimbaud sumergido en su blanco cuerpo ocular. Juró nunca heredarme algo: nada de bienes, nada de caricias de borracho, ni siquiera la alopecia, ninguna dipsomanía extraña. Sin embargo, ahora veo su cara cuando me afeito. Está apaciguado, distante, con la risa de sátiro escondida entre las rendijas de un espejo roto.

▪ Camila Charry Noriega

Bogotá, Cundinamarca, 1978.
Libros de poesía: *Detrás de la bruma* (2012), *El día de hoy* (2013), *Otros ojos* (2014), *El sol y la carne* (2016), *Arde Babel, antología* (2017).

Somos los desterrados
los que se miran
desde la desdicha que habita
todos los finales.
Somos los que rasguñan la entraña de esa fiera
que llaman Dios
para que sangre y llore
porque no podemos retener el tiempo y su vértigo
en mitad del cuerpo.

▪ Lo desaparecido

Ahora que ha bajado la marea
nombramos estos huesos
pulidos por la lengua de la sal.
Son vértebras que el oleaje no sorteó
y brillan sobre la arena calcinada.

Lejos, en el litoral,
la carne flota
resplandece también,
pero su claridad es la de una flor crepuscular
que aprecia del fondo
la certeza de lo desaparecido.

▪ Lección de vida

Un par de moscas
se frotan y copulan contra la luz.

Observamos
fascinados
el deseo en todo lo que existe.

Ayer apenas nacían.

En este instante luminoso
cuando arden
y sus alas se deshacen contra el cristal de la ventana,
sospechamos la vida.

▪ Chengue

En la radio anuncian que se han tomado el pueblo.
Que hubo explosiones
restos de carne que se estrellaron contra otros cuerpos.
Que todo fue muy rápido.
Que las gallinas dejaron en el aire
sus plumas como un ala de neblina
que no permitió ver con claridad
después de arder bajo el estallido
cuántos muertos fueron.
Que fue un horror no haberlos visto bien.
Que deberán regresar en la madrugada para contar los cuerpos
adivinar las formas entre los fragmentos
en pleno domingo,
sin día de descanso,
sin recibir un pago adicional.

Dijeron, en la radio, que la vida nunca es justa.

Canto de la tarde

Si pudieran las palabras
—como las piedras—
sepultar los cuerpos que se amaron.

Si pudieran erigir templos al olvido,
reales templos
por los que ya no cruzaran
el cuerpo y su temblor.

Si pudieran asegurarnos
que lo sencillo fue el milagro
con toda su tragedia,
aquello pequeño que pasó
bello
profundo
como el giro estremecido
de una hoja
que se inclina hacia la tarde
roja de vida
y obediente.

▪ Río abajo

Río abajo
y el río es palabra necia,
entre él las casas, las piedras
los cadáveres
han afilado sus vertientes.
El río pesa entre las manos,
arrastra el polvo de las mitologías
y el gesto del bautizado que se ahoga
en las catedrales.
En sus aguas nace
lo que del mundo es certeza:
todo fluye a pesar de la tragedia
todo arde
es ese el corazón del tiempo,
ese el único aliento
que en la palabra se puede confirmar.

▪ Olvido

Estarás lejos
cuando en las tardes el aguacero de siempre
esconda golondrinas y gusanos.
Sabrás al fin que olvidar es sólo
esquivar entre las calles
fantasmas
que la luz de los faroles imagina.

▪ CENTRO DE LA CASA

Finalmente descubrimos que corremos en pos de sombras tan efímeras como inconsistentes y no podemos encontrar nada que sepa satisfacer a la nostalgia...
ARTHUR SCHOPENHAUER

La casa queda en la frontera.
El salitre sustituye la materia
que los ojos en otro tiempo
llamaron luz.

Sobre la piedra hundida
el salitre, por el peso de la hierba
se coagula.

Hemos olvidado todo.

Quisimos echar el río atrás,
devolverle a los huesos su peso,
recobrar el aire que los suspendió un momento
y los batió ahogados entre la carne.

Pero la casa en la frontera
fue devorada por la hierba
y las fieras la habitaron.
Las vimos acomodarse,
abrir sus fauces,
tajar lo que quedaba.

Nos sucedieron y olvidamos.

La médula rebanada
bien adentro,
siempre fue el centro de la casa.

Saúl Gómez Mantilla

Cúcuta, Norte de Santander, 1978.
Libros de poesía: *Ideas de viaje* (2003), *Lección de olvido* (2007), *Rostro que no se encuentra* (2009), *El amor y la palabra* (2012).

Días de mayo

A Ana Rossetti

Yo también te creí muerto corazón mío
te creí olvidado
                    extinto
no te esperaba tan cerca
que llegaras en un rostro que lee atentamente
la programación de un concierto.

Te esperaba entre maderos
                    bañado de rocas
y no frágil
cambiando de color al paso de las horas.

Te imaginaba colgado entre nubes
mirando ciudades sin ingresar en ellas
no como canto que despierta
como recuerdo que llega
                    para robarse la alegría.

▪ Rostro que no se encuentra

A Alejandra Pizarnik

Alejandra camina por la ciudad
agujereado su cuerpo
roto de mentiras.

Alejandra entre ceniza,
sus ojos se coagulan
en la banca de un parque,
alejada de todo
recuerda el tranvía
donde su infancia quedó suspendida.

Alejandra muerta para sí misma
sonríe ante el hastío,
como un dolor nuevo
escupe su abandono

benéfico para nadie.

Los malos poetas

A Renson Said

Los malos poetas
llegan de madrugada a casa
agotados, sin dinero,
y sin haber bebido una gota
de licor en toda la noche.

Los malos poetas
disfrutan de una pésima
película a escondidas,
sonríen a final de mes
a la hora de cobrar
el sueldo como profesor.

Los malos poetas
se la pasan en seminarios,
talleres, encuentros,
a la espera de un mecenas.

Cuando envejecen llaman
la atención a los jóvenes
por el mal uso de la puntuación
y la escabrosa ortografía.

▪ Escritura

Tender las palabras
y una a una
quitarles toda enfermedad
limpiarlas
eliminar toda costumbre

Que el tiempo las sangre
para no encontrar
días después
palabras que no dicen
que preguntan por nadie
y a nadie descubren.

IV

Una mujer espera mientras desnuda una mandarina,
al sabor de cada mordida rememora su infancia.
Recuerdos que llegan sin orden alguno, en desbandada,
uno tras otro, suscitados por un aroma.
Niños que corren por el campo, sin afanes ni
automóviles, movidos por el viento, detrás de un cometa
o en busca de una rana. Para ellos el tiempo era el juego
de una tarde, la llamada para la cena.
El olor de la fruta trae consigo pasajes olvidados de una
vida que se esfuma. En esa banca, en la desolada tarde
de un asilo, ella se estremece al recordarse feliz; en qué
momento, cómo, la vida se convirtió en ese monótono
paso de los soles.
Niños cuya felicidad era correr libres, sin más límites
que su propio cansancio y el llamado de sus padres,
espantosa voz que marcaba la rutina. Esa voz que era
como un trueno, como el que ahora llama para anunciar
la noche.

Giovanni Gómez

Bogotá, Cundinamarca, 1979.
Libros de poesía: *Casa de humo* (2006), *Lo invisible* (2014), *Palabras que saben morder en los sueños* (2016).

De un bosque que juramos quemado

Es inútil saber cuánto esperamos por un amor
cuando la casa se nos viene encima
y los vestidos siguen desnudos
con la risa de una naturaleza que nos tomamos a sorbos
Es este el bosque de la memoria que juramos quemado
donde el deseo de encontrar
vuelve a lo que alguna vez robaste
en esos sueños
en esos poemas insuficientes
que no nos sucederán ahora
que no serán nunca

▪ Mas devolver la luz es entregar de sombra una triste mitad

Si el sueño está ligado al peso de la sangre
cada sueño se embriaga del lado donde reposa
del origen donde fluye más lento el aire
Si me duermo de un lado orillas del mar vienen hasta los ojos
y se calla el viento húmedo
y están livianas las piedras que vuelven insignificantes
tus pertenencias en el mundo
La visión puede ser el mareo
una corriente en la que llevando tu vida
se deshacen estas ansias jóvenes de dormir en cualquier lado
porque la sensatez es un barco
que no atraca en ninguna parte

▪ Invocación al mar

El sol que quema
es un presentimiento
de la vida que desequilibra
y no pueden las estrellas
ni el salitre en estos vientos traer
el canto de los marineros
las horas de la primera noche
el silencio de altamar

Lugares donde soy nadie
donde mi alma es la única huida
entre las vertientes que sigue
sin saber de esperanza o de vergüenza
He aprendido el azul insondable
donde la memoria de los libros no sabe
y algo en mí pregunta por las playas nórdicas
las costas de China el encanto de Estambul
por los caminos que siguen los salmones
y los brujos en Costa de Marfil
Sé que despierto cuando la sangre devuelve un hálito de
viento
al despliegue de las velas en el amanecer
ya he soñado emborracharme
hasta sentir el resplandor de las montañas de sal
pero los sueños son palabras que se desvanecen en la
boca

y libros que rodean un cielo figurado
y una maleta vacía
y dos pies descalzos
buscando correr

▪ Nuestras vidas

De repente con la mirada
buscamos una manera de contar
qué hicimos con nuestras vidas
Sin promesas que nos dijeran a dónde vamos
nadie sabe cómo su ausencia también nos perdía
Recuerdas una luz polvorienta
que dormía en el suelo
olvidas las piedras que tira el tiempo
cuando los instantes van fuera de su orilla
Algo se queda sin decir
cuando hablamos de nosotros

▪ Arenas tal vez

Sumergidos nuestros pies
queriendo que un cuerpo pegado al otro
fuera mejor que una rémora en la piel de un tiburón
pensaba para mí si luego de las olas
pudiéramos llegar caminando hasta la otra orilla
Mis pisadas sólo trastabillaban ante constelaciones
de erizos como soles negros
entre algas que regresaban a mi piel como cabellos
verdes
desprendidos de la misma serpiente
Un cuerpo torpe entre el mar un alma más torpe ante la
vida
allí donde la luz del sol reflejaba el azul oscuro de la
marejada
¿Dónde soñar con esta noche
con las boronas de pan serpenteando entre las bocas de
los peces?
Tú y yo nos besábamos a tientas de saber que lo
duradero
aprieta con su lengua de sal los hierros en el viento
empaña los vidrios que nos ocultan
y nos va desmoronando

▪ Una palabra como casa

Señor dame una palabra
que tenga la forma de un barco
un barco de velas inextinguibles
donde pueda ir a conocer el mar
Dame esta palabra por casa
por vestido por amante
deja que ella sea mi soledad
mi alimento y no pueda sobrevivirla

Aquí estoy tan vacío de formas
y silencio...

Toda mi inspiración semeja
el ruido de unas manos atadas
necesito un barco por cuerpo
y el amor por mar

Escúchame por estas alucinaciones
y la vastedad de las cosas que vuelven
a su lugar

Felipe Martínez Pinzón

Bogotá, Cundinamarca, 1980.
Libros de poesía: *Sólo queda gritar* (2006), *La vida a quemarropa* (2009).

Sísifo en el baño

A Eduardo Mitre

Primer ritual del día: amanece.
Aún somos de la noche, su greda todavía,
recobramos las facciones, alfareros de nosotros mismos,
el día nos libera las manos para rehacer los rostros.
Apartamos de los ojos el aserrín del olvido, su tibieza,
la dulce mortaja de la almohada, su huella,
y frente al espejo, adivinos adivinados,
nos tomamos del nacimiento para aflojar,
desde la cintura,
el turbio material de los sueños,
bendita,
lenta agua del entendimiento,
su ruido nos despierta,
nos emblanquece la mirada
para ver en las espumas

al lunes ciudadano, su temible magisterio,
por el que navegamos, mareados.

Adentro de todos los santos días, nuestro cuerpo,
y afuera también del mismo
este otro día más nos envuelve, severo.

A Laura

Digo boca y veo la tuya
hacer el giro breve del beso,
tímido, circular, completo,
como una letra sin grafía,
un idioma táctil.

No nos dimos en la palabra
más que palabra pura
con la que nos hicimos boca
para besarnos, para decirnos,
así, pequeñísimamente,
este es tu brazo, este el mío
jugando por tu espalda, tú
por mi pecho, sin orillas,
náufragos de todo,
sólo nos tenemos los cuerpos
por amorosos despojos.

Solamente el cuerpo
que es palabra erguida
aunque muera u olvide,
basta a la vida
para renovar sus rituales,
para hacer del beso ese-beso,
piel que estos versos recobran.

Me vas todavía por la garganta
como una palabra no dicha,

por eso siempre te tengo en la boca,
adonde naciste y adonde vuelves
cuando te digo, te pronuncio
para hacernos de nuevo los dos
y regresar por nuestros cuerpos,
ambos sed de brazos, de juegos, espaldas,
palabras varadas dulcemente en la memoria.

▪ Regreso

Llego del recuerdo como de la guerra.

¿A qué manos tuyas vuelvo
a tocarme la cara que mudó
mi padre mi abuelo su padre?

¿Dan sus líneas sus dedos
los mismos contornos
con que dio de luz y de sombra
la última vez
mi cara en el espejo?

¿Tienen todavía tus manos en la caricia
la forma cuyo negativo dio mi rostro?

¿Con qué mirada tuya ya vista o nueva
la luz pueda decirme que nada ha pasado?

Llego del recuerdo como de la guerra
y quiero tocar la cicatriz que nunca fue herida.

▪ El sol de Cedritos

Busco una silla, mi espacio: este fue mi reino.
Presto mis piernas, los brazos,
olvido mis ojos para que el sol
cumpla su sonido lejanísimo
y venga a hacer su música,
dé con su martillo quemado
otra vez la nota precisa de mi infancia.

Las calles de mi barrio
son de puro espacio mecido,
árboles de torrente,
huracanes tiernos,
sombras de animales
que arrastran sus melenas
por donde el sol desmorona sus semillas,
sus sedas, recavando de la tierra
el olor de almohada de los jardines.

Digo, —dormido y de luz prendida por el cuerpo,
los parpados placidos de viento—
que soy esta vida submarina de mi montaña
y quiero ser digno de su luz de duna verde
que moldea con semi-sombras,
claroscuros, mallas de sol moteado,
los parques ocre que el musgo de los pinos moja
como a un delicioso *octopus* vegetal

que nos comulga su horizonte compartido,
nos entrega sus hojas por el piso
para perdernos, pisando
sus huellas-de-ninguna-parte.

Es la hora puntual y digo bostezando
un imperial sol *lucet omnibus*.
¡Ah, martes domésticos de mi barrio
a las diez de la mañana!
donde reír con los sauces japoneses
sus bizarros paisajes de pocillo,
extrañarme con el monte de bruma
y pensarlo frontera de otra ciudad prohibida,
ver los túneles de pino y sauco blanco
donde el viento olvida las esquinas,
vence los muros para comer
migajas en nuestras manos,
y se pasea por nuestros cuerpos
con sus yemas sin historia y de plumas,
para hacernos otra vez secreto
el tiempo secreto del olvido:
la infancia recobrada.

D'après une photo de Robert Doisneau

Una foto de Jacques Prévert. París 1955.
El hombre más solo del mundo.
Cansado de todos los jacques prévert
que ha sido,
cada uno le cupo en su piel
antes de abandonarlo.

Desde un saco raído,
Prévert busca, nebuloso,
a todos los prévert que lo han olvidado.
Ninguno llegó a tomarse el vino.
Nadie a ocupar en la memoria
su lugar en la simetría de la silla.
Prévert tiene la mirada del perro viejo
que muere a sus pies,
mientras su espalda dobla
lentamente
la curva del túnel de silencios,
cuatro metros abajo de la mesa.

Abrumado por el tiempo,
ahora aliviado de él,
su mirada no tiene que buscar más.
Pero ese cigarrillo sigue prendido en sus labios
y su humo invisible
lastima sus ojos todavía.
Maldición de las fotos:

que ese gesto que lo quisiéramos perdido
sea aviso de una mirada que nos espera.
Incluso la foto dice abajo
incrédula:
Jacques Prévert (1900-1977).

▪ En mis lluviosos ojos latinoamericanos

En mis lluviosos ojos latinoamericanos
el otoño por los bosques, primero de mis fotos,
tiene un sonido de piedras que conozco.

El sol de Albany quema árboles,
enrojece ríos, diseca guacamayas ocre
sobre esta empalizada del principio.
sobre esta osamenta de lingotes
que prenden un fuego inconstante bajo el cielo
como arrecifes debajo del mar,
barcos de bronce hundidos
que espesan sus velas con algas de viento.

En mis lluviosos ojos latinoamericanos
ni siquiera el incendio del otoño da a secar
mi memoria de ríos, mis catedrales de montaña.

¡Sed de más insatisfecha!
Que busca la paz del fuego,
el terrón seco como una corbata mortuoria,
cuando irremediablemente se es frontera húmeda,
porosa, agua delgada que suena solamente,
que no se ve sino cuando se calla,
cuando el río cumple su mentado curso,
cuando el otoño extiende su incendio por los huesos.

Sólo ahora entiendo que al otoño
van a terminar todos los vientos.
Uno, electrizado, avisa al cuerpo
de un sonido de piedras que conozco.

▪ Lucía Estrada

Medellín, Antioquia, 1980.
Libros de poesía: *Fuegos nocturnos* (1997), *Noche líquida* (2000), *Maiastra* (2004), *Las hijas del espino* (2006), *El ojo de Circe. Antología* (2006), *El círculo de la memoria* (2008), *La noche en el espejo* (2010), *Cenizas de Pasolini* (2012), *Cuaderno del ángel* (2012), *La noche en el espejo y otros poemas* (2015), *Continuidad del jardín* (2015).

▪ El círculo del poema

Cada poema abre otro silencio,
recorre las estancias últimas
de la palabra
para volver al todo.

Se precipita en el vacío
después de circular
de mano en mano,
de labio en labio
hasta que no queda ningún vestigio
de la sangre que acuñó su moneda.

Cada poema
un desafío al ojo atento
en el instante justo
de la caída.

▪ Yocasta

Si preguntaras
a la Piedra
respondería con tu nombre:

el propio corazón
                                    es el oráculo.

▪ Circe

Es la sombra
                lo que retengo
la belleza de alejarse
                cada vez más
el infortunio de haber visto
                muchas islas
muchos mares
como a través
                de un espejo roto
la muerte que representas
el número de animales muertos
                que representas
negro polvo que tus pies
han traído
hasta mi casa.

▪ Clara Westhoff

Qué cercanas y distintas
las hojas de un mismo árbol.

Crecen silenciosas
en la contemplación de sí,
de sus bordes,
en el trabajo minucioso del insecto
que las hiere.

Apenas unidas por un hilo de savia
a la corteza del mundo,
a su naturaleza vegetal.

El viento las obliga a inclinarse
sobre su propia sombra
y en el misterio único
de ser Sauce o Avellano,
se adhieren, se compenetran
sin perturbarse.
Así, recibirán a un tiempo
su gota de lluvia,
el beso ígneo del verano.

Caerán también bajo la misma luz,
rodearán como sílabas diversas
de un mismo alfabeto

la profundidad de las raíces,
la grieta oscura del tronco
que las vio levantarse
y permanecer.

▪ Camille Claudel

Ella imaginó una cárcel,
la flor de locura
convertida en piedra.

Se reconoció en desventaja,
se afiló las manos,
el rostro,
el vacío
y los restos de su sombra
devorada por las hormigas.

En un viejo cuadro
de la estancia,
su figura
se disuelve.

▪ III

El aire se abrió lentamente

El aire se abrió lentamente con el sonido
de las campanas, y en los cuartos,
cada cosa ocupó su lugar y su nombre.

Todo era posible bajo esa luz de invierno
en la que señalaste un jardín cerrado,
un estanque vacío esperando por mis ojos.
Era preciso mirarlo con atención
antes de que se diluyera en la sombra.

Estábamos inmersos en el paisaje, y las voces
del jardín venían desde adentro,
y las formas encontraban entre sí
su correspondencia.

Algo dijiste del vacío, y a lo lejos,
la fuente brilló en su propia oscuridad.

Esto es lo que soñamos:
hundirnos en la transparencia
y en el movimiento de la luz. Ella recorre paciente
lo que para nosotros ha perdido su misterio.
Aquí están todas las cosas recién descubiertas,
y el mundo, cada vez más pleno de sí mismo,
cada vez más verdadero.

Puedo escuchar el rumor de las puertas que se abren
para conducirnos a otro silencio, y cómo cavamos en él
aunque las cuerdas de la voz se hayan debilitado.

El estanque se cubrirá de agua. Puedo presentirla.
Es oscura y asciende hasta tus ojos
llenándote de extrañeza.
Pero delante de ti, nada perderá su claridad.
Deja que tu corazón entable cercanía con la muerte,
que allí también encontrarás presencias luminosas.
Será entonces como si nunca
te hubieras apartado del camino: «El resistir lo es todo».

XXIII

Y si esta piedra fuese nuestro pan
y esta palabra sombra
la única luz que nos asiste al terminar el día;

y si la luz fuese la prueba de nuestro abandono;
y si el abandono fuera nuestra más firme
[certeza;

y si la certeza fuésemos nosotros mismos
en manos de la muerte;

y si la muerte se abriera como el exilio de un cuerpo
que se resiste a la nada;

y si la nada fuese nuestra mesa
y la copa en que bebemos un vino amargo y
[lejano;

y si la lejanía se agolpara de pronto
en la terrible inocencia de permanecer
con los ojos abiertos;

y si los ojos fuesen las puertas de nuestra derrota;

y si la derrota trazara el mapa del destino
como el pájaro enfermo la grieta
de su soledad en el aire;

y si el destino cayera sobre nuestra página en blanco
y barriera las hojas de lo que un día
fue nuestro árbol primero;

y si el árbol se inclinara sobre las ruinas del amor
y las cubriera de musgo y hundiera en ellas sus raíces;

y si las raíces fueran el cielo y el vacío de unas manos
que nunca han de aferrarse a cosa alguna
y sin embargo escriben en la piedra
y siguen el curso de su noche cerrada;

y si la noche no fuese otra cosa que la noche:

intemperie,

verticalidad de un hombre solo
en su caída.

▪ Quien busca en el libro

se sumerge en lo imposible
en la belleza de ir
                    tras un animal que ha muerto
del que sólo
                    permanece su sombra
el que encuentra
nada encuentra
                    salvo el fantasma de lo que fue
                    antes de que se iniciara la búsqueda.

Voy por la ciudad desierta.
En sus rincones,
no hay movimiento que recuerde
la dilatada respiración de otros días.

Ni siquiera el aire trae noticia de sus muertos.

Camino siguiendo la secreta orilla de las cosas
y en ellas me reconozco, en el polvo que las cubre
como queriendo protegerlas de su propio destino.

Pienso en los hombres que a esta hora se sumergen
tibiamente en el sueño.
¿A qué incierto mar se entregan?
¿Qué viento conduce sus barcos?
¿A qué puerto los empuja?

Oscuro es el instante en el que mi memoria intenta
un diálogo fantasma reflejado en la piedra,
en la vigilia de los desheredados.

Larga y silenciosa,
como la muerte que no dicen estas calles.

Andrea Cote Botero

Barrancabermeja, Santander, 1981.
Libros de poesía: *Puerto calcinado* (2002), *Cosas frágiles* (2010), *La ruina que nombro* (2015), *Desierto rumor* (2016).

Puerto quebrado

Si supieras
que afuera de la casa,
atado a la orilla del puerto quebrado,
hay un río quemante
como las aceras.

Que cuando toca la tierra
es como un desierto al derrumbarse
y trae hierba encendida
para que ascienda por las paredes,
aunque te des a creer
que el muro perturbado por las enredaderas
es milagro de la humedad
y no de la ceniza del agua.

Si supieras
que el río no es de agua

y no trae barcos
ni maderos,
sólo pequeñas algas
crecidas en el pecho
de hombres dormidos.

Si supieras que ese río corre
y que es como nosotros
o como todo lo que tarde o temprano
tiene que hundirse en la tierra.

Tú no sabes,
pero yo alguna vez lo he visto
hace parte de las cosas
que cuando se están yendo
parece que se quedan.

▪ Miedo

Recógeme el sonido de la lluvia en el tejado del abuelo,
cuéntame de las noches en que descubrí la sed por los
acantilados
y de cómo desprendiste el fuego de la luz
para permitirnos el encuentro con nuestros primeros
demonios.
Recuerda nuestra estancia eterna en los rincones de la
casa
cuando aún llovían tardes grises en la arena
y la lluvia mohosa venía con abril
y todavía no tenía miedo.

▪ Siembra triste

No salgas al campo vacío
todo sembrado por debajo
del dolor todo.
No bebas el agua de los ríos
bajo los cuales duermen
ciudades extraviadas.

No mires de frente a los árboles
porque ellos están humillados
y ocultan sus rojas raíces en los hoyos del aire.

No salgas al campo
y las piedras no hablarán de su sed
y la selva no será odio
y la aurora no será horror.

No salgas y no habrá otro espanto
que el de este
redondo fondo sembrado de lo muerto
donde aún
ahíto
y diezmado,
te amenaza el amor.

▪ Casa vacía

Todos los días me deshago de la hierba
que crece dentro de la casa
pero crece de nuevo,
rompe la casa y la deshoja.
A la casa entran todo el tiempo cosas
que se hunden en la hierba.
Mi cuerpo es esta casa vacía
a la que también yo entro
pero que no me habita.

▪ La merienda

También acuérdate, María,
de las cuatro de la tarde
en nuestro puerto calcinado.
Nuestro puerto
que era más bien una hoguera encallada
o un yermo
o un relámpago.

Acuérdate del suelo encendido,
de nosotros rascando el lomo de la tierra
como para desenterrar el verde prado.

El solar en donde repartían la merienda,
nuestro plato rebosante de cebollas
que para nosotros salaba mi madre,
que para nosotros pescaba mi padre.

Pero a pesar de todo,
—tú lo sabes—
habríamos querido convidar a Dios
para que presidiera nuestra mesa,
a Dios pero sin verbo
sin prodigio
y sólo para que tú supieras,
María,
que Dios está en todas partes

y también en tu plato de cebollas,
aunque te haga llorar.

Pero sobre todo
acuérdate de mí y de la herida,
de antes de que pastaran mis manos
en el trigal de las cebollas
para hacer de nuestro pan
el hambre de todos nuestros días
y para que ahora,
que tú ya no te acuerdas
y que la mala semilla alimenta el trigal de lo
desaparecido
yo te descubra, María,
que no es tu culpa
ni es culpa de tu olvido,
que es éste el tiempo
y éste su quehacer.

▪ Llanto

María,
hablo de las montañas en que la vida crece lenta
aquellas que no existen en mi puerto de luz,
donde todo es desierto y ceniza
y es tu sonrisa gesto deslucido.
Allí es Enero el mes de los muertos insepultos
y la tierra es el primer cadáver.

María,
¿No recuerdas?,
¿No ves nada?
Allí nuestras voces son desecas
como nuestra piel
y se nos queman los talones
por no querer saber
de las casas incendiadas.
Hablo, María,
de esta tierra que es la sed que vivo
y el lecho en que la vida está enterrada.

Piensa, niña,
en que esto no es vivir
y la vida es cualquier otra cosa que existe
húmeda en los puertos donde el agua sí florece,
y no es hoguera cada piedra.

Acuérdate, María,
que somos
pasto de perros y de aves,
hombres calcinados,
cortezas vacías
de lo que éramos antes.

¿De qué estás hecha?, niña mía,
¿por qué crees que puedes coserle la grieta al paisaje
con el hilo de tu voz,
cuando esta tierra es una herida que sangra
en ti y en mí
y en todas las cosas
hechas de ceniza?

En nuestra tierra,
los cuervos lo miran a uno con tus ojos
y las flores se marchitan
por odio hacia nosotros
y la tierra abre agujeros
para obligarnos a morir.

▪ Temo

Temo que el infierno sea tan largo como el silencio de
Dios,
que su tiempo esté habitado por el frío de los templos.
Temo que el silencio sea silencio afuera de la muerte,
que luego del tiempo aún conservemos la memoria.
Temo no dormir tampoco en ese sueño eterno
y que hasta allí nos siga la desesperación de los relojes.

▪ Desierto

1

La tierra que jamás quiso tocar el agua
Es el desierto que al norte está creciendo como un
    estrago de luz.
Pero los hombres que han visto el despoblado
—su amplitud sin sobresaltos—
saben que no es cierto que la tierra está reseca por
    capricho,
o sin ninguna bondad;
es nada más su manera de mostrar
lo que transcurre bellamente sin nosotros.

2

Es para el dios de lo deshabitado
que se alzan templos invisibles
en la borrasca del desierto.
Es para él
que los árboles enanos inclinan en la arena
sus ramas
humildes,
fervorosas.
Es para que no te aferres
que existe un dios de la ausencia,
un señor del desierto
que sabe
que,

como la sombra,
algo existen
con la fuerza de la luz
que lo rechaza.

Carolina Dávila

Bogotá, Cundinamarca, 1982.
Libro de poesía: *Como las catedrales* (2010).

Con la lluvia no penetran otras aguas

Yo amaría a esa mujer que deambula
por un desierto de noches heladas
mientras le llegan los rumores de algún puerto
pero no rompen ellos su silencio
ni suavizan los surcos
que el dolor trazó en su cara

La amaría porque no se doblega
porque con la lluvia no penetran otras aguas

porque su cuerpo se abre ahí
donde a la primavera no le alcanza

▪ No nos engañe la apariencia

Las primeras que anochecen son las nubes
a las seis y quince
más oscuras que el universo
sirven de fondo a las luces
que inútiles aún
se van encendiendo

Pero no nos engañe la apariencia
después, más de lo mismo
la media noche es igual al medio día

como si el tren que se detuvo entre dos pueblos
los hombres *que conocen nuestros movimientos*
la muerte de otro poco de esperanza
pasara, fugitiva
            impunemente
sin hacer mella
sin dejar cicatriz en su blancura.

▪ Postal de Buenos Aires

Esta ciudad está viva
y es como la gorda mujer que canta mientras todo
    tiembla

Como esa mujer a la que no le importa que el mundo
vaya a pique
porque se levantó hermosa
o se maquilló demasiado
o usó zapatos altos, unos zapatos rojos, altísimos
que le alargaban las piernas

Y es también como esa mujer que soñó algo obsceno
muy sucio
y sonríe toda la jornada
        frente a la pantalla
                    en su oficina

Si, esta ciudad está viva
y es una mujer

O tal vez es un film italiano largo, muy largo
que en el minuto noventa y cinco se harta de sí mismo
y entonces canta, vibra
y decide ser un homenaje
algo menos real y más histriónico

Yo
(que sé de ciudades que también son mujeres)
lo noté de inmediato
en sus adoquines flojos
en sus balcones desvencijados
en su lluvia,
más pasional que cualquier llanto
que viene fuerte y se detiene
como una mujer que cede y luego se arrepiente
para al final ceder de nuevo

Muchacha que mira el crepúsculo

La noche golpea las nubes
en su afán de conquista las enluta
pero a las seis cuarenta y cinco el día resiste
y la luz que aguarda en el borde de la tierra
casi convence de la existencia de las cosas
que permanecen

El día persevera en su brillo
es terco
                    aguanta

No sobrevive la esperanza
aunque aspire el aire y sostenga los párpados
cuando asomen las lágrimas estará oscuro.

▪ Luna nueva

A esa hora
la línea nítida que demarca el horizonte
abarca la noche entera

Ella recoge las piernas y las enlaza
se deja mecer por el viento
mira los árboles, serenos
extranjeros en la comarca de las despedidas

Ella, condenada al movimiento
Ellos, condenados a lo quieto

Sus sombras se pierden

En la noche, entre lo quieto y nosotros
la oscuridad es la distancia

                                        mantiene abiertos los ojos

no hace falta partir
para sentirse lejos

▪ Señales de pista

No es una virtud permanecer
                    hastiar, hastiarse

Es por eso que iniciado,
el viaje no termina

A los otros les llegan pistas
                              breves notas

no las manos, no el vientre,
menos el cuerpo entero
y sus espasmos

El viaje consiste en descubrir
que se es triste
                         se es solo
                                        y siempre se está lejos

El viaje consiste en descubrir
cuánta inutilidad esconde el movimiento

▪ Henry Alexander Gómez

Bogotá, Cundinamarca, 1982.
Libros de poesía: *Memorial del* árbol (2013), *Diabolus in música* (2014), *Tratado del alba* (2016), *Teoría de la gravedad (Antología)* (2014), *El humo de la noche rodea mi casa (Antología)* (2017).

▪ Gallinas

En las mañanas,
largos instantes me revelaron
el juego de su pluma,
el cacareo del mundo desde
una noble idiotez.

Su peculiar danza
me habló de un linaje perdido,
la firme intención de ser viento borrado.

Entendí, entonces, la difícil tarea
de romper
con las ataduras del aire,
la música cercana de escarbar en la tierra.
Es verdad que en las gallinas

el día ha encontrado su eje,
el cordón umbilical
en el que sostiene la luz.

Al igual que ellas, escribo la dicha
de ser pájaro caído.

A Felipe García Quintero

▪ La alberca

Habité por años aquel estanque perdido
en medio del patio.
Alimenté el corazón del agua, el pozo sin fondo
donde tío Jaime guardaba los peces traídos desde el río.

Fui náufrago sin cielo,
árbol sumergido en la mitad de la tormenta.
Buceé el torrente de hogueras submarinas
y, como Julio Verne,
vi el relámpago de la música adentro de un pez dormido.

Navegar era mi oficio, destejer las raíces del mar,
dibujar en cartas de navegación
las líneas turbulentas de aguas ecuatoriales.

Los bajeles, el sextante,
los peces bañados en el tiempo,
                                        boqueando el alba hasta perecer.

Mi puerto eran las manos de mi madre lavando la ropa.

En algún lugar
el asesino se resguarda
y aprieta el puñal.

Su piel se descompone
en un aleteo
de pájaros nocturnos.

Un cuerpo sin vida
es la cicatriz de una calle,
la oscura libertad de la noche.

▪ Paul Celan hilvana su fuga

I

Seca tus ojos
y llama a mi puerta;
no encontrarás más que un féretro
tallado por un abismo de hojas.
La soledad es más grande
que la gavilla de inviernos
que arden
en mi boca.

II

La muerte
hila mi mano cien veces.
Cien veces
la arroja
a un bote de ceniza.

III

Es en tu vientre,
madre,
donde
siembro
mi otoño.
Es en tu nuca
donde nace mi amapola.

IV

El corazón va flotando a mis espaldas.
El corazón
va
flotando
a
mis
espaldas,
barnizado por las humaredas
de los hornos
de Ucrania.

V

El becerro le escupe
a la paloma invisible,
se asfixia
entre el barro
de los campos de exterminio.
Yo humedezco mis oídos
con su sangre;
con su carne hago en las mañanas
tallos de sombra.

VI

Verteré
toda el agua del Sena
en un cántaro
y lavaré tus heridas,
bebedora.

En el presagio
ya no quedarán más cicatrices.

VII

Mi mano
hila la muerte,
cien veces la arroja.

▪ Georg Trakl en el ocaso

Un rostro púrpura se ciñe al abrazo calcinado de la
noche.
El espíritu oscuro de los bosques, las sombras venenosas,
el grito moribundo de los guerreros otoñales,
cubren de opio el azulado cuerpo de espino.
Aletean los murciélagos alrededor del joven que sueña.
Se escucha un lamento crepuscular.
El niño Elis le besa la frente sangrante
y la hermana juega con alcoholes mortíferos,
deambulando entre los catres del centro hospitalario.
Qué luna más amarga,
cuánto silencio sobrevive en el canto último del mirlo.
Tierra negra amasa una música nocturna
y se extingue un corazón huérfano de flores amarillas.
Un venado azul corre en delirio a la primavera;
la tumba aguarda a los ángeles caídos.

▪ Arqueología

Enterrar una palabra,
esconder su tumba entre las piedras.

Desenterrarla después de muchos años,
quitarle la tierra endurecida,
los restos de polvo,
el óxido,

hasta que brille como una antigua reliquia.

Colocarla en medio de la página en blanco
y estudiar su antigüedad, interpretar su pasado,
descifrar el color original,
establecer su importante papel en la historia.

Incluso admirar su dignidad de estrella olvidada.

Robert Max Steenkist

Bogotá, Cundinamarca, 1982.
Libros de poesía: *Las excusas de desterrado* (2006),
Después del mar (2015).

Río Magdalena

Al río Magdalena
lo componen doce millones de litros
de pereza áurea
que seduce las montañas
hasta su abrazo con el mar.

Su cauce espeso
alberga bajeles que fueron blancos,
bitácoras de contrabandistas alimentaron los peces,
las cargas de fusiles ahora arena nunca se supieron
justicia en las batallas del pasado.
En el fondo del río se mece lo que no fue.
Los nombres de barcos, los bogas adormilados y los
caimanes apaleados rondan las tempestades de
tierra líquida
y olvidan sus edades.
Bolsas de plástico hondean entre la arena viajera

como banderas de una victoria que celebran las
corrientes.
Bancos de peces
pasan entre penumbras de oro
por esta
la colonia más terrible y hermosa del reino de los ciegos.

Sobre el cuerpo del río sin sombra
flotan reses, gasolina, contrabando, cadáveres mutilados
pero ningún turista visita el fondo de esta atracción
sumergida,
nadie se sienta en sus andenes
a contar mentiras sobre su fundación.
Sus habitantes se expanden en el fondo
robándole lo que pueden al cuerpo del río,
alimentándose con lo que perdemos día tras día.

▪ Invasión bárbara

Esta es la última línea que te escribo.

No sientes el galope
de los caminos de fuego
que se abren hacia nosotros:
las fiebres te han robaron el miedo a la noche.

Sobre la colina
ya veo
los cuernos de tus pesadillas.
Les sirven de casco.
Afiladas quijadas de gigantes que derrotaron
se elevan sobre sus mazos de muerte y de victoria.

Poco les importarán
la cena que dejaste servida,
tus manos pálidas,
el cuidado que tuviste al lavar los platos
o la cesta de madera con la que he regresado
para calentar tu noche.

Sus gritos quebrarán esta casa
dedos vendados romperán tu carne
y se burlarán de nuestros dioses
al fundirlos para nuevas lanzas.

¿Quiénes son?
Alcanzarás a preguntar al borde de la muerte,
¿por qué sus dientes negros
rajan las telas cálidas de las moradas?

Sus escudos han arrancado la lluvia
en campamentos que no dejan huella.

Sus palabras
han avanzado sobre las estepas del desierto
que no acogieron nuestros surcos,
nuestros papeles y cuentas se queman a su aliento.

Las flechas encendidas
atraviesan los muros
que hemos erguido
para huir de su marcha de ruinas.

Miedo es el nombre de los caballos
sobre los que avanzan
por las praderas sin luna.

Nosotros construimos paredes
e inventamos pretextos para reunirnos
en hogueras que nos aíslan de la noche.

No tendremos escapatoria.
Sus encías negras y su carrera son esta avalancha
de futuro que nos borra

y sus gritos
no se detendrán
sobre nuestros restos.

Mis palabras
y mis libros
y mis ganas de luchar
contra tu muerte
serán la próxima línea de su horizonte infinito
desde donde partirán de nuevo
tronando hacia la nada.

▪ A unos campesinos asesinados

Las hormigas
en un gesto de redención
o rabia de los elementos
terminarán de esparcir sus restos
por otras vías,
estas sí
inalcanzables
por las balas
las cenizas
el odio

▪ Divorcio del astrónomo

Para Juan Rafael Martínez Galarza

Soñé,
te conté un día, el polvo de nuestras manos,
con un marino que perdía las estrellas
a causa de la ceguera
y que,
ya viejo y loco,
inventaba constelaciones para su noche eterna.

El brillo de las estrellas
es una noticia tardía, me dijiste,
esa luz que vemos no es sino un navío
de jaulas doradas
que guardan especies muertas.

La luz que vemos son estrellas muertas.

En su viaje silencioso a través de la nada
la luz se vuelve mentirosa
pues no se entera de que su puerto se ha extinguido,
hundido en las corrientes del infinito.

Las estrellas no merecen nombres,
convenimos al despedirnos para siempre.
Nos han mentido.

La explosión de su origen
y el pálido reflejo
que titila en nuestras noches
es un malabarismo del espacio,
un engaño de milenios.

Todas han de extinguirse de repente.
Vencerán la distancia que le sacó nuestra ilusión
y dejarán en claro
nuestra falta de bendiciones.

▪ Acto

El poeta
termina de leer
lo que puede leerse de su libro.

Los asistentes
aplauden
mientras baja del escenario.

Contrario de lo que se creía
sus palabras han logrado convocar

a más interesados
de los que pueden recibir
las sillas del teatro.
No tienen en dónde sentarse
y pronto se ve deambulando mientras desde la tarima
se presenta
el siguiente invitado.

La función continúa.
Ya nadie lo reconoce.
Pidiendo perdón a las sombras
decide instalarse
entre las carencias
de su audiencia.

Estrellándose

Hablo de la ciudad que amo,
de la ciudad que aborrezco
José Manuel Arango

En esta noche,
Ciudad de canales y veneno,
hay un humo entre tus luces
y mis ojos.

Y no estoy solo.

Un cielo de cobre
se escurre
entre taxis vacíos y asientos empolvados;
entre la mujer que porta un abrecartas
y el suicida que estira la mano desde su gabán de cuello
alto para saludar.

En la casa donde el padre cena solo
todas las bombillas han confabulado
y retienen la luz
antes de regarla como un estallido de oro
hacia las calles.

Y miles de postes las secundan
derramando los chorros sobre las aceras
con elegancia de cascadas enfurecidas.

Tus suspiros de madrastra y viuda,
Ciudad,
cuando aparecen las luces que no te dejan dormir,
uno más se cuelga
otra quiere arrastrar su sombra lejos de tu llanto
un padre pide disculpas a los puestos vacíos
alguien espera la venganza con la puerta cerrada,
cuando las luces se prenden, Ciudad,
tus suspiros consiguen erguirse como una cortina de
niebla blanda.

Y esta noche no estoy solo
porque las historias que son tus huesos
dictan algún buen ánimo sobre el asfalto.

Hoy me parece que un cielo estrellado remeda
tu universo de ciento diez voltios repetidos.

Tú misma te vuelves el rastro del potente estornudo del
sol
y ese cielo infinito
son tus ganas negras
de quedarte profundamente dormida.

Fadir Delgado Acosta

Barranquilla, Atlántico, 1984.
Libros de poesía: *La Casa de Hierro* (2002), *El último gesto del pez* (2012), *Lo que diga está lleno de polvo* (2017).

Rituales citadinos

Ha cambiado el color de los cines
Los árboles se adornan de puñales felices
Ha cambiado la complicidad de los moteles

Muchas veces en las esquinas se
amontona la gente para arrojarle
alguna risa al asfalto, algún sueño preñado de miedo.
En estos lugares no decir la verdad es envenenar la
lengua
Las mentiras saben a óxido
Se inauguran escombros citadinos
y las ratas se disfrazan para la fiesta

En la ciudad hay tardes que se han extendido como
serpientes
Hay casas que arrastran la indiferencia de las calles.
Ocultan sobrevivientes de un domingo.

En esta feria del desencuentro hay un mueble muerto
con los brazos abiertos esperando
que los amantes se liberen de la ropa
y solo le llegan los
gatos tristes de los árboles

Es bueno arrinconarse en cualquier semáforo
y detenerse en conversaciones simples
Comentar sobre el nacimiento del perro
para así no hablar nunca de la muerte
Por suerte aquí en la plaza se desconocen los peinados
agrios.
El ropaje de la farsa
Y mientras el cielo pestañea
no hay lenguaje de dientes que espante

Murciélagos en el teatro
Periódicos del día ajustados con piedras
como crucificados en los andenes

Nadie sabe que este monumento del centro
señala el rincón que no hemos encontrado
ni siquiera los vendedores de sudor
que inventan relojes para no discutir nada con el tiempo

Las bienvenidas del mercado
Libros coloreados de sol

Hoy no va ser posible sentarse en esta banca sabia de la plaza
y clavarle una espalda a
los abriles universales del adiós
Esta ciudad volverá a extender
otra tarde como serpiente
A remendar el otro día que se nos viene.

▪ Acuario

Entro al acuario
El caracol se abre para dejarse penetrar
Algunos peces incrustan sus ojos a los vidrios
y a los solares abiertos para el sol
Veo de cerca peces rojos de tanto lápiz labial
peces con las bocas llenas de sudor
peces muertos
muertos de la risa
muertos del hambre
Aquí van peces viejos
peces que se van a tragar otros peces
peces que se creen pájaros
peces que no se creen nada
peces que no abren sus ojos por pura pereza
lagañosos de espíritu
con la saliva oxidada
peces del mar
del río
de la tierra
peces de las calles
peces de motel
peces que duermen para no verse morir
peces aburridos
que se van escupiendo
que inauguran monumentos por no tener nada que
hacer

Aquí van peces que no se inventan nada
peces que se echan telas encima para no morirse de frío
y otros simplemente para posar de bien vestidos
peces que no hablan o que hablan mucho para decir
poco
peces que ladran que huelen muy mal por tanto
perfume
peces que tocan tambor
y balbucean con la gaita
peces que van a la fiesta
a los entierros
a la rutina
peces que se enteran y otros que no se dan ni por
enterados
peces que siembran cuchillos en las espaldas
Desde aquí se ven pasar esos peces que han comprado
acuarios
para evitar revolcarse en los sudores de otros
para morirse solos en su propia mugre
para presumir la estupidez o simplemente porque se les
da la gana
peces que se quejan y nadie escucha
peces insoportables
vendidos
que se dejan seducir por la carnada
peces que bostezan para tragarse el mundo y sólo se
tragan una mosca
Aquí y en las calles se ven pasar peces de diarios con
malos olores en las manos por escribir tantas mentiras o

medias verdades
peces perdidos en este acuario sin agua
en esta ciudad de tierra
tan dolorosa
sobreviviente a silencios
a escombros
peces esperando que los dejen dignamente en algún
lugar
que entran al acuario para morir un poco
Aquí van peces
y peces
y más peces
perdidos
enredados
muertos
muertos de la risa
muertos del hambre
muertos del miedo
en este autobús sin alma.

▪ Desde el tren

Hoy descubrí que los peces se ahogan en la ropa mojada
Que París es un caracol
Que los castillos amarillos existen al sur
Que las llegadas de los trenes producen un cierto
espasmo
una leve y monstruosa saliva en los ojos

Descubrí calles que se creen arañas
Las hijas del sol en las hojas de otoño
Palomas sin miedo a los pies

He visto un río sin pliegues
No se parece a los otros
He visto trenes abalanzarse
sobre tanta gente como serpientes
Una piedra mítica
La mitad de un arco iris

Descubrí que los paraguas se extravían para convertirse
en fantasmas
que algunos peces han escogido una rara forma de morir
Una ciudad de ecos
de rayuelas
de parques musicales
y castillos de agua
Un macabro baile de

campanas en una sola calle
Descubrí que las estaciones de trenes producen ansiedad
Allí fue imposible imaginarme el amor
Descubrí que los trenes son egoístas
No les interesa conocer a nadie
Descubrí que los molinos de viento se reúnen en algún lugar del mundo para hablar del viento
He visto la luna como una gota de agua cayendo sobre el río
Globos que se convierten en peces
Papeles anaranjados como cielos
Carruseles dorados
Ciudades a donde llegan los objetos perdidos
Hoy descubrí que prefiero aquellos trenes antiguos
Que nadie vendrá a borrar la sombra
La cicatriz del viento
Descubrí
cómo salvar peces en la ropa mojada.

▪ Lo que diga está lleno de polvo

Debajo de la lengua tengo palabras heridas en combate
Hospitales con sus gasas ahogando la herida
Debajo de mi lengua tengo una legión de escombros
Me he partido los labios por quitar esos restos de
piedras pegados a los dientes
Lo que diga está lleno de polvo
De ciudades en ruinas
Lo que diga tiembla como punto de luz en el agua
Será siempre un grito encalambrado
Siempre el domingo apuntándome con su escopeta
Siempre los perros abriendo la tierra para mostrarme sus
huesos
Siempre la palabra que se escucha como la explosión de
un tiro
Esa misma palabra que cava su tumba dentro de mi
boca.

▪ Código

La casa reclama los cuerpos que fueron raíces en la carne
del patio

Ve la sangre de todos sus insectos secándose en la orilla
de las paredes

Escucha el temblor de las conchas de mar en la terraza

La furia del aire que castiga sus ventanas

La casa nunca sabrá que los cuerpos se hicieron niebla
en los ojos ciegos de la abuela.

▪ De los huesos que cuelgan papeles de cometa

Te grito que me duelen los huesos que se me parten
Y tú solo enciendes la lavadora para no escucharlos
Como si no te bastara con las costras de sangre que el silencio ha dejado en las paredes
Como si no te bastara con toda la herrumbre que ha nacido de las puertas

Somos esqueletos
La piel se nos ha ido para siempre
Y tú insistes en colgarte de los huesos un papel de cometa
Y me haces creer que son crisantemos y les riegas agua y abres la ventana para que les caiga el sol

Se te va el día en eso

No te has enterado de que la soledad es transparente
Y antiséptica —creo—
Y anda por allí limpiando la sangre de las paredes
La grasa que lastima a los platos
Ya no quiere dejar ni eso

Sacas un puñado de música y se los disparas a la casa
Porque la música le abre una herida a las cosas —dices—
Y te digo que ya nada tiene latido

Y tus papeles de cometas se ondean entre el polvo que se
levanta

Crees que mi grito es la escoba colgada detrás de la
puerta
La mancha espesa que sepultas como nudos de rabia
Y no sabes
que nos crece hierba en la herida
que tus huesos también se partirán
Por más música que le dispares al aire.

▪ Fátima Vélez

Manizales, Caldas, 1985.
Libros de poesía: *Casa paterna* (2015), *Del porno y las babosas* (2016). Inéditos: *Orillas* (2003-2009), *Diario del refugio* (2012), *Diseño de interiores* (2014-2015).

▪ Primera orilla

alejando al cuerpo
del desprendimiento de sus partes
no pudimos evitar que la marea descendiera
allí
un hombre tendido
abierto
fragmentado
como todo aquello que intentábamos salvar

acercamos la mirada
la limpiamos para confirmar
que no fuera otra de sus manchas
cuerpo de hombre
confirmamos

y si la tierra tembló
mientras él me miraba
fue porque en su cuerpo resucitaron mis raíces

de nuevo los cielos eran fértiles
y sembramos jardines
que ondularon en la nada
dimos vida a los mares
que crecieron entre peces
el cuerpo se mantuvo firme
y fue evidencia
de que entonces
no era la tierra la que temblaba
sino el silencio.

▪ Promesa del día muerto

el día congela mis párpados ante la espera
y la mañana no nos besa las manos
ni traza con firmeza sus líneas
y una luz no se instala con voz propia
mostrándonos el camino
y un grito no traspasa el instante del abandono
de todo lo que habita y nació muerto entre nosotros

pues donde había corazón
hay una piel que se resiste a tomar forma
y la complicidad del silencio que extiende sus dominios
con raíces oscuras
y nosotros
contemplamos la lluvia
cuando ciegamente creíamos en el cielo azul de esta
mañana

▪ Ojos abiertos

sin poder distinguir si soy yo,
o es la distancia apresurando el cuerpo,
enmudeciendo los pasos que se acercan,
vigilando los rincones que no están
pero que a ti se dirigen
con esa voz de donde huyen las cosas

en el fondo algo amanece
sin poder asegurar que sea el sol
o el deseo de verter mi corazón sobre todo lo que veo

▪ Calle 17

La calle 17 desde el quinto piso
se debate entre serpiente
río de aguas turbias
y un movimiento destemplado
de dientes limándose en una acera

Desde acá
seis de la tarde
una vista panorámica del ring:
en sus respectivas esquinas
los dos guardianes
El uno, el pirata, que a veces se llama Carlos y a veces
    Pedro
tiene una infección tan viva en el ojo izquierdo que está
    a punto de perderlo
Siempre que llego quiere ayudarme a cargar las bolsas
    del mercado
a abrir la puerta del edificio
quiere ayudarme hasta con mis hijos
yo no lo dejo
cuando se acerca inclino la cabeza
y el suelo me habla del contagio, de la impureza, de los
    agujeros negros, del aullido de los
perros, de la compasión
busco entre mis bolsillos
encuentro una moneda y se la entrego
sin mirarlo

con mucho cuidado de no tocarlo
de que él no vaya a tocarme

El otro guardián no evoca descripciones
envuelto en una bandera de Colombia satinada
aúlla un partido entre Santa Fe y Millonarios
que se extiende por la calle 17
y asciende hasta el quinto piso

donde

a las seis de la tarde la pastelería despliega su olor
y uno no tiene más remedio que respirar
la frescura condensada de la harina
entonces se suspira
se piensa en lo que no se hizo
ahora que la tarde va cayendo sobre los antojos
sobre lo que produce el olor a pan sin el pan
y de pronto
se estrella contra el vidrio
o contra el corazón
nunca se sabe
la sensación de ser un pájaro estrujado por un gigante
el gigante no quiere hacerle daño pero el pájaro no lo
sabe
Cuando parece que el cambio de luz está emitiendo
señales
una palabra intenta cruzar el umbral
y aparece de nuevo la calle 17

que hace de la poesía prosa
que no permite imágenes de cuando los paisajes
    transmitían belleza
por muy feos que fueran

Desde esta vista la realidad es sólida
y la guardo en bolsas zip loc
Las bolsas cambian de color y de estado de ánimo
abro la ventana
algunas se escapan
el aire las hace alborotar el cielo
hasta que caen
en la calle 17

los transeúntes no las recogen
los guardianes se acercan
y al abrirlas
una esperanza en la garganta
una pluma entre las manos

▪ Sótano

que quieres quitar de ahí las telarañas
las capas de moho
inténtalo
a ver si no aparece de pronto la olla
con el arroz pegado
los guantes amarillos
que protegen
del jabón quitagrasa que te agrieta la piel
y en el silencio
de quien lava platos y olvida poner música
el poema se tararea solo
como si tuviera pies
y quisiera hacer de ti un salto
es
no cabe duda
ese que dice que se llegó al final de la carrera
y el premio es otra carrera

y si el premio es mugre coagulado en un sifón
y si todo fondo no es más que horas percudidas en la
    cortina de baño
la sala donde la luz pega directamente en el reflejo de la
    infancia
donde también el tema es con la luz

los niños
sus deseos

su canto de sirena
que tratan de arrastrarte a la inacción
a no ser otra cosa
que calor atemporal

su belleza
que crece
sobre filo
raíz
que no se ve en ningún espejo
pero sabes
si no la cuidas
no la riegas
no la podas

recuerda

poner papel conciencia en las paredes

quien se ha cortado con papel sabe
lo que guarda en sus bordes el blanco

▪ Anacronía

qué horas son en París
en la muñeca de la niña
capa roja
son las horas del lobo en Hong Kong
en la selva
un mono aúlla las cinco
menos cinco
y las guaduas se mecen invertidas
por la llegada de la luz

las 3 y 3
en la mesa
un vaso de ron
del que nadie bebe
hace dos minutos

un rugido andaluz
salva a los perros recién nacidos
de morir lentos de parvovirosis
detiene la viruela de los niños
y a la peste que expele
su olor a las cinco menos cinco de 1410

lúgubre y valiosa
era la sal en los tiempos del oro
cuando ni el tiempo ni el oro
tenían ritmo que pudiera medirse
con rumores humanos

▪ Materia prima

nadie se imagina que lo suyo
de una cucaracha sea hacer el amor
digo el amor y es el café encajando sus formas
la oscuridad aprieta se traviste se acuerpa
se quieren
una luz de neón alumbra y se quieren
a estas alturas más órgano más tripas
más carne menos ojo
el de dos cucarachas como no las has visto
sin pudor, más existencia
que quererse en sus cáscaras
tiritar en lo blando
con antenas y ciegas
en puntas sobre la vibración
de las migas del pan, de la rutina al otro
olor:
un reino tan físico
tan sustancia en lo invisible
tan partícula en lo diminutivo
que dan ganas de bañarse
no de limpieza sino de lo untado
quererse entraña nos hace y nos sacude
en órganos no del todo nuestros
materia esa nerviosidad
un pedazo de tierra puesta en movimiento
lo recién fuerza surge

de una dignidad no creída posible
al calor de una forma
la figura cucaracha
haciéndose cucarachas
afilando su plural

▪ Algodón

examinemos,

tiene la cualidad
de transformar el aire
en un espacio triangular del tacto

hablo de cosas que se mantienen completas
aún con duda

lo manantial se ahonda
un espectáculo de materia prima
sólo su mano sabe dónde

la mirada se eleva
irradiados en brillo
la sensación de que volamos juntos
cuando digo somos un mismo pájaro

semejantes alas agitan mi rutina
un interior de bruces

de caídas se ha hecho lo que puede llamarse hecho
simulacro de equilibrio soporta golpes

si su tacto no provoca la duda
entre saber que tengo un cuerpo
de dónde saca el desbordamiento fuente

me acuerdo arrebatada la confianza
la sensación torpe y miedo
de la confianza
un cuerpo que aprovecha la oscuridad
para ser inocente

estupefaciencia
en todo caso
me hace afirmar
que el peso del hombre
que no sé si he elegido
es una vocación
y una planta de algodón brota de esto

▪ Después de todo

tus ojos

piedras azules
no
aguja enterrada
sobre la piel
del color azul

y yo

muro con pájaro atacado
por niños sedientos
de impotencia animal

me cuentas la historia
—tú y tus historias—
de los asesinos
de la Segunda Guerra Mundial
que eran pocos
dices
los elegidos
dices
perdían el dedo índice de tanto disparar
el dedo no soporta el peso
—¿del arma o de la culpa?—
va dejándose caer

dejándose no
el dedo no se deja caer
el dedo cae
la pregunta es
a quién le duele más
¿al dedo o al cuerpo?

a mí

no te creo
dices
insisto
estoy a punto de perder algo
será el peso de tu culpa
será
que me estás perdiendo

eres una basura
dices
y estrellas las palabras
contra la silla de madera
que compraste
en el mercado de las pulgas

me pregunto si la muerte tendrá un sonido
si podrá condensarse en objeto
y venderse en el mercado
de las pulgas
el lugar

de donde sacas
los objetos que acumulas
con los que tropiezas tu rabia
hasta hacer sonar
la muerte que hay en ellos

sobre el calor que dejan tus palabras
lágrimas
sobre las lágrimas
no llores
sobre el no llores
esto no vale nada para mí
nunca ha valido nada
no podrás
eres débil

sí
soy débil
y he dejado libre su lado más feroz
este es mi hombre
de metales y fuego

entonces
por eso la textura
violencia contenida hasta el vidrio
tan frágil
ante cualquier descuido
cualquier muestra de desamor

cuando nuestras manos se unieron
sobre la llama de una vela
creímos en la fuerza del roce

no había inquietud que no pudiera resolverse en la
mirada, al amanecer decías amarillo y los guayacanes
florecían por segunda vez, libres de culpa, no
temblábamos por una razón distinta a la cafeína, el
orden resultaba una criatura soberbia que uno no podía
dejar de mirar a los ojos
quién iba a pensar que había aire
para incubar los huevos del hastío
cómo imaginar que estaba
desplegando raíces
ganando terreno
haciendo pactos secretos con
nuestro lado oscuro
hasta convertirnos en este tipo de parejas
que hacen que me sorprenda
la gente que se quiere de verdad

yo no te imaginaba
pidiéndome de vuelta lo que me diste con amor
la ruana
la silla que tejiste
y la foto que me regalaste de ti
a los 18
en la cima de la montaña
la sonrisa de viajero

y una nube atravesándote los brazos
haciéndote ángel
augurándote
que sólo te tendrías a ti
para protegerte de ti mismo

no quiero estar más contigo
dices
mi cuerpo está enfermo de ti
no lograrás nada
you're bullshit
bullshit
empezaré un poema así
digo
un poema en el que hablaré sobre
basura
dices que te malinterpreto
que altero tus palabras
es que
lindo
las palabras nunca son como las dices
son como saben en el paladar
y la palabra basura
uno la pronuncia
y los lixiviados
salen
mira
¿ves el líquido?
toma un poco

como antes
tomabas de mi orgasmo

perdidos uno a uno los dedos
no queda nada por traspasar
y aún así mañana
habrá otro día

en la calle
al calor de la huida
las palabras
retumban
se arrinconan
listas
para una hoguera
las hago crujir
como el silencio nunca supo hacerlo
por más animal revolcándose en su quietud
por más disparo despejando el aire de la noche

▪ Tercera orilla

Si hemos de callar todo este tiempo
que sea para siempre.
Tú dirás que no es posible hablarme con el cielo mojado
y que ahora que empieza a inundarse
no puedes distinguir si son tuyos
o míos
los cielos que se abren,
los mares que se aproximan a la catástrofe.
Si es por eso que se te enmudecen los ojos y las manos
y andas ciego de voz
y las palabras se vuelven mariposas
que te enredan la garganta,
si es por eso,
que sea para siempre.
Yo por mi parte
puse las manos sobre una piedra oscura
sin saber que iba a morir,
que iba a ser un acto milagroso despertar
para suplicarte que no estallaras,
que no estallaras
mientras estuviera envuelta
en esa niebla que escogiste respirar.

Santiago Espinosa

Bogotá, Cundinamarca, 1985.
Libros publicados: *Los ecos* (2010), *Lo lejano* (2015), *El movimiento de la tierra* (2016), *Para llegar a este silencio* (2017).

Interior *au violon*

Matisse le ha dado luces a un encierro
que no era la alegría de la vida.
El negro abisal de una ventana entreabierta,
el violín en su estuche de oscuridad
incapaz de traducir las gradaciones del océano.

Similar a un sueño, cuesta entender
qué es el arriba o el abajo.
El esplendor de lo sencillo
sobre una superficie en reposo
donde no llega el invierno ni la muerte.

Por un momento podemos sentir
la vecindad de la palmera y las olas
imaginar que el violinista
se ha ido a la playa o a morir
y en el estudio ha quedado
toda la música del mundo.

Se necesita olvidar mucho para pintar de esta manera.
Aprender a mirar los objetos como umbrales
entre el fuego y la semilla
hasta hacer de la luz un niño que se asoma.

Mi padre heredó esta réplica. La imagen lo acompañó
en los mejores años de la vida.
Allí supe que él también quiso huir, antes de nosotros,
perderse en su mar, también que quiso hacer del interior
un espacio propicio para la música.

Miro este cuadro donde un sonido deslumbrante
está a punto de abrirse. Y es otra vez el mar
el que espera por nosotros, mi padre y yo,
es otra vez la música. Como un vacío
que aún en la huida de los cuerpos
hace que triunfe el color sobre la gravedad y los días.

▪ Soliloquio de un raspachín

Con estas manos
planto semillas de viento.
Espero su floración
de limbos pardos
antiguos como el suelo.
Las hojas son los rostros
de los niños sin descanso
creciendo en la selva,
estrellas o corales
olvidados
que silban entre los árboles.
Desayuno. Pienso en el padre
de los lunes
frente a un pocillo roto,
repaso cicatrices.
Limpio las hojas secas
sobre una tablilla,
en calma,
como el que lava un aluvión de oro
en lo profundo de su casa.
En la semilla está el sol negro
de los puertos,
respirando a la distancia.
El viento llega a los bolsillos de la noche.
Recorre plazas que no conozco, avenidas desiertas.
Tiendas donde se paga una promesa
en la oficina de recaudos.

Descansa en la furia de las llaves,
traza dos líneas de fuego en la repisa del bar.
Construye palacios y destierra casas viejas,
casas de rejas blancas junto al espejo del lago.
Mi oficio es el oficio de mi padre.
Cuido la sal, el puño, mido los cristales,
espanto de mi casa pajarracos negros.
Con estas manos
he cosechado tempestades.

▪ La casa

Todavía recuerdo la casa. La convoco.
Mi madre le imaginaba sitios a las plantas
y mi padre, desde el umbral,
veía que esos espacios ajenos
despoblados,
se iban llenando de Mahler y de Mozart.
Los olores eran de cañerías.
De una humedad que no era nuestra.
Sólo saldremos de aquí con los pies para adelante,
juró papá,
mientras en el teléfono hablaban intrusos,
de nombres que no conocíamos,
y mis hermanas, en silencio,
ya sospechaban refugios para el amor.
Sin cuadros, sin libros en el anaquel,
la cama principal estaba estática,
como sin tiempo.

Vimos cómo salían los pretendientes,
arrojaban la puerta y no volvían nunca.
Los vidrios se acostumbraron
a nuestras sombras, los vecinos
a la música extranjera.
La casa terminó por impregnarse de café,
carne digerida; copos de piel
que enmohecían las paredes.
Cuántas veces memorizamos la vista.

Cada calle,
cada ángulo que las rodillas
—en su afán de cielo—
cambiaban para siempre.
Allí quedó el pelo maldito
del cáncer de mi hermana.
Las cenizas del cigarrillo,
las hojas de los primeros poemas.

Las monedas se empobrecieron
en los bolsillos,
y la sonrisa de papá pasó por los guiños
hasta llegar al silencio.
Mamá maldecía,
como si la diferencia en los pómulos
fuera culpa del espejo.
Y mis hermanas, en la cama,
dejaban el lado izquierdo para otro.

Todavía la recuerdo.
Pero hoy la imagino
con los ceniceros limpios
y las luces apagadas.
Suena la música de Mahler, de Mozart;
pero nadie silba después de la pausa.
Quizás miran la vista
poniéndole zapatos a las huellas.
Quizá ahora se acuesten pensando en otros
y tengan pesadillas con los mismos fantasmas.

Pero abrirán la puerta,
y dejaran la casa
en los rincones de otra memoria.
Porque pasa,
y más rápido que las casas
se envejecen las familias.

▪ Tormenta lejana

Un edificio. La habitación a oscuras
se alumbra con la secuencia del televisor,
como a través de una tormenta lejana.

Nada sabemos de ellos pero ahí están.
Todas las noches
comienza un mundo por sus manos.

El barco se hunde ante las costas
y no podemos hacer nada.
Miramos los vidrios
que se encienden o se apagan.

De pronto sean estas ráfagas de luz
la habitación donde termina un amor
y apenas escuchamos la última silaba del ruido.

Pensarán ellos que somos nosotros
los fantasmas,
prendiendo las luces en los cuartos
o amándonos los sábados.

Y creerán que no están solos.
Y al otro lado de las ventanas
verán el resplandor,
parecido al encuentro de una música amiga.

▪ Mariposa nocturna

... espera que cada uno se realice y consume
con su poder de silencio y de palabra...
Drumond de Andrade

Es inútil que escribamos sobre todo.
Hay que saber esperar.
El poema nace en el vacío
que desplaza otro poema.
Pienso en las mariposas nocturnas
persiguiendo su sombra sobre el techo.
Se alejan y la sombra se perfila,
cuando se acercan demasiado
pierden la imagen en el vuelo.
Es más o menos así.
Sombras que buscan la luz
para permanecer como sombras.
A veces el silencio es el último
cumplido sobre las cosas que amamos.
Su manera de estar a nuestro lado.

Para Tania G.

▪ Al margen

Tarde de sed,
llueve sobre las calles
detrás de lo que escribo
siempre hay lluvia.
La música abre una esfera
donde entran y
salen los fantasmas
que no he visto
cesa la gravedad
bajo sus botas mojadas
y llueve
adentro.

▪ Tania Ganitsky

Bogotá, Cundinamarca, 1986.
Libros de poesía: *Dos cuerpos menos* (2015),
Cráter (2017).

La voz es un lugar oscuro
tomado por animales feroces
en los que ya nadie cree.

Para hablar
hay que escapar del fuego de sus pupilas
y del filo de su hambre.

Para poder decir
miedo o *mío*
hay que imaginarlos jugando.

Los tigres atraviesan las flores
sin el cuidado de rodearlas.
Me aproximo.
Recojo el desastre que flota en el aire,
los pétalos enfermos,
los granos de tierra
fuera de su espacio y tiempo.
Por aquí han pasado los tigres;
mi escritura guarda su desastre.

Nunca he tenido algo
que decir.
La poesía es el síntoma
de mi silencio.
Algunas imágenes errantes
como los tigres
los caballos
y las piedras
flotan en el aire.
Nada de esto pesa, pasa, aplaza.
Las metáforas
no concilian la distancia poética
de dos abismos.
El mar ha muerto.
El desierto ha muerto.
Lo sé porque una vez envenené
a un caracol con sal
y burbujeaba
igual que este vertedero
de palabras.

▪ Deseo de ser piel roja

Soy un modelo de soñadora
insostenible.
En tiempos
en los que solo podría vivir
de otra manera,
no puedo vivir de ninguna manera.
Mi imaginación
guarda todos los fracasos
para las cosas importantes.

Asistimos a la majestuosidad
del fracaso,
adoptamos la postura del asesino.
Nos lavamos las manos
                    una y otra vez.
Camino al paredón
balbuceamos un verso lejano.

Es año nuevo y no entiendo
qué estamos celebrando.

Las estrellas que morían ayer
mueren hoy,

lo que no pudimos nombrar sigue sin
ser nombrado.

Los que no fueron amados
no son amados.

Dios exige lo mismo de siempre.

▪ Nota para el hombre que vi en un sueño

Vi en usted la ternura que insinúan los días
cuando los miramos de cerca.
Las sombras en su frente se revelaron amarillas,
como las rosas que alguien narró hace años, Updike,
creo.
Y en la palma de su mano reconocí la profundidad
quiromántica
de un hombre solo.
Su tacto me recuerda a un río,
no sé por qué, ni siquiera he nadado en uno.
Sus ojos, que son fractales, pueden hacer magia
y crear universos donde sea que mire.
Me gustaría volver a verlo, ¿está libre el viernes?

▪ Libro

Esta piedra vibrante, extraída del caos,
guarda la pasión
de quien es infiel a lo creado.

María Gómez Lara

Bogotá, Cundinamarca, 1989.
Libros de poesía: *Después del horizonte* (2012),
Contratono (2015).

Contratono

único tono
el agua contra el agua
Blanca Varela

aprendimos
a despertar en medio de la noche
con el ruido del agua

conocíamos la errancia
de hace años   nuestro sueño era frágil

los ojos entrecerrados casi abiertos dormíamos
como quien vela

atentos al derrumbe
las manos en la cabeza
por si los escombros
y los pies alzados
                  ya para correr

pero una madrugada gota
a gota
      lo intuimos

oímos resonar
el nuevo escape

algo nos cantaba
en contratono

que esta vez huir
sería quedarse

▪ Astillas

Los verdaderos poemas son incendios.
Vicente Huidobro

voy frotando una astilla contra otra
y es inútil

no habrá fuego
en mis restos de madera

pude rescatar del naufragio
un trozo de leña

hueco de tormenta
atravesado por tanta agua salada

lo quebré
para inventar dos trizas que se juntan
dos chispas
que no estaban
el revés de un vacío un agujero

aquí sigo todavía estrellando mis astillas

nada que encender
y te haces humo
nada que apagar
y eres ceniza

▪ Mudanza

Rara vez nos asiste
en las tareas pesadas
como mover los muebles,
cargar las maletas,
o recorrer caminos con zapatos apretados.
Wislawa Szymborska, «*Algo sobre el alma*»

Dice Szymborska que al alma
le aburren los trasteos
no corre armarios
no empuja cajas

Ojalá sea esta vez la rara vez

Ahora
que moví ciudades
y libros
y maletas

y atravesé la tierra
cargada de equipaje

y llegué a este país de extranjeros

no estaría demás
un alma
que me echara una mano
llevando algunas cosas

Mi alma
        si la tengo
        si la tuve

está perdida en estos huesos torpes
que no levantan
ni una mesa   ni una silla

está atascada en este cuerpo enclenque y distraído

que poco sabe
        poco entiende
        poco carga

y hasta se lleva a sí mismo a duras penas:

un día
por ejemplo
le sobran las manos
no ve dónde ponerlas

otro
en cambio
tiene unos pies
que se despiertan
extraños a la tierra

se creen alas
pero no vuelan
lo intentan y tropiezan

y al otro
la espalda se le tuerce
aunque no lleve nada
                    quizás le pesa el aire

tal vez en esos días
el alma se aparece:

le endereza la espalda
le entrelaza las manos
le empuja los pies para que avancen

Convendría
entonces
mudarme
un día de esos

(no antes
ni después)

cuando pueda caminar
con los zapatos apretados

▪ Octubre

Naciste
en otoño como yo
decías
y es de nuevo octubre

querías arrastrarme
con tus hojas secas

querías convertirme en caída
y yo habría sido abismo
para que te quedaras

contestaba siempre
que diciembre es otoño
aunque los árboles sean ramas
y el aire nos congele

a fuerza de palabras me abría espacio
entre los tiempos medios

asentías complacido
inmóvil todavía contra el suelo
pero hecho ya huella   ya huida

Llega otra vez octubre
y no queda ni tu sombra

camino para borrarte ante todo no me detengo
y sé que voy a estar bien mientras los pies aguanten

esquivo a zancadas esta ciudad que era mía
la que fuiste derrumbando con las manos

me aferro entonces
a la nieve que no tuve:

yo nací en invierno
yo nací en invierno
yo nací en invierno

▪ Para borrar tu ciudad

para borrar tu ciudad fantasma
tuve que trazarle pasos a tus pasos

cruzar caminos
aparecer surcos

y había que cavar hondo
para aplacar la maleza

me aferraba a los rastrillos a las palas

cargaba herramientas de hierro
como un niño recoge sus crayolas

luchaba contra el cemento
decía que era tierra:

a fuerza de palabras lo ablandaba

para borrar tu ciudad
fui construyendo la mía

▪ Laura Castillo

Bogotá, Cundinamarca, 1990.
Libro de poesía: *Prolongación de la lluvia* (2017).

▪ Instante

La abuela solía guardar el pan
en un canasto colgado del techo,
decía que los gatos andaban con su sombra
y en ella cargaban los trozos de pan conseguidos.
A diario, yo preguntaba,
si el gato también anudaba a sus uñas
los gramos de humo que esculpían la cocina.
Ella, con sus inmensas manos recogía mi rostro,
tumbaba sus dedos en la soga
y del techo se abismaba la canastilla.
Entonces yo inclinaba la angustia en los pies,
observaba las figuras humeantes,
la cesta en manos de la abuela,
el gato vigilante en la cornisa,
y el fogón hervir en su extensa oquedad.

La abuela siempre supo cómo ser
instante en la memoria.

▪ Génesis

Hace falta la parábola del mundo,
contar que un hombre negro
se pasea por los solares
en que crece el fruto de la vida,
que a su costado una mujer socorre al aire,
inclinando la lengua en el primer verbo,
de allí el silencio postrado en la garganta
—único abismo que fecunda el camino—.

Contar que junto a ellos
reposan inertes los huesos de una serpiente
besando sus tobillos
—hace falta el alimento tardío de la carne—.

Contar que el árbol se erige
sin importar el agua que colma la tierra,
que los troncos que desvían su eje
no buscan la angustia de la altura
sino el origen de sus raíces.

Contar que el sol se deshace lento,
como si el viento se adentrara en la tierra,
y un puñado de cenizas
cubriera de escamas los ojos del mundo.

▪ La abuela sufre de Alzheimer

Ha olvidado la temperatura exacta con que
las gallinas picotean el suelo,
el lugar en el que abandona de vez en cuando sus
recuerdos
y el tiempo en el que el mundo acostumbra amanecer.
A veces, mis ojos tropiezan con ella en la madrugada,
me mira y reconoce la orfandad. No le importa.

A la abuela le gusta caminar de noche
y, mientras lo hace, deja tajos de luz
como si habitara poco a poco el cielo.

Dame la palabra árbol
la sembraré de coyotes y restos de cielo
la embarcaré en el río
que ignora su cauce
la anunciaré como golpe en la tierra
como abismo que se erige
como ruptura del tiempo
como verbo de origen.

▪ Razones

No se necesita la verticalidad del árbol,
no se necesita florecer.
Se necesita el impulso del abismo,
el límite,
la contención precisa
que mantenga el cuerpo adherido al mundo.

▪ Posconflicto

«El cuerpo pesa tres veces su muerte»
me digo, apretando las vértebras de mi espalda
contra el suelo.
Palpitan los silencios de la guerra.

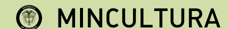


Este libro no se terminó de imprimir en 2018. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RNBP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento».

Para su composición digital original se utilizaron familias de las fuentes tipográficas Garamond y Baskerville.

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RNBP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.





GOBIERNO DE COLOMBIA